LA LLAVE MISTERIOSA

ALEX AHNDORIL

narrativa

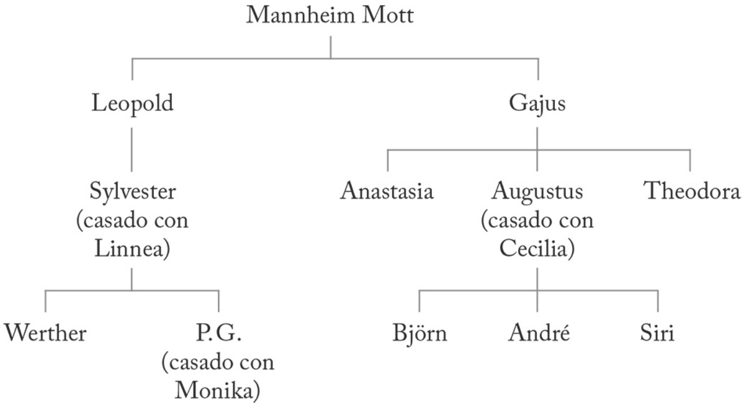
salamandra

Alex Ahndoril

LA LLAVE MISTERIOSA

Traducción del sueco de
Pontus Sánchez

narrativa
salamandra


Mannheim Mott
Leopold
Gajus
Sylvester
(casado con
Linnea)
Anastasia
Augustus
(casado con
Cecilia)
Theodora
Werther
P.G.
(casado con
Monika)
Björn
André
Siri

Los trescientos pasajeros y la tripulación de un vuelo comercial entre Ankara y Hamburgo podrían haber muerto tras sufrir un accidente en territorio rumano. El aparato, un Boeing 747 perteneciente a la compañía alemana Lufthansa, había empezado a perder altura apenas treinta minutos después del despegue y terminó estrellándose cerca de las Gargantas del Bicaz, en el noreste del país. El Ministerio de Exteriores de Suecia ha informado de que a bordo había cinco ciudadanos de nacionalidad sueca.

1

Julia no tenía ni idea de que pronto se enfrentaría a un enigma que la pondría radicalmente a prueba, un caso que a lo mejor no podría resolver por sí sola.

Estaba sentada en una terraza del mercado de Östermalm bajo el sol de agosto, almorzando tarde entre los ocasionales pitidos de un patinete eléctrico que estaba tirado bajo una papelera.

Cada mañana, cuando terminaba de maquillarse, acostumbraba a acercarse al espejo y saludar a su madre (Julia tenía las mismas cejas rubias y los mismos ojos verdes oscuros y tristes que ella, la misma boca carnosa, la misma nariz recta y el mismo pelo amarillo que, bajo el sol, adquiría un matiz rojizo).

La semana anterior había cumplido treinta y tres años: finalmente, era mayor que la mujer que le había dado la vida.

El día de su cumpleaños, en vez de ir a trabajar, se había quedado en la cama con las cortinas corridas, leyendo una tesis estadounidense sobre salpicaduras de sangre.

En uno de los casos que se describían, una bala se había partido en dos al chocar con una costilla y había abandonado el cuerpo dejando dos orificios de salida.

En vez de abrirle al mensajero que le llevaba las flores de parte de Sidney, se había quedado callada detrás de la puerta, oyendo cómo las dejaba en el rellano, y había esperado a que se cerrara la puerta de la calle antes de salir a recogerlas y ponerlas en un jarrón.

Eran veinticinco rosas rojas, como siempre.

Las flores la habían animado un poco, pero se había obligado a no cogerle el teléfono a Sidney cuando éste la llamó por la tarde: no quería empezar a llorar de nuevo, no quería pedirle que fuera a su casa sabiendo que lo haría.

Que iría a consolarla.

No podía pasarse la vida pidiendo compasión. No era eso lo que quería recibir de parte de Sidney, y comprenderlo había sido el mejor regalo de cumpleaños.

Ahora tenía un plan, un objetivo.

Sabía que nunca podría recuperar su amor, pero había vislumbrado un futuro en que podrían trabajar juntos, cada uno sentado a su escritorio, y almorzar juntos, y discutir cada encargo minuciosamente hasta altas horas de la noche.

Un sintecho que empujaba un carrito de la compra lleno de cosas chocó contra el poste de un andamio y empezó a mascullar maldiciones y a gesticular ansiosamente.

Julia se puso un mechón de pelo detrás de la oreja y siguió comiendo, aunque ya estaba llena.

Había pedido rodaballo al vapor con salsa holandesa, espárragos blancos y alcaparras.

El sol traspasaba la copa de vino frío de Sancerre proyectando una sombra pálida en la mesa.

Un avión sobrevolaba Estocolmo.

Dejó los cubiertos en la mesa y se tapó discretamente los oídos hasta que el ruido se hubo desvanecido, sin permitirse volver la mirada en ningún momento hacia el cielo, donde el aparato avanzaba dejando estelas de condensación tras de sí.

Esperó un momento y, tras suspirar ante su propio comportamiento, sacó el teléfono y echó un vistazo a su agenda de la semana. Tenía varias reuniones y el *briefing* de seguridad con el Departamento de Física Espacial y de Plasma del Real Instituto Tecnológico.

En la mesa de al lado había dos hombres de unos treinta años, con trajes ajustados y zapatos relucientes, tomando cerveza.

Con el rabillo del ojo se percató de que uno la observaba sin parar.

Guardó el móvil en el bolso, llamó al camarero y, mientras pagaba la cuenta, no pudo evitar mirarle. Tenía ojos azules y, en vez de apartar la vista, le sonrió tan abierta y coquetamente que ella no pudo sino devolverle la sonrisa.

Cogió su bastón plateado, que había apoyado en otra silla, se ayudó con él para levantarse y vio cómo el hombre se ruborizaba y apartaba la mirada.

Ella se marchó, cruzó la plaza y se metió por la calle Storgatan.

Era bella desde ciertos ángulos, y le había pasado innumerables veces que alguien quisiera ligar hasta que cambiaba la luz o una ráfaga de viento le apartaba el pelo de la mejilla.

Solía bromear con esas situaciones, pero en el fondo deseaba que alguien reaccionara de otro modo ante su bastón y la cicatriz de su cara.

Aún era joven y quería enamorarse otra vez.

Tras reposar unos minutos a la sombra de la iglesia, siguió caminando hasta el número 15 de la calle Styrmansgatan.

En la puerta, un cartel de latón anunciaba AGENCIA DE DETECTIVES STARK.

Apoyó contra la pared el bastón de titanio hecho a medida, con mango ergonómico y rematado en la punta con un tope amortiguador de goma negra.

Buscó las llaves, abrió la puerta y, después de entrar, se apresuró a desactivar la alarma.

En el espejo del recibidor, su cicatriz parecía dibujada con un rotulador blanco: una raya vertical que atravesaba su cara de arriba abajo desde la sien derecha, separando la punta exterior de la ceja hasta ir a parar a la barbilla.

El despacho, más fresco que la calle, olía a muebles antiguos de madera, a cuero y a libros.

Dejó el bolso en el escritorio, abrió las ventanas con cuarterones que daban al frondoso patio interior, se fue a la cocina y se preparó un expreso doble.

Durante los siete años que había estado casada con Sidney se había llamado Julia Mendelson, pero después del divorcio había recuperado

el apellido de su padre, Stark, cuyo primer portador conocido había sido cierto Lars Stark, un soldado nacido en 1761.

En el vacío que siguió a la separación, presidido por el abrumador sentimiento de que toda su vida había sido un error, había dejado su trabajo como secretaria en el Tribunal de Distrito de Estocolmo.

En ese lugar había descubierto que tenía un talento especial para «leer» a las personas. No se trataba tan sólo de una gran habilidad para razonar lógicamente —habilidad que sin duda procuraba cultivar—, sino de una extraordinaria capacidad de concentración que podía ejercer a voluntad y que parecía ralentizar el tiempo más o menos, como, según algunos, sucede un instante antes de la muerte. En esos momentos específicos podía captar gestos y expresiones faciales que la mayoría de la gente pasaba por alto.

Obviamente, no era ningún poder sobrenatural, sino sólo un efecto secundario de su fragilidad psíquica.

Porque años atrás, mucho antes de conocer siquiera a Sid, su vida entera había estallado en mil pedazos como una copa de vino contra el suelo de piedra, y cuando los fragmentos volvieron a unirse todo había cambiado.

La mayoría de las cosas se habían vuelto peores, «aunque no todas», solía decirse ella.

A lo mejor no era más que un intento de consolarse a sí misma, de encontrarle sentido a lo que ya no lo tenía.

En todo caso, como secretaria no podía simplemente levantarse y compartir sus observaciones con los presentes, por más que éstos se mostraran incapaces de descubrir la verdad; así que su frustración ante la incapacidad de fiscales y jueces no había hecho más que aumentar con el tiempo, hasta que se le había hecho insoportable.

Tras abandonar el tribunal, había empezado a soñar con ser inspectora de policía en Norrmalm, al igual que Sidney, pero sabía que tenía un cuerpo demasiado complicado para eso, así que se había conformado con abrir su propia agencia de detectives.

Los encargos más habituales eran muy simples: infidelidades, comprobaciones de datos aportados en algún currículum, sospechas de

robo en empresas, pero de vez en cuando aparecía uno que le exigía emplear todas sus capacidades.

Cogió la taza de café y volvió al despacho mientras echaba un vistazo a su viejo y rayado reloj de pulsera.

De fondo se oía percutir un martillo neumático.

Puso en marcha el ordenador y, justo cuando iba a sentarse al escritorio, alguien llamó al timbre.

Miró rápidamente el calendario de mesa: no tenía reuniones programadas para esa hora. Aun así, cogió el bastón, fue hasta el recibidor y abrió la puerta.

Se trataba de un hombre alto y de unos cincuenta años, pero con el pelo completamente canoso. Llevaba una gabardina beige sobre la americana azul marino, pantalón claro de pinzas y zapatos bajos de cuero marrón.

—Hola, me llamo Per Günter Mott —dijo—. No tengo cita, pero he pensado que...

Se interrumpió y se pasó una mano temblorosa por el pelo.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó Julia.

—Estaba pensando en contratarte si...

—Entre —lo invitó ella.

—Háblame de tú, por favor. Todo el mundo me llama P. G.

—Puedes colgar tus cosas aquí, P. G. —le ofreció ella señalándole el perchero.

Después, se apartó para darle espacio. No le gustaba el contacto físico: un simple roce de piel con piel podía producirle un ataque de pánico.

Él cruzó el umbral y, tras mirar a su alrededor, se volvió y se quitó la fina gabardina.

Era delgado y tenía el aire de fragilidad juvenil de quien no ha reparado en que ya se ha hecho mayor. Llevaba una americana arrugada que hacía pensar en que se había pasado varias horas sentado en un tren o en un coche.

Ella lo condujo hasta el despacho y le ofreció asiento en el sofá.

—¿Quieres un café? ¿Té? ¿Agua? —preguntó.

—Gracias, estoy bien —repuso él.

—Si cambias de idea, sólo tienes que decírmelo.

Lo vio pasear la mirada por la estancia mientras intentaba recomponerse y explicar lo que fuera que lo había llevado hasta allí.

—Antes de contarte nada necesito saber si estás obligada a guardar el secreto profesional —dijo, y respiró hondo.

—Sí, es mi deber, incluso si al final no me contratas.

—Entonces, ¿no puedes hablarle a nadie de lo que yo te diga o te enseñe?

—Exacto.

Él tamborileó brevemente con los dedos en el reposabrazos del sofá.

—¿Ni siquiera a la policía?

—Ni siquiera a la policía —respondió ella tranquilamente.

2

Julia cogió el bolígrafo y la libreta que tenía en el escritorio y se sentó en un sillón delante del hombre, cuya frente había empezado a brillar por efecto del sudor. Notó que se metía la mano en el bolsillo de la americana para disimular el temblor.

—Vale, mira esto —dijo él, y dejó el teléfono móvil encima de la mesa baja que había entre los dos.

Aun así, se estremeció visiblemente cuando ella cogió el aparato y miró la foto.

Los metadatos indicaban que se había tomado a las 23.25 h de la noche anterior, aunque no registraban el lugar.

En la imagen, captada bajo la luz del flash, podía verse a un hombre acurrucado en un suelo de hormigón con la espalda apoyada en una pared de ladrillo y las manos atadas en el regazo.

La camisa a cuadros se le había subido dejando al descubierto una barriga prominente. Tenía los pantalones arrugados y la cabeza tapada con un saco de yute que parecía empapado de sangre en uno de los lados. Observando más atentamente, notó que la sangre le había chorreado por el pecho y la barriga hasta ir a dar a sus piernas separadas y finalmente al suelo, donde se había acumulado formando un charco oscuro. Imposible saber si se había coagulado o no.

—Esta mañana he encontrado esa foto en mi galería de imágenes —explicó P. G.—. No sé cómo ha llegado hasta allí… por eso he venido. Lo he hecho directamente: no podía quedarme en casa con…

Se le quebró la voz. Tragó saliva y se secó el sudor del labio superior.

—¿Quién es este tipo? —preguntó Julia.

—No lo sé y no quiero especular. La verdad, no entiendo absolutamente nada —respondió juntando las manos con fuerza.

—¿No tienes ni idea? —insistió ella—. La foto fue tomada ayer, poco antes de las doce de la noche.

Tenía el rostro pálido y una expresión atormentada.

—Soy... o sea... a veces bebo... y a veces, cuando lo hago, se me va un poco la olla.

—Vale.

—Y al día siguiente tengo lagunas: no me acuerdo de lo que hice durante varias horas.

—¿Y eso te sucedió anoche?

—Había tomado cincuenta miligramos de Atarax a la hora de comer, lo que es una estupidez si vas a beber alcohol... Pero es que, de otro modo, no soporto las juntas de accionistas —se justificó él frotándose las mejillas con los nudillos—. Sea como sea... ya te imaginarás el miedo que tengo de haberle hecho daño a ese hombre.

—¿Sueles tener comportamientos violentos cuando bebes, P. G.?

—No... creo que no... Quiero decir, tengo muchos defectos, hago muchas cosas mal, pero no soy violento; no lo he sido nunca... al menos que yo sepa.

—¿Tienes algún otro indicio, además de la foto, de que pudieras haber sido tú quien le hizo daño a este hombre?

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Salpicaduras de sangre... marcas de pelea en tu propio cuerpo, desgarros en tu ropa...

—No, nada de eso. Pero la foto... está en mi teléfono. Se la he enseñado a mi esposa y ella me ha sugerido que fuera directo a la policía... Sería lo correcto, pero he preferido venir aquí... Me gustaría contratarte y esperar a tu investigación antes de decidir qué hacer.

Julia sintió mariposas en el estómago y una sensación de ingravidez. Su corazón latía rápidamente. Volvió a mirar el reloj de pulsera que había sido de su padre y, mientras veía la lámpara del techo reflejada en el cristal, le pareció que el segundero ralentizaba su paso.

Tic… tic… tic…

La manecilla se movía cada vez más despacio hasta que se detuvo por completo a la altura del número IX.

Ella alzó lentamente la vista y miró a su futuro cliente a través de las partículas de polvo que flotaban en el aire.

Notó las arrugas horizontales de su frente y lo corto que llevaba el pelo blanco. Notó que iba peinado con una raya al lado y, bajo uno de los ojos, el poso amarillento de un moratón, como si se hubiese frotado demasiado fuerte. Notó que su boca tiritaba de forma casi imperceptible mientras procuraba cerrarla para dar la impresión de que estaba sereno…

—¿Qué piensas que pasará? —se oyó preguntar.

—Mi mujer se ha quedado en shock cuando le he enseñado la foto… aunque ella sabe que yo no podría matar a otra persona, que no sería capaz…

—Claro —dijo Julia pensando en el tono de resignación que empapaba la última frase.

—Si llegas a la conclusión de que he sido yo quien le ha hecho daño a ese hombre, aceptaré mi castigo —dijo, y se miró la muñeca izquierda.

Julia siguió su mirada y vio dos tendones paralelos y dos arterias sobresaliendo de su fina piel. Se preguntó si se habría planteado quitarse la vida en caso de ser culpable.

—¿«Mi castigo»? —repitió ella.

Su cuerpo se volvió pesado otra vez y el segundero comenzó a moverse. Él se bajó la manga de la camisa y la miró a los ojos.

—Sí: eso es lo que pienso hacer… Pero no quiero pagar por el crimen de otra persona, por eso no he ido de buenas a primeras a la policía. Vengo de una familia bastante conocida, al menos en Sundsvall y en el sector de la industria forestal. Somos antiguos magnates de la madera, dueños del Grupo Mannheim.

—He oído hablar de ese grupo —dijo ella.

—Pues sí, y es…

Julia abrió su bolso y se puso los finos guantes de piel: sabía que él

apenas ojearía el contrato que iba a entregarle, que lo firmaría sin pensárselo dos veces y luego querría estrecharle la mano. Sin duda, como hombre de negocios estaría acostumbrado a llegar a acuerdos rápidamente, y era obvio que no soportaba tener aquella espada de Damocles colgando sobre su cabeza.

—Has venido desde Sundsvall para contratarme... —dijo despacio.

—Leí lo del caso de los Niños de Porcelana.

Dos años atrás, ella había resuelto un caso que copó los medios de comunicación. Después, comenzaron a llegarle asuntos bien remunerados que, además, aumentaban su prestigio. Pudo empezar a pagarse un sueldo y, al poco tiempo, conseguir una hipoteca que le permitió dejar su piso de dos habitaciones en un barrio de la periferia y comprarse el despacho y una vivienda contigua en un vecindario bastante exclusivo en pleno corazón de Estocolmo.

—Entiendo —dijo—. Déjame hacerte una última pregunta, para entender un poco mejor la situación. ¿Al menos recuerdas dónde dejaste tu móvil anoche?

—En el salón de casa. Había una cena para los socios de la empresa en nuestra casa familiar, *Mannheim*.

—¿Y crees que alguien podría haberlo cogido?

—Espero que haya sido el caso —respondió él.

—Porque, para hacer una foto con un teléfono, no hace falta saberse el código de desbloqueo, ¿no es cierto?

—Eso mismo me ha dicho mi mujer —repuso él asintiendo con la cabeza.

—¿Has pensado qué tipo de investigación quieres que haga?

—Si se trata de un asesinato, necesito saber quién es el asesino, aunque resulte que fui yo mismo... Si no, necesito saber cómo llegó esa foto a mi teléfono.

—Entiendo.

—Obviamente, espero ser inocente: que no sea más que un error... y también que la persona que aparece en la foto no sea nadie a quien yo conozca... Pero sobre todo...

—... quieres que descubra la verdad —se adelantó a decir ella, y notó

que P. G. apretaba las mandíbulas.

Se levantó, se acercó al escritorio y sacó del cajón un contrato que metió en una funda de plástico con el logo de la agencia. Luego, lo dejó delante de él.

—Te sugiero que te leas ese contrato. Es un contrato estándar. Y luego, si decides firmarlo, llámame otra vez para que empiece a investigar.

—No hace falta que lo lea —dijo él sacando un bolígrafo. Buscó la última hoja y firmó—. Esto no puede esperar. Te agradecería que fueras mañana mismo a *Mannheim*, si es posible.

—¿Mañana?

—Mañana... si es posible —repitió él.

—Lo intentaré.

—Allí estarán todos los que estuvieron presentes en la cena.

—Entonces, me gustaría empezar hablando con cada uno por separado —dijo Julia.

—Perfecto —respondió él.

P. G. volvió a guardarse el bolígrafo en el bolsillo interior de la americana, se levantó del sofá y le tendió la mano.

3

En cuanto Per Günter Mott se marchó, Julia volvió a su escritorio y se quitó los guantes. Notaba un revoloteo de emoción en el pecho porque de pronto tenía la excusa para dar un paso en su afán de acercarse de nuevo a Sid.

Comenzó a formular frases en su cabeza, pero se percató de que eso sólo la ponía más nerviosa. Sacó el móvil del bolso y, tras dudar un instante, navegó lentamente por su lista de contactos hasta que encontró el nombre de Sidney. Lo tocó con la punta del dedo y escuchó los tonos que empezaron a sucederse.

—¿Diga?

—¿Sidney?

—Sí, dígame.

—Disculpa que te llame en horario de trabajo, pero...

Se quedó callada y tragó saliva. Le temblaban las piernas. Se arrepintió de haber llamado: no estaba preparada para oír su voz.

—¿Julia? ¿Pasa algo?

—No, nada; es que... Por cierto, gracias por las flores.

—He intentado llamarte —dijo él.

—¿Ah, sí?

Su pendiente chocaba contra el teléfono. Al otro lado de la línea podía oír el sonido rítmico de una fotocopiadora.

—Voy al grano —dijo nerviosa—. Sé que te aviso con muy poco margen, pero ha llegado un caso a la agencia que difícilmente podré resolver yo sola... Mañana por la mañana voy a necesitar la ayuda de

alguien que tenga carnet de conducir y conocimientos de ciencia forense, a ser posible un policía… así que he pensado en ti.

—Espera…

—Te pagaré. Sólo serán unos días.

—Mira, Julia, no sé si…

—Te pagaré el doble —lo interrumpió ella.

—Es que no sé si es buena idea —repuso él.

—No lo es, estoy de acuerdo… pero no te pediría ayuda si no la necesitara de verdad.

—¿De qué se trata?

Julia volvió a notar el temblor en las piernas. Se sentó y procuró contarle a Sidney lo que sabía sobre el nuevo cliente y su asunto.

—Su interés es descubrir la verdad: eso me gusta —concluyó.

Hubo un momento de silencio y luego él chasqueó la lengua.

Julia se lo imaginó sentado ante una mesa de póker repartiendo las cartas, lanzándolas una a una encima del sobre de madera lacada.

—Lo cierto es que me quedan algunos días de vacaciones que podría coger —dijo él al fin.

—¿Eso es un sí? —preguntó ella.

Tras cortar, intentó sonreír, pero se le escaparon las lágrimas. Se tapó la cara con las manos y lloró durante un rato. Después se enjugó las mejillas, se reclinó en la silla, suspiró y comenzó a fantasear precipitadamente con cambiar el cartel de la puerta por AGENCIA DE DETECTIVES MENDELSON & STARK.

La mano derecha de Sidney Mendelson descansaba en el volante. Se oía el rumor de los neumáticos sobre el asfalto mientras por la ventanilla asomaba la interminable alambrada de una subestación eléctrica.

Él había accedido a ayudarla y se había comprometido a recogerla al día siguiente alrededor de las dos, al terminar su turno.

Y ahora estaban allí sentados, lado a lado, camino al norte.

Julia se quedó mirando su mano. La tirita que llevaba en el pulgar estaba sucia. En otra vida, le habría dado un poco la murga antes de

ayudarlo a cambiársela.

Esa vida había quedado atrás, eso estaba claro, pero ahora lo tenía a su lado y pensaba hacer todo lo posible para demostrarle lo buena que era en su oficio y tentarlo a sumarse a la agencia.

Sabía, por ejemplo, que la mejor técnica del mundo para hacer que alguien dijera la verdad era simple: había que escucharlo con atención y hacer las preguntas adecuadas con la inteligencia de un jugador de ajedrez, lo que significaba, a veces, mostrarse sorprendentemente directa y otras, abstenerse de preguntar lo obvio para hacer aflorar en el otro esa necesidad profundamente humana de confesar.

Su nuevo cliente tenía grandes lagunas de memoria por culpa de una combinación de alcohol y medicamentos. Afirmaba que había comenzado a beber a las doce del mediodía y que se había tomado cincuenta miligramos de un medicamento cuyo principio activo es la hidroxicina, que causa un efecto sedante y ansiolítico durante al menos doce horas. La foto de un hombre maniatado y ensangrentado había aparecido en su teléfono y él no tenía ni idea de cómo había llegado allí. No estaba en condiciones de asegurar ni siquiera que no la hubiera hecho él mismo.

Ella, por su parte, había notado que no era del todo cierto que no sospechara al menos quién era el hombre herido. O bien no podía aceptarlo o no quería hacer conjeturas; al fin y al cabo, el pobre tipo tenía la cabeza cubierta con un saco.

Fuera como fuese, nada hacía pensar que quisiera engañarla ni esquivar a la justicia. En su opinión, si contrataba a la agencia era para descubrir la verdad.

P. G. Mott sufría al pensar que podía haber sido él mismo quien le había hecho daño al hombre de la foto, y esa incertidumbre le resultaba insoportable.

Ni siquiera había aceptado compartir la foto con ella, pese a que le había explicado que, para ella, las únicas excepciones al secreto profesional eran los delitos contra menores y el terrorismo. Era como si no quisiera aceptar que esa imagen existía, como si anhelara que desapareciera y, al mismo tiempo, se diera cuenta de que no podría

aplacar su conciencia hasta verse libre de toda sospecha.

Evidentemente, ella necesitaba tener una copia de esa foto, pero no había querido espantarlo insistiéndole demasiado pronto.

Tomaron el puente que cruza el río Dalälven. Debajo, el agua corría lisa como una sábana tendida al sol.

El reflejo la hizo cerrar los ojos. Sintió cómo el coche daba un pequeño salto cuando acabaron de cruzar.

A través de los párpados, vio titilar las torres de electricidad mientras pasaban. Luego, todo se oscureció y ella entendió que se habían metido en un túnel de verdes coníferas y volvió a abrir los ojos.

—Me he cogido siete días de vacaciones —le explicó Sid.

—¿Crees que necesito siete días para resolver un caso? —preguntó ella.

—A ver. Que yo sepa, tienes tendencia a sacar conclusiones precipitadas. Y…

—Es parte de la estrategia —lo interrumpió ella.

—… no me digas que es parte de la estrategia —terminó de decir él sonriendo.

—En fin.

—No lo digo en el mal sentido —aseguró él.

—No, ya lo sé… me va bien que me prevengas… contra mí misma.

—No me estás escuchando.

—Claro que sí —dijo ella.

—No.

—Te escucho si me dices que quieres invitarme a cenar —dijo ella, aun sabiendo que Sid se sentiría incómodo.

Detrás de las vallas protectoras que impedían el paso de los animales salvajes podían verse pistas de tala forestal y caminos abiertos en el bosque. Al cabo de un rato, Sid comentó que tendrían que poner gasolina antes de llegar a Hudiksvall.

—Perdona —susurró ella.

—¿Por qué?

Julia detestaba no poder conducir ella misma por culpa de la pierna. No obstante, notó que su mano descansaba entre los asientos a tan sólo

medio palmo del muslo de Sid y eso la hizo sentir un cosquilleo en el estómago.

—Qué raro estar aquí, sentada en el coche a tu lado… —dijo, pero se interrumpió—. He estado a punto de decir: «como si todo hubiese vuelto a la normalidad» —agregó.

—El tiempo pasa y al final te acostumbras a la nueva normalidad, ¿no? —respondió él.

—Pero ¿eres feliz?

—Por favor, hablemos de otra cosa —repuso él—. He venido porque necesitabas ayuda con este caso, ¿podemos ceñirnos a eso?

En el fondo, sabía que él tenía razón en que su impaciencia hacía que, en ocasiones, sacara conclusiones precipitadas, por mucho que a menudo resultaran ser correctas. Y él era el único que conseguía tranquilizarla cuando su temperamento la desbordaba. Cierto que iba a pagarle un pastón, pero valía la pena, y eso sin contar con que sus conocimientos en ciencia forense le serían de gran provecho.

Le habría venido bien tener a Sid a su lado cuando no lo soportó más y se levantó en medio de un juicio para señalar al acusado y decirle que era un puto maltratador miserable. Ése fue su último día en el tribunal.

—He hablado con la policía local de Sundsvall y con todos los hospitales de los alrededores, desde Gävle hasta Umeå —dijo él.

—¿Y no han ingresado a nadie que pudiera ser el hombre de la foto? —preguntó ella pese a que ya intuía la respuesta por el tono de Sid.

—El único candidato es un joven desconocido que murió en un accidente de moto. Iba sin casco, y su cadáver está en el depósito de Gävle. Podríamos…

—El de la foto no era un joven —lo interrumpió ella.

—Pero, según me dijiste, sí que tenía un gran golpe en la cabeza.

—Sí: el saco estaba completamente ensangrentado por encima de la sien derecha y bastante manchado hasta la altura del cuello —confirmó ella.

—Exacto… y si tenemos en cuenta la capilaridad, es decir, que la tela absorbe la sangre hacia arriba… podemos deducir que la herida estaba más o menos aquí —dijo él señalando su propia cabeza a la altura de la

oreja.

—¿Algo más?

—Sólo que quizá podríamos dar por hecho que ese hombre estaba muerto cuando tomaron la foto —respondió Sidney—. Quiero decir, había bastante sangre, ¿no? Lo normal habría sido que hubiera entrado en shock y se le hubiera acelerado la respiración... sin embargo, no has mencionado que hubiera manchas en la tela delante de su boca.

—No había ninguna.

«Sid tiene razón», pensó Julia. Si el tipo no había muerto de inmediato, probablemente habría sufrido un shock hipovolémico. Perder tanta sangre provoca una caída brusca de la presión arterial, lo que implica una oxigenación insuficiente que el cuerpo intenta compensar acelerando la frecuencia cardiaca y la respiración. Es como un remolino que arrastra al moribundo al centro y luego hacia el fondo.

—Tienes razón. Debe de estar muerto —reconoció ella.

—¿Es ahora cuando me toca gritar «¡aleluya!»? —preguntó él con sorna.

—¡Pero si yo siempre estoy de acuerdo contigo!

—Claro, claro —respondió él intentando ponerse serio.

—Debería haberlo adivinado —dijo ella reflexionando en voz alta—: si estás aquí es porque ya sabías que ese hombre estaba muerto. Si hubieses creído que existía la menor posibilidad de salvarlo, me habrías insistido en que convenciera al cliente de acudir a la policía. —Pasado el polígono industrial al norte de Gävle, avanzaban por grandes zonas de tala controlada. Sin árboles, la luz de la tarde le daba de lleno al coche, así que ambos se pusieron las gafas de sol—. Y tampoco hay nadie con sus señas en la lista oficial de personas desaparecidas, ¿verdad?

—No, aunque no necesariamente se echa en falta a todos los que desaparecen —respondió él.

De nuevo, Julia se volvió y se lo quedó mirando. Para ella, Sidney era la imagen misma de un policía. A saber si se debía a que sus años como tal habían moldeado su aspecto o si, simplemente, ella había construido la imagen que tenía de los policías en base a él. En todo

caso, Sidney llevaba el pelo corto, como un soldado romano; tenía la nariz recta y unos ojos castaños de mirada intensa; era alto y musculoso, y su voz era bastante grave.

—No puedo decir que sea feliz —dijo él por último, en respuesta a la pregunta que ella le había formulado momentos antes—. O sea... no tiene que ver con nosotros, simplemente es lo que hay.

—Puede ser.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas? —preguntó él sin apartar los ojos de la carretera.

—Bien —respondió ella.

—He oído que estás en Tinder.

—¿Tú no?

—No.

—Una amiga me obligó —se apresuró a explicar ella—. Fue una broma pesada, nada más.

—A lo mejor deberías probar.

—No tengo tiempo.

—Al menos podrías echarles un vistazo a los interesados.

—Para ya.

—¿No lo has hecho?

—Entré una vez, pero no es para mí: no puedo con esas cosas —repuso ella.

—¿Te refieres al amor o a las personas?

Un ratonero planeaba en círculos por encima de un terreno lleno de tocones y de roderas dejadas por la maquinaria forestal.

—Para ti es más fácil —dijo ella.

Notó que él esbozaba una sonrisa pese a que no le gustaba esa clase de juegos.

—Quién sabe. Sólo sé que he estado quedando a comer con una compañera de trabajo bastante simpática.

—Me lo imaginaba.

—Trabaja en vigilancia.

—¿Es judía?

—¿Y eso qué importa? —preguntó él. Su respiración se había vuelto

de pronto más pesada, apretaba la mandíbula…

—¿Por fin has encontrado a una chica judía? —dijo ella sonriendo—. Tu madre estará feliz.

—Estaba feliz contigo.

Al terminar la zona de tala, volvieron a adentrarse en la penumbra del bosque de coníferas. El rostro de él volvió a quedar en la sombra y a ella, de pronto, le pareció que volvía a verlo en la tenue luz bajo el dosel nupcial.

También se vio a sí misma caminando a su alrededor siete veces, y se acordó de que él sonreía al principio del ritual, pero para cuando ella completó las vueltas, se había puesto serio.

Le vinieron a la mente otros recuerdos: las siete bendiciones, el sabor del vino antes de que Sidney rompiera la copa de un pisotón sin dejar de mirarla.

Procuró alejar esas imágenes y sacó la libreta que llevaba en el bolso.

—Per Günter… o P. G., como él prefiere que lo llamen, es director ejecutivo y dueño del treinta y cinco por ciento de la empresa familiar… Tiene cincuenta y cinco años y vive en la finca *Mannheim* junto con su esposa —explicó.

—¿Son ricos? —preguntó él.

—Sin duda. Para empezar, poseen una gran extensión de bosque y una mansión familiar, *Mannheim*, que se supone que es maravillosa, aunque todo es bastante opaco porque sus propiedades y activos pertenecen a diferentes empresas estructuradas como un holding, lo que implica toda una maraña de contabilidades, declaraciones de Hacienda, dividendos y aportaciones…

—No estaría mal echarles un vistazo a esas contabilidades, declaraciones, etcétera —comentó él.

—Per Günter y su hermano Werther son la cuarta generación de madereros —continuó Julia—. El padre de ambos, Sylvester, heredó la finca del abuelo Leopold, quien a su vez la había heredado de su propio padre, Mannheim Mott. Este último fue quien empezó el negocio, pero ya durante su vida consiguió que se convirtiera en uno de los imperios silvícolas más grandes de Europa.

Mientras ponía al tanto a Sidney de lo que P. G. le había contado sobre su familia, se sentía cada vez más convencida de que éste le había dicho la verdad cuando le había asegurado que no recordaba nada de lo ocurrido: su desasosiego parecía genuino. Aun así, había algo que no la dejaba tranquila. Por algún motivo, P. G. la hacía pensar en un campo anegado donde los cultivos habían empezado a marchitarse y a pudrirse.

El posible asesinato del desconocido había tenido lugar precisamente el día que se celebraba la junta de accionistas anual, cuando los dueños de la empresa se reunían en *Mannheim*. P. G. se había dejado el móvil en el salón y, al día siguiente, había encontrado en la galería de imágenes la foto del hombre maniatado. Entonces, en lugar de acudir a la policía, como su esposa le había sugerido, se había montado en el coche y había conducido hasta Estocolmo para contratarla.

Poco antes de llegar a Söderhamn, Sid paró en una gasolinera y ella quiso aprovechar para comprar unos sándwiches y café mientras él repostaba. Se puso los guantes de piel, se bajó del coche y caminó hacia la tienda. Un tintineo resonó sobre su cabeza cuando empujó la puerta con el bastón. Mientras se dirigía a la máquina de café, vio a un hombre con pantalón de cuero, camisa azul de seda y coleta soplando su vasito de plástico. Llevaba un flamenco hinchable en las manos. Tenía ojos vivarachos y bigote con puntas enceradas. Hablaba con la cajera, que estaba detrás del mostrador.

—No estaría de más tener una piscina donde mi hija pueda jugar con él, ¿no? —decía mientras ella le entregaba un billete de lotería.

Entendió que el hombre había bajado a por un café y había sucumbido a la tentación de comprar un juguete para su hija y un décimo de lotería. Entonces, empezó a sentirse incómoda, como si la tienda fuese demasiado pequeña para acoger a tres personas. El corazón se le aceleró y sopesó la posibilidad de salir.

El hombre se dirigió a la parrilla automática donde daban vueltas las salchichas de Fráncfort. Ella respiró hondo y se acercó a la máquina de café. Dejó el bastón plateado sobre el banco y cogió dos vasos de cartón.

El molinillo de la máquina emitió una especie de gruñido. Luego, ella llenó los dos vasos y les puso tapas de plástico. Volvió a coger el bastón y fue hasta la nevera para elegir sándwiches, pero apenas había alargado la mano para abrir la puerta cuando notó un roce en la nuca. Como un relámpago, una abrumadora sensación de pánico la hizo tambalearse y tirar al suelo un expositor de maquinillas de afeitar. Era como si la hubiesen arrojado a una montaña de miembros humanos cercenados. Se dio la vuelta y golpeó al hombre con el bastón en la cara antes de poder contenerse.

—Pero... joder... sólo te estaba poniendo bien el cuello de la chaqueta —dijo él completamente desconcertado.

—Lo siento, no quería...

—Madre mía.

El hombre se retiró frotándose la mejilla y sin dejar de mirarla. Ella se puso a levantar el endeble expositor de maquinillas con manos temblorosas. Vio que la cajera se acercaba y oyó las campanillas de la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la cajera.

—Tengo que irme —dijo Julia mientras recogía los paquetitos del suelo.

—Déjalo, no te preocupes...

—Lo siento.

—¿Te ha tocado? ¿Te ha metido mano? —preguntó la chica—. ¿Quieres denunciarlo?

—No, es...

—Hay cámaras: lo tenemos todo grabado. Y ha pagado con tarjeta.

—No puedo, tengo que irme.

—Vale... llévate el café, yo te invito.

Julia salió, se sentó en el coche y consiguió abrocharse el cinturón, pero no llevarse el vaso de café a la boca: se lo habría tirado encima.

—¿Qué ha pasado? Estás temblando de pies a cabeza —le preguntó Sidney.

—Un tipo, en la tienda... me ha tocado la nuca.

—Tienes que ir con cuidado.

—Lo sé, es que no me lo esperaba.

—Cierra los ojos y concéntrate en tu respiración —sugirió él, y arrancó el coche.

4

Los bosques de la provincia de Hälsingland volvieron a cernirse a su alrededor. Frente a ellos, la carretera parecía extenderse directamente hasta el cielo en un interminable rumbo norte.

Julia se concentró en el monótono rumor de las ruedas sobre el asfalto hasta que consiguió tranquilizarse. El síndrome de estrés postraumático que padecía hacía que cualquier contacto físico le resultara abrumador, sobre todo si llegaba por sorpresa.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Sid al cabo de un rato.

—Sí, sólo que... no lo soporto: me muero de vergüenza. No me reconozco a mí misma cuando me pasan cosas así.

Había pasado años acudiendo al Centro de Trauma para hacer terapia y, aun así, continuaba teniendo esos ataques de pánico. Ni siquiera podía hablar abiertamente de su duelo. A lo más que había llegado, y eso últimamente, gracias a los esfuerzos de su psicóloga, era a hablar de una fotografía imaginaria del funeral. Y había necesitado visualizarla como tomada desde una gran altura para no sentir que se precipitaba en el abismo.

La niña solitaria que era entonces se habría sentado en la primera fila de la iglesia que estaba en el centro de la foto, dejando sus muletas en el suelo de baldosa, y se habría sumido en el aroma embriagador de miles de flores con la mirada fija en los cuatro ataúdes colocados delante del altar.

A lo largo de los años, Julia había tomado toda clase de medicamentos, había probado métodos alternativos y había hecho

yoga. Sin embargo, hasta la fecha sólo había encontrado dos cosas que le brindaban cierta calma.

Una era cuando ayudaba a otras personas que atravesaban momentos críticos. Entonces, podía olvidarse de sí misma y concentrarse en sus rostros, su gestos, sus palabras, hasta descubrir la verdad.

La otra era su vida con Sid; el amor de Sid, su paciencia con ella.

Y todo eso había quedado atrás para siempre, esparcido entre los restos humeantes del avión estrellado en la ladera de la montaña.

—¿Crees que tu madre estaba de acuerdo en que lavaras mis bragas? —preguntó ella.

—Imagino que no, pero a mí me gusta hacer la colada.

—Y a mí me encantaba cuando tendías mi ropa interior: en filas perfectas, por colores… —repuso ella sonriendo.

—¿Sí?

—Sí.

El bosque dio paso a campos y a graneros rojos. Al pasar por una localidad llamada Sodoma intercambiaron miradas sin decir nada.

—Todos los misterios y secretos que han existido jamás están conectados entre sí —comentó Sid al cabo de un rato.

—¿Tú crees?

—Al menos eso dicen los textos de Hekhalot, ya sabes: los Palacios Celestiales de la mística judía —aclaró él.

—Eso implicaría que todos mis casos están conectados. Es una idea interesante.

—¿Te estás quedando conmigo? —preguntó Sid con una sonrisa.

—Claro que no —respondió ella en un tonito sospechoso.

Hijo de un marxista, Sidney no era en absoluto religioso, pero respetaba ciertas tradiciones y rituales por cariño a su madre, judía practicante, y le encantaba citar textos místicos hebreos.

Un poco más al norte de Sundsvall, abandonaron la E4 y volvieron a adentrarse en el bosque verde oscuro durante veintidós kilómetros más.

Cuando por fin llegaron a la entrada de la finca (un enorme arco de hierro sobre el cual podía leerse MANNHEIM en letras doradas) se había hecho más tarde de lo que habían previsto.

—Me alegro de que hayas venido conmigo —susurró ella.

Las puertas de la verja estaban abiertas, así que entraron y continuaron por el camino recto que atravesaba el terreno arbolado a orillas del río Indalsälven, cuyas aguas trémulas vislumbraban de tanto en tanto entre los troncos.

Unas cuantas casas y cobertizos dispersos dieron paso a nuevos campos y prados.

—Ya debemos de estar llegando. Habrá que ver por dónde van los tiros en este caso, pero casi siempre se trata de conversar con toda la gente que podamos sin dar la impresión de que los estamos interrogando.

—Estás intentando decirme algo, ¿no?

—Sí: que si ves que alguien se está poniendo más nervioso de lo conveniente, déjamelo a mí.

—Por supuesto, para algo eres Julia Stark —dijo él sonriendo.

—No es eso. Tenemos que colaborar los dos para mantener la conversación en marcha, pero creo que es indispensable mirar a los ojos al interlocutor antes de hacer una pregunta clave, etcétera, etcétera. Cosas que yo me sé.

—Entendido —dijo Sid.

—Y creo que lo más inteligente será reservarnos el detalle de que eres policía —añadió Julia.

Él volvió la cabeza y la miró.

—¿Y eso por qué?

—No todo el mundo se relaja cuando hay un policía presente...

—¿Ah, no?

—En una de ésas, Per Günter tiene antecedentes.

—¿Y?

—¿Podrías comprobarlo?

—Podría, pero sería poco ético —respondió Sid.

—¿En serio? —le preguntó ella. Tenía cara de cansancio.

—Esa información no es pública, Julia.

—No seas tonto —dijo ella—, sólo tienes que mirar si...

—Yo soy un funcionario público —le recordó él sonriendo—, de

modo que, si resultara que me has contratado simplemente para tener acceso a la base de datos de la policía, yo tendría que poner fin *ipso facto* a nuestra colaboración.

—¿Te acuerdas de que estuvimos siete años casados?

—Sí.

—Es que has hablado en un tono…

—Tener límites es positivo para ti —respondió él.

—¿Qué?

—Que te conviene tener límites.

—¡¿Qué?!

A orillas de un estanque de aguas oscuras que se formaba antes de que el río traspasara la compuerta de una presa y se precipitara diez metros hacia abajo, podía verse una casita de ladrillo con un muelle bordeado de juncos. El sol del atardecer parecía incendiar las copas de los árboles.

Un poco más adelante, el camino se convertía en una alameda al fondo de la cual asomaba una magnífica mansión con tejado negro a cuatro aguas y fachada de ladrillo vidriado con una multitud de ventanas francesas dispuestas en filas simétricas. El acceso de gravilla, cuidadosamente rastrillado, terminaba rodeando una rotonda de césped con un reloj solar.

En el mismo instante en que Sidney apagó el motor, el portón de la casa se abrió y P. G. salió a la escalinata junto con una mujer pelirroja que llevaba pantalón largo y una rebeca fina.

Julia asió su bastón y salió del coche con dificultad. Al enderezarse, se percató de lo rígidas que se le habían puesto las articulaciones. El aire de la tarde era cálido y olía a bosque y musgo. Los pájaros cantaban y el sol poniente se reflejaba en las ventanas de media luna en la planta alta de *Mannheim*.

Sidney había sacado el equipaje. Se acercó a Julia y, por costumbre, la tomó del brazo. Ante ese repentino contacto, ella sintió como si una cuerda vibrara en su interior, pero enseguida se rompió, y el eco de esa ruptura la acompañó mientras subían los escalones que conducían a la puerta de la mansión.

—Bienvenidos a *Mannheim* —dijo la mujer sonriéndoles—. Me llamo Monika y soy la que atrapó al rico heredero.

—Llevamos treinta años casados —se apresuró a aclarar P. G.

—Al menos al principio pensaban que yo era una *femme fatale*, lo cual, pasado el tiempo, me parece halagador —dijo ella riendo.

—Quiero que sepáis que mi mujer se toma este asunto con la misma seriedad que yo, aunque no lo parezca.

—Disculpad si os he dado la impresión equivocada: ése debe de ser mi superpoder.

Sidney dejó la maleta de cabina en el suelo y les estrechó la mano a ambos mientras Julia se apoyaba en el mango ergonómico del bastón y fingía leer un mensaje en su teléfono hasta que fuera demasiado tarde.

—Adelante, pasad —los invitó P. G.

Entraron en un enorme recibidor con una araña de cristal en el techo, molduras en lo alto de las paredes y una soberbia escalera que ascendía al primer piso.

—Menuda casa —soltó Sid con admiración.

—La diseñó Fritz Eckert —explicó P. G.—, el arquitecto del Antuna Gård, las Cuadras Reales, la Casa Curmanska, etcétera, etcétera.

Una mujer con un sencillo vestido de color negro y delantal blanco los saludó discretamente y les cogió las chaquetas. Debía de rondar los sesenta años, tenía unos inquietos ojos azul claro y llevaba el pelo castaño recogido en un apretado moño en la nuca.

—Amelie os enseñará vuestras habitaciones —empezó a decir Monika, pero enseguida se detuvo y frunció el ceño—. A lo mejor lo he entendido mal... ¿queríais habitaciones separadas?

—Solamente somos compañeros de trabajo —aseguró Sid.

Julia sonrió y asintió con la cabeza mientras una ola de añoranza rompía y después se retiraba en su interior.

—Como Sherlock Holmes y Watson —murmuró Monika sonriendo.

—Más o menos —respondió Sid.

P. G. estaba mordiéndose un padrastro, pero, cuando sus ojos se encontraron con los de Julia, bajó la mano como un niño regañado.

—Tener la foto de ese hombre nos facilitaría mucho las cosas —dijo

ella.

—Yo preferiría que...

—Es absolutamente necesario —lo cortó ella.

—Claro, claro, perdón —repuso él asintiendo con la cabeza, tras lo cual le pasó el móvil a su mujer.

—Tecnófobo —bromeó Monika.

Un instante después se oyó el tono que indicaba que Julia había recibido la foto.

—Gracias —dijo ella.

—Tengo una duda —dijo Monika—, y creo que es importante. ¿Es ilegal tener una fotografía como ésa en el teléfono?

—No —respondió Sidney.

—Y entonces, ¿qué se hace si alguien te manda una foto así?

—Esa imagen no llegó al teléfono de P. G. a través de un mensaje —contestó Julia.

—Coméntales lo de la cena —intervino P. G.

—Ah, sí, gracias, eso era lo que tenía que deciros. Se nos ha ocurrido que podíamos cenar juntos esta noche a las ocho, si os va bien —propuso Monika, aunque acto seguido pareció titubear—. Perdonad, pero la verdad es que no tenemos ni idea de cómo funciona esto. A lo mejor preferís cenar por vuestra cuenta y trabajar... aunque empieza a ser un poco tarde.

—Cenaremos con vosotros con mucho gusto —respondió Julia.

—¿Lo ves? —le susurró P. G. a su mujer

—Como dice la Biblia: «No os preocupéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación» —citó Monika—. Sé que P. G. ha planificado una visita guiada y varias reuniones.

—Como te dije ayer, me gustaría hablar por separado con todos los que estaban presentes el domingo —le recordó Julia.

—Ya está previsto —respondió P. G.—. Mañana conoceréis al resto de nuestra pequeña familia.

—Qué suerte —comentó Monika con un suspiro.

Después de eso, Amelie se acercó para llevarlos a sus habitaciones. Hizo amago de coger las maletas, pero Sidney se lo impidió. Subieron

las escaleras haciendo crujir los peldaños y recorrieron un largo pasillo en forma de «L».

—Muchas gracias —dijo Sidney dejando las maletas en el suelo.

—Los señores los esperan en el salón de la planta baja a las ocho.

—Muy bien —repuso Julia sonriendo.

Amelie se retiró en dirección a la escalera y Sid le lanzó a Julia una mirada pícara. Esperó unos segundos antes de abrir la boca.

—¿Ya has resuelto el misterio? —le preguntó.

—¿Cuál de todos?

—Dentro de poco serás cabalista.

Julia ignoró el comentario.

—Yo me quedo con esta habitación —respondió.

Abrió la puerta que tenía más cerca empujándola con el bastón, arrastró la maleta hasta el otro lado del umbral y caminó por una alfombra china de color amarillo.

La ventana estaba abierta de par en par para dejar entrar el aire fresco, pero aun así olía a una mezcla de jabón multiusos, madera y telas antiguas.

Los tapices de seda de las paredes tenían pequeñas manchas de humedad aquí y allá y medallones dorados. Había un armario de madera oscurísima arrimado a la pared, un delicado escritorio de nogal y una cama con dosel.

Ella volcó la maleta en mitad del suelo y sacó su ropa interior y su neceser antes de colgar los vestidos en el armario.

P. G. le había escrito diciéndole que, desde luego, en *Mannheim* podía vestirse como le diera la gana, pero que su familia tenía la manía de conservar toda clase de tradiciones obsoletas, de modo que su mujer sugería que llevara consigo un par de vestidos de cóctel, algún vestido de noche y quizá pantalones y blazer para el bosque.

Cerró las puertas del armario y luego fue hasta la ventana y la cerró también.

El cristal era antiguo y tenía burbujas que hacían ondear el bosque mientras ella deslizaba la mirada por el paisaje.

Se sentó en la silla, sacó el móvil y se quedó un rato mirando la foto

del hombre muerto antes de mandársela a Sid.

¿Qué motivos podría tener P. G. para ir hasta Estocolmo a buscarla y enseñarle la fotografía del cadáver si él mismo fuera el asesino y tuviera claro que lo era?, se preguntó.

La lógica hacía pensar que sus lagunas de memoria debían de ser reales, a menos que, por alguna razón, se tratara de una especie de psicología inversa a la inversa, o algo así.

5

P. G. y Monika los estaban esperando en la antigua sala de caballeros, contigua al gran salón de la planta baja. Los altos ventanales con vidrios emplomados daban al bosque y una alfombra persa de color tabaco cubría el suelo.

Detrás de la barra de caoba y cobre pulido, una estantería llena de botellas de toda clase de licores ascendía hasta el techo.

P. G. iba de negro y se había puesto un poco de colorete en las mejillas, Monika llevaba la roja cabellera repeinada hacia atrás, un vestido gris estilo *vintage* de Chanel y un collar de perlas de tres vueltas al cuello.

—Mira, ya han llegado los jóvenes —anunció P. G.

—Os llama así porque os veis muy guapos —intervino Monika.

—Con respeto y envidia —agregó él sonriendo.

En una de las paredes había un cuadro donde podía verse a una mujer desnuda bañándose en las rizadas aguas de una bahía. Su blanco trasero relucía entre la penumbra de las hojas y se reflejaba en la superficie del agua.

—Anders Zorn —constató Julia.

—Era un invitado asiduo a esta casa a comienzos del siglo pasado —explicó P. G. a modo de anécdota—. Según mi abuelo paterno, una noche en la que perdió al strip póker consiguió librarse gracias a este cuadro…

—Y salvar su propio culo pálido de las miradas públicas —dijo Monika.

—Exacto.

—Vamos a tomar un aperitivo. Así, a lo mejor podréis estudiar los apagones de mi marido en directo —propuso Monika.

—No lo dice en broma...

—Tonto —dijo ella riendo, y se dirigió a la barra.

—Se me dan bien el vodka martini, el dry martini, el cosmopolitan y el cubalibre —aseguró P. G. poniéndose detrás y sacando unas copas.

—Para mí, un vodka con hielo, por favor —pidió Julia.

—Suena complicado. —Él sonrió y se volvió hacia Sidney—. ¿Y tú?

—¿Un cubalibre?

—Perfecto —repuso P. G.

Agitó un poco de vodka en una coctelera llena de hielo, lo coló en una copa de Martini y añadió un gran cubito de hielo con unas pinzas.

—Mi marido dice que cuando me pongo nerviosa hablo demasiado... —empezó Monika.

—No —protestó P. G. desde la barra—. Lo que digo es que...

—Espera, por favor —lo interrumpió ella—. Por eso prefiero advertiros que todo esto me da verdadera angustia.

—Es lógico —dijo Sid. Cogió la copa que P. G. tenía en la mano y se la pasó a Julia.

—Cuando P. G. me enseñó la foto del teléfono entré en shock —continuó Monika—. Me alteré mucho, alcé la voz, intenté hacerlo recordar, le exigí que me jurara que era inocente...

—Y él no se vio capaz —musitó Julia.

—Por eso decidí contrataros —explicó P. G.—. Necesitamos saber la verdad. Todo esto es absurdo: imaginaos que una mañana os despertáis pensando que habéis matado a alguien.

Puso una oliva en una copa y se la tendió a su esposa.

—Las lagunas de memoria no suelen ser absolutas: son como islas medio ocultas entre la neblina —señaló Julia.

—Puede ser... pero mis olvidos no se deben a una enfermedad neurológica, sino, vergonzosamente, a que bebí demasiado alcohol en demasiado poco tiempo.

Cogió una botella de ron del estante que tenía detrás y comenzó a

preparar dos cubalibres.

—Os aseguro que no es un alcohólico —dijo Monika—. Esas cosas le pasan muy de vez en cuando.

—¿Hay algún patrón? —preguntó Julia.

—No lo creo —respondió P. G.—, o al menos yo no he sabido reconocerlo. Simplemente de pronto siento que necesito beber y cuando me despierto no recuerdo lo que hice...

—Ni lo que hizo ni lo que dijo —lo corrigió Monika.

—Pero ¿tú crees que le hiciste daño al hombre de la foto? —preguntó Sid.

—La verdad es que no. De otro modo no me habría atrevido a contrataros.

—Brindemos por ello —dijo Monika en tono lúgubre.

P. G. le tendió un vaso a Sid y levantó el otro.

—Salud.

—Muy rico —opinó Sid tras probar su cubalibre.

A Julia le bastó un sorbito para darse cuenta de que el vodka era demasiado fuerte para ella. Puso la copa sobre la barra, desgastada por el tiempo. Sus dedos habían dejado unos óvalos blancos en el cristal empañado.

Se volvió hacia Monika.

—Tengo que preguntarte si tú has reconocido al hombre de la foto.

—No. ¿Debería haberlo hecho?

—No lo sé. Era sólo una pregunta —le aclaró Julia—. Al fin y al cabo, se ve gran parte de su cuerpo, su ropa, la habitación...

—¿Y no puede tratarse de un sintecho que se ha caído y se ha dado un golpe? —preguntó Monika—. No es que quiera denigrar a nadie, pero...

—El hombre de la foto está maniatado —intervino Sid.

—¿Ah, sí? Creo que no la miré con atención. Lo siento: vi un montón de sangre y me entró el pánico.

Siguieron bebiéndose sus copas mientras los abetos se oscurecían al otro lado de los ventanales. Era como si el bosque fuera envolviendo la mansión, como si se le echara encima.

Monika se quedó mirando a Julia y dijo como si le leyera el pensamiento:

—Qué oscuro se pone allí fuera, ¿verdad? La primera vez que P. G. me trajo a esta casa me sentí intimidada, como si el bosque estuviese embrujado y yo fuese la princesa de un cuento, algo así. Ahora, en cambio, este bosque inmenso me hace sentir protegida.

—En mi caso, nací aquí y aquí pienso morirme —declaró P. G. en tono pomposo.

—¿Y tú? —le preguntó Sid a Monika.

—Yo nací en un pequeño hotel que mis padres regentaban en las afueras de Estocolmo, así que yo no tengo por qué morir en un bosque —dijo riéndose; se pasó una servilleta por la comisura de los labios y agregó—: De hecho, si os soy sincera, yo no tengo por qué morirme.

—Aunque compartes mi amor por estas tierras, ¿no es cierto? —preguntó P. G.

—Pues claro —respondió ella ladeando la cabeza.

—Es la esposa perfecta para un viejo terrateniente como yo —explicó P. G. en un tono mecánico que revelaba que ya había dicho lo mismo en otras ocasiones.

—Lo cierto es que vengo de una familia aristocrática, aunque sin recursos —declaró Monika—. En todo caso, odio la Riddarhuset y todo lo que representa: los privilegios de la nobleza, la estructura patriarcal, etcétera, etcétera. Me resulta incomprensible que todo eso pueda seguir existiendo hoy en día.

Hizo como si se pegara un tiro en la sien.

—Ya lo veis —dijo P. G. sonriendo, y alzó la copa para brindar de nuevo.

Julia hizo lo propio mientras observaba a P. G. Era evidente que estaba esforzándose en ser cordial, como si aquélla fuese una cena de viejos amigos, pero los ojos se le cerraban de sueño. También notó el alivio de Monika cuando Amelie abrió la puerta y los informó de que la cena estaba lista.

Pasaron a un salón regio con otra enorme araña de cristal en el techo. Varios tapices antiguos con temas de caza adornaban las paredes

revestidas de madera oscura, salvo una, ocupada casi en su totalidad por una gran chimenea de mármol verde.

Alrededor de la enorme mesa había dieciocho sillas con los reposabrazos desgastados y, en el centro del mantel blanco, un candelabro de plata. Los ventanales daban al lago Kvarnsjön, cuya superficie brillaba como una moneda de plata en medio de la oscuridad.

—¿Dónde encontraste el móvil? —preguntó Sid.

—Aquí mismo, en un estante —respondió P. G. Los condujo hacia el estrecho pasillo de servicio entre la cocina y el comedor y dio unas palmaditas en un estante del mueble empotrado que contenía la mantelería y los cubiertos de plata.

—¿Nos sentamos? —dijo Monika a sus espaldas.

6

Dejaron las copas en un carrito de servicio y se sentaron a uno de los extremos de la enorme mesa de comedor, donde Amelie había colocado cuatro cubiertos con servilletas almidonadas. La vajilla, de porcelana, llevaba el monograma S. M.

—Es por Sylvester Mott —aclaró P. G.—, mi padre. Era...

—... una persona bastante especial —completó Monika con un sarcasmo difícil de interpretar.

—Mi padre infundía respeto —dijo él.

—Era terrible, y daba un miedo de narices. Os lo digo yo. Sólo la enfermedad consiguió limarle un poco las aristas —agregó Monika, afable.

—Intentaba honrar su recuerdo.

—Yo también —dijo ella mirándolo a los ojos.

P. G. abrió la boca como para decir algo más, pero se detuvo al ver que Alice entraba con el primer plato y una botella de vino rosado.

El primer plato era un solomillo de ternera a la plancha. Lo habían servido sobre un lecho de rúcula con pimienta negra, parmesano rallado y limón.

Mientras comían, Julia miraba de reojo a su ex marido. La luz de los apliques, que le daba por detrás, hacía brillar el fino vello rubio de su nuca. En el anular de su mano izquierda, con la que sujetaba el tenedor, se notaba la huella pálida de un anillo de casada ahora ausente.

La boca de P. G. seguía moviéndose, pero ella ya no lo escuchaba. En

los intersticios de su memoria había aflorado un recuerdo: estaban en la cama, comiendo gajos de manzana remojados en miel y bebiendo un vino fuerte que la madre de Sid había comprado en Tel Aviv.

Tragó saliva y se obligó a volver al presente. Se dirigió a Sid:

—Tras la junta de accionistas, te dejaste el móvil en el armario de servicio, pero por la mañana seguía en el mismo sitio, ¿no?

—Sí —respondió él.

—¿Qué hora era?

—Antes de las siete... Tengo un despertador interno —contestó P. G. señalándose la frente—. Siempre me despierto a las seis: mi cerebro aún piensa que hay que salir a talar árboles.

—¿Quiénes estaban aquí el domingo? —preguntó Julia—. Además de ti y de Monika, obviamente...

—Mis primos segundos... Björn, André y Siri —explicó él.

—Y Amelie, me imagino.

—Por supuesto.

—¿Nadie más?

—No, que yo recuerde. No —respondió P. G.

—¿Y tú, Monika, te acuerdas de alguien más?

—Pues no. Éramos los de siempre, el *dream team* —señaló ella.

—¿Vino algún mensajero, por ejemplo?

—No.

—¿Algún empleado: un trabajador forestal o un camarero contratado para la ocasión?

—No, no, sólo Amelie.

—Háblame de tus primos segundos —pidió Julia dejando los cubiertos en el plato.

—Cada uno es dueño del diez por ciento. Viven a orillas del arroyo del molino —contó P. G.—. Una vieja cláusula en el testamento de nuestro abuelo ordena que algunos miembros de las distintas ramas de la familia nos reunamos dos veces a la semana como mínimo.

—Lo cual resulta claustrofóbico —comentó Monika fingiendo un escalofrío.

—Puede ser... pero hemos destinado un dinero para ese fin y las

cenas son cada vez más opulentas. Así nos cuesta menos soportarnos.

—No sé si la idea del viejo era volvernos alcohólicos y hacernos pelear entre nosotros, pero, si era el caso, lo ha conseguido con creces.

—Estamos todos atrapados en *Mannheim* como en una obra de Sartre —dijo P. G.—. Mi hermano mayor, Werther, es el único que ha conseguido salir de aquí.

—Es como una secta —comentó Monika con una sonrisa.

P. G. fue a buscar una fotografía enmarcada que estaba sobre una mesa de media luna al lado de la pared y se la mostró a Julia.

—A pesar de la diferencia de edades, jugábamos juntos —explicó P. G.—. Aquí, la pequeña Siri tiene tres años y Werther... dieciocho, me parece.

Era una foto en blanco y negro tomada delante de una fila de girasoles. Los cinco herederos posaban por orden de estaturas, como los tubos de un órgano. Werther, que era el más alto, miraba fijamente a la cámara con la barbilla levantada y una leve sonrisa en los labios; a su lado estaba P. G., con las rodillas sucias y una tirita en el puente de la nariz. Los siguientes tres críos eran bastante más bajitos. Los dos chicos pasaban un brazo por los hombros del otro y la chiquilla, que era la más pequeña, los miraba riéndose.

—Entonces, ¿el padre de estos tres y el tuyo eran primos? —preguntó Sid.

—Así es —respondió P. G.—. Se llamaba Augustus Mott, y mi padre le cedió el treinta por ciento de la empresa.

—Una jugada maestra —aseguró Monika.

La taciturna Amelie retiró los platos y, antes de que ellos pudieran retomar la conversación, volvió con los segundos en un carrito de servicio: rodaballo asado con un timbal de arroz y un hojaldre de marisco. Lo acompañaron con un vino del Ródano.

—Me estabas hablando de tus parientes —recordó Sid cuando Amelie abandonó el salón.

—No hay mucho más que contar —repuso P. G.

—Sobre todo si quieres ocultar la verdad —intervino Monika.

P. G. se aclaró la garganta.

—Björn, mi primo mayor, es un artesano apasionado y tiene un don para restaurar muebles y lámparas antiguas. Fue él quien dejó como nueva la araña del techo de la sala de caballeros —dijo P. G. señalando hacia allí.

—Según cuentan, el padre de P. G. se la cargó de un tiro una noche de borrachera —explicó Monika con una sonrisa de satisfacción—, y luego pasó años guardada en la destilería como un mal recuerdo hasta que Björn encontró unos prismas idénticos de cristal de Bohemia.

—Es una belleza, la verdad —comentó P. G.—. Tenéis que mirarla con atención.

—Antes he dicho que P. G. no es alcohólico —siguió Monika—. Pues bien, eso vale sobre todo si se lo compara con Björn, que lleva cinco años sin poder mantenerse en pie.

—¡Monika! —la reprendió P. G. forzando una sonrisa.

—Lo siento, pero es así. Viene, bebe, se enfada y luego se queda dormido con la boca abierta.

—Puede que tenga problemas con la bebida, pero su hermano menor, André, se encarga de él. Tiene la paciencia de un santo —dijo P. G.

—Son socios: dependen uno del otro —replicó Monika.

—¿Y la hermana? —preguntó Sid señalando a la niña de la foto.

—Siri, ¿qué podríamos decir de ella? —dijo Monika tamborileando en la mesa con los dedos—. «Poliamorosa» no es el término adecuado. ¿Tú qué dices, P. G.? Yo jamás emplearía el término «zorra», pero...

—Eso sobraba —dijo P. G.

Monika miró impasible a Julia y a Sid.

—Lo siento, a lo mejor debería ocultar que Siri es una persona horrible y que...

—A mí me da lástima —la interrumpió P. G.

—Claro. Seguro que todo es culpa mía —añadió ella sonriendo.

—No, pero...

—Sabes bien que intenté arreglar las cosas entre nosotros antes de la última reunión. No me sentía con fuerzas para otra cena llena de pullas —le explicó Monika a P. G. en voz baja.

—Lo sé... —repuso él también en susurros.

Monika bebió un poco de vino, se pasó la servilleta por los labios y después se volvió hacia Sid y Julia con una sonrisa incómoda.

—Le propuse dar una vuelta al lago en la barca de remos. Llevaba café y bollos. Pensaba que podríamos hablar, ser sinceras —explicó—, pero al final fue imposible. Mientras volvíamos, yo remaba y ella iba gritándome que era una puta bruja…

—Por lo menos lo intentaste —musitó P. G.

Se hizo el silencio. Julia cortó un trocito de rodaballo, lo mojó en la salsa y se lo llevó a la boca.

—Esto está riquísimo —comentó.

El plato de Sid ya estaba limpio. Cuando estaban casados, ella siempre se quejaba de que él devorara la comida, pero ahora la alegraba comprobar que conservaba el buen apetito.

—¿Verdad que has dicho que Björn, André y Siri poseen cada uno un diez por ciento de la empresa? —preguntó Sid.

—Sí, mientras que Werther y yo poseemos un treinta y cinco por ciento cada quien —respondió P. G.

—Pero Werther no estuvo en la reunión, ¿verdad?

—No.

—¿Y por qué? —preguntó Sid.

—Lleva años sin venir a esas reuniones —repuso P. G. esquivo.

—Y nosotros echamos de menos su calidez, su compromiso, su vocación de mediador en los conflictos —añadió Monika en tono socarrón.

—Está bromeando —se apresuró a aclarar P. G.

—Recuerdo la última vez, cuando quiso ayudar a acomodarte el traje —dijo Monika.

P. G. pareció afectado y ella se llevó una mano al pecho como disculpándose por haber hablado sin pensar.

—La verdad, mi hermano se parece mucho a nuestro padre…

—Es un psicópata —murmuró Monika.

—Werther es un ermitaño —explicó P. G.—. Se pasa la mayor parte del tiempo aislado en su cabaña de caza en Jämtland. Suele mandarme un poder antes de cada reunión porque se fía de mi criterio, pero esta

vez no lo hizo, y la mera idea de que pudiera presentarse me generó mucho estrés, así que me tomé un par de Atarax a la hora de comer, como ya te había comentado.

7

Julia y Monika salieron del comedor caminando por detrás de los dos hombres. Al pasar junto al piano de cola, P. G. le cuchicheó algo a Sid, quien se rió y le dio una palmada en la espalda antes de volverse y mirar a Julia con una sonrisa.

—Así que sólo sois compañeros de trabajo, ¿eh? —bromeó Monika.

—Hoy en día, sí —respondió ella en un tono de añoranza más evidente de lo que había previsto.

Entraron en la biblioteca. Era cuadrada, con suelo de parquet desgastado.

—La llamamos la «Habitación Roja» —dijo P. G. con voz ronca.

Las cortinas de terciopelo, cuyo dobladillo se veía más oscuro y deshilachado, estaban abiertas y las coloridas vidrieras daban al jardín.

Dos paredes quedaban ocultas tras las altísimas estanterías provistas de escaleras de biblioteca; en la última podían verse cuatro magníficos retratos al óleo de los primogénitos de cuatro generaciones: Mannheim, Leopold, Sylvester y Werther.

—¿Y por qué la Habitación Roja? —preguntó Julia.

—Aquí había una exquisita alfombra roja que, según cuenta la leyenda, mi abuelo cambió en Kerman por una caja de puros cubanos —respondió P. G. mientras se acercaba al mueble bar, donde había botellas y jarras de whisky, coñac, grappa, oporto y distintos licores.

—¿Y qué fue de ella? —preguntó Julia.

—La están lavando —respondió P. G. zanjando el tema.

Monika sacó cuatro posavasos de madera noble y los repartió por la

mesa de centro. Luego los invitó con un gesto a ocupar los sillones de cuero. P. G. preguntó qué querían tomar «los jóvenes» y después se puso a servir las copas.

Julia lo vio acercarse con su grappa en la mano y, para evitar el contacto físico, cogió un gran libro sobre silvicultura sueca que estaba sobre la mesa.

—Gracias —dijo cuando él dejó la copa en el posavasos delante de ella.

—¿Hago un resumen de lo que hemos comentado hasta ahora? —preguntó Sidney.

—Buena idea —dijo P. G., y le entregó una de las copas con whisky de malta antes de sentarse en el cuarto sillón.

—Hace dos noches, después de una junta de accionistas y una cena, P. G. se olvidó el móvil en uno de los estantes del armario de servicio —comenzó Sid—, donde lo recuperó a la mañana siguiente alrededor de las siete sólo para descubrir que, a las once y veinticinco, alguien lo había utilizado para fotografiar a un hombre con la cabeza cubierta con un saco, maniatado, ensangrentado y probablemente muerto. Si suponemos que nadie se coló en la casa, sólo hay seis personas que pueden haber hecho esa foto.

—Y, de esas seis, la más probable soy yo —dijo P. G. antes de dar un largo trago.

—No necesariamente —intervino Julia.

—El problema es que yo no recuerdo nada de lo que pasó esa noche —insistió P. G.

—¿Por dónde seguimos, entonces? —preguntó Monika mirando inexpresiva a Sid.

—Empezaremos por comprobar quiénes, de los seis, realmente tuvieron la oportunidad material de tomar la foto a esa hora exacta —respondió él.

—Pues yo, desde luego, no —aseguró Monika—. Una botella de oporto se había volcado aquí dentro, y Amelie y yo estuvimos dándolo todo con tal de salvar la alfombra.

—¿A medianoche? —preguntó Sid.

—Ésa es la parte difícil de gestionar una herencia —respondió ella—: da miedo arruinar algo destinado al disfrute de las generaciones futuras.

—Por lo que parece, fue culpa mía —dijo P. G. hipando.

—A veces gesticula un poquitín de más, lo cual no deja de ser encantador. Lo malo es que, en una de ésas, manchó las cortinas, los tapices, algunos lomos de libros... Mirad, aún pueden verse los puntitos. No vayáis a creer que es sangre.

—No sabemos si la alfombra podrá salvarse —dijo P. G. en tono lúgubre. Se terminó el vaso de whisky y se levantó para ir hasta el mueble bar y rellenarse la copa entre tintineos de los hielos.

—P. G. tiene buen saque —comentó Monika secamente.

—Es mi homenaje al gran Carl Michael Bellman, —aseguró P. G., y levantó la copa para brindar antes de regresar al sillón.

—Comencé mojando la alfombra con agua tibia —continuó Monika —, pero la mancha era tan grande que tuve que pedirle a Amelie que viniera a ayudarme, aunque ya eran las once menos cinco. Los sillones, las cortinas y las paredes quedaron más o menos bien, pero la alfombra... Al final, tuvimos que rendirnos. La enrollamos y la llevamos al coche de Amelie, y para entonces ya eran las doce menos diez.

—«Once menos cinco», «doce menos diez»... ¿cómo puedes estar tan segura de las horas? —preguntó Sid.

—Cuando tenemos cenas, como esta noche, Amelie se queda hasta las once, así que miré el reloj porque temía que ya fuese tarde... —respondió Monika.

—¿Y volviste a mirarlo a las doce menos diez?

—Bueno, es que el sistema de alarma se activa de forma automática a las doce de la noche y se desconecta a las siete de la mañana, a menos que alguien lo apague manualmente —explicó ella.

—Yo acompañé a los invitados al coche y por poco no llego a tiempo para entrar —aseguró P. G.

—Pero te sabes el código, ¿no?

—Ni sobrio lo recuerdo —repuso él con una sonrisa.

—Yo acabo de recordar algo, pero a lo mejor no tiene importancia —

dijo Monika. Tenía cara de cansancio.

—¿Qué pasó? —preguntó Julia.

Monika suspiró y le dio un sorbito a su grappa.

—Estábamos bajando los asientos traseros del coche de Amelie para meter la alfombra, y de pronto apareció P. G. como un fantasma en la oscuridad. Amelia soltó un gritó, yo no pensaba que supiera gritar… Fue muy difícil, pero entre las dos conseguimos meter a P. G. en la casa, iba sucio y estaba frío, pero quería ver las estrellas sí o sí…

—¿Otra copa? ¿Sid? —preguntó P. G.

—Gracias, estoy bien.

P. G. volvió a levantarse, se acercó al mueble bar y se llenó la copa de whisky por cuarta vez. La vació de un trago, la volvió a llenar, regresó tambaleándose al sillón y se dejó caer.

Pestañeó unas cuantas veces y luego cerró los ojos. Su rostro se volvió flácido, relajó la barbilla y abrió la boca. Sid se apresuró a cogerle la copa, que se le estaba escurriendo de entre los dedos. Entonces, P. G. abrió los ojos y se lo quedó mirando.

—Era una broma —dijo sonriendo de oreja a oreja.

—¡Dios santo! —exclamó Monika.

—Lo siento… Julia, Sidney —se disculpó él.

—No pasa nada —respondió Sid con una sonrisa de cortesía.

—A lo mejor deberíamos dejar que nuestros invitados se vayan a dormir —propuso Monika.

—Aún no —repuso P. G.; luego se volvió hacia Julia y Sid—. Monika se ha creído que ya estoy ebrio, pero sólo era una broma —aclaró con la energía que caracteriza a muchos borrachos—. Sigamos. Sé que tenéis más preguntas. De todas formas, esta noche no lograré dormir. Quizá lo mejor sea que llame a la policía y confiese.

—No digas tonterías —intervino Monika.

—Pero es que ya no lo aguanto, de verdad —dijo él bajando la voz.

—Lo sé, cielo, pero no vamos a aburrir a nuestros invitados.

—Por nosotros no os preocupéis —dijo Julia.

—Haremos lo siguiente —decidió Monika—. P. G., tú toma un poco de agua mientras nos acabamos la copas; y luego, buenas noches.

Sid volvió a sentarse y cogió su copa de la mesa. P. G. se fue al mueble bar, buscó el sifón y se sirvió agua con gas.

—¿Tenéis alguna idea de por qué alguien podría haber querido matar a una persona y después fotografiar su cadáver con el teléfono de P. G.? —preguntó Sid.

—Si no lo hice yo… —dijo P. G., y volvió a su sitio.

—Sí.

—Hablando de bromas, ¿no podría tratarse de una broma macabra? —preguntó P. G. mientras se secaba el sudor del labio superior.

—Y en ese caso, ¿dónde estaría la broma? —quiso saber Julia.

—En que nadie ha sido asesinado: que la foto es un montaje.

—Estoy bastante seguro de que el hombre de la foto está muerto de verdad —dijo Sid.

Monika tiró un poco de su collar de perlas.

—Me parece muy loco como para ser verdad —murmuró ella.

—¿Qué otros motivos posibles se os ocurren? —preguntó Julia.

—Creo que, por alguna razón, alguien decidió cometer un asesinato y colgarle el muerto a P. G… No creo que haya sido una broma —afirmó Monika.

—Quizá querían extorsionarme —propuso P. G.

—Pero nadie os ha pedido dinero, ¿verdad? —preguntó Julia.

—No —respondió P. G.

—Aunque, si fuera el caso, quizá esperarían a que lo detuvieran, incluso a que iniciara un proceso judicial —dijo Monika—. Porque…

—Entonces, no me conocen —la interrumpió P. G.

—Continúa, Monika —pidió Sid.

Ella negó con la cabeza y un pequeño mechón de pelo rojo le cayó sobre la frente.

—Sólo estaba especulando —dijo—, pero creo que si alguien quisiera extorsionar a P. G. esperaría hasta que se sintiese desesperado antes de ofrecer algo que pudiera absolverlo.

—¿Y quién podría intentar así? ¿Estás pensando en alguien en particular?

—No, no —repuso ella con un suspiro—. P. G. le cae bien a todo el

mundo.

—No te burles —soltó éste sonriendo.

—¿De veras os habéis esforzado en identificar a la persona de la foto? —preguntó Sid.

—Sí —respondió P. G. en voz baja.

—¿La habéis observado a fondo, por desagradable que resultara?

—Yo lo he hecho —dijo P. G.

—Podría ser cualquiera —indicó Monika.

Julia observó que P. G. negaba con la cabeza casi imperceptiblemente antes de soltar un «es verdad» que fue apenas una exhalación.

—Tú no estás de acuerdo, ¿verdad, P. G.? —le dijo.

—No quisiera ni pensarlo, pero podría tratarse de mi hermano Werther —respondió él.

—¿Es Werther?

—No, olvidadlo: ¡es imposible identificar a esa persona! —exclamó P. G. apartando la mirada.

—Lo que pasa es que Werther no envió el poder, como suele pasar —explicó Monika—, y, para variar, no conseguimos contactarlo.

—Deberíais insistir —observó Julia.

—A veces tarda meses en contestar —repuso P. G.

—Volvamos a la foto —propuso Sid—. ¿No reconocéis el sitio? ¿El suelo, por ejemplo?

—No —contestó P. G.

—Será relativamente fácil identificar el lugar mediante las antenas repetidoras y el número IMEI del teléfono; fácil, pero no rápido —advirtió Sid.

Amelie entró con una bandeja de copas limpias, las puso en el mueble bar y luego se retiró.

—Y el sitio, ¿no os suena de nada? —insistió Julia.

—Sólo es un suelo de hormigón y una pared de ladrillo... —repuso P. G.—. No hay mucho que identificar.

—La clave es la hora... —dijo Julia—. La foto se tomó a las once y veinticinco, y el teléfono tiene que haber estado de vuelta antes de que

se activara la alarma, a las doce.

—Claro, porque sólo vosotros dos conocéis la alarma… o deberíais conocerla —agregó Sid.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Monika con un gesto de desconcierto.

—¿Pensáis que ese sitio podría estar en la finca? —preguntó P. G.

8

Al quitarse el vestido, Julia notó que estaba algo achispada. Colgó la prenda en el respaldo de la silla y enseguida dejó el sujetador encima. Se acercó a la ventana oscura y se miró en el reflejo del ondulado cristal, transformada de pronto en una mujer joven y bella.

Se apartó y, después de tragarse el nudo que se le había formado en la garganta, abrió el armario y se puso el camisón de seda. La tela era fresca y se posaba como ingrávida sobre su cuerpo.

Intentó no pensar en los motivos reales por los que había metido lencería fina en la maleta y entró en el cuarto de baño. Abrió los dos grifos, se inclinó en el lavabo agrietado y volvió a mirarse en el espejo.

Antes de desprenderse de su barbilla, el agua seguía el surco de su cicatriz.

Pensó en que Monika y Amelie habían llevado una alfombra hasta el coche y se habían cruzado con P. G. cuando éste regresaba a la casa, poco antes de las doce de la noche.

La última conversación de la velada, en la Habitación Roja, se había acelerado después de que ella y Sid sugirieran que el lugar de la fotografía debía de hallarse en la finca.

Monika se había lanzado a especular que el muerto debía de ser algún operario forestal que se había hecho daño con una motosierra.

En su argumentación, las cuerdas en las manos eran para poder arrastrarlo por el bosque, el saco en la cabeza ocultaba las terribles heridas y le habían hecho una foto con el teléfono de P. G. para exigir una compensación por las peligrosas condiciones de trabajo. Pero en un

momento dado se había detenido y había dejado caer las manos: ni ella misma creía en esa posibilidad, que no era otra cosa que un intento desesperado de exculpar a su marido.

«Qué simpático de su parte», pensó Julia.

Se secó la cara y se puso crema hidratante. Luego regresó a la habitación, apagó la lámpara de noche y volvió a plantarse en el mismo sitio que antes, ante la ventana, contemplando la noche ondulada.

En la oscuridad, vio titilar un pequeño resplandor amarillento.

Se inclinó hacia delante y notó el frío del cristal en la cara.

El camino y los árboles parecían de mármol grisáceo contra la oscuridad del paisaje.

De pronto, la luz volvió a brillar, un poco más a la derecha. Iba cambiando entre rojo y amarillo. Por algún motivo, pensó en una niña que cargaba con una olla de cobre llena de rescoldos.

Dio un respingo al oír que llamaban a la puerta. Se dio la vuelta, se acercó a la mesita de noche para encender la lámpara y sintió un escalofrío en la espalda mientras giraba la llave en la cerradura y abría la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Sid.

—Claro —respondió ella. Volvió cojeando hasta la cama y se sentó en el borde.

Sid entró en la habitación y se detuvo. Su móvil lo advirtió de que había llegado un mensaje, pero él hizo como si no lo hubiese oído.

—Sólo quería contarte que he conseguido enseñarle la foto a Amelie antes de que se retirara —explicó.

—¡Pero, Sid! ¡Yo tendría que haber estado allí para poder leerle la cara! —exclamó Julia.

—Lo siento. Tienes razón, pero vi la ocasión y la aproveché.

—Eres el típico policía —dijo ella con un suspiro, y lo invitó con un gesto a sentarse en el sillón.

—Ya te he dicho que lo siento —volvió a decir antes de sentarse.

—No pasa nada, sólo cuéntame con todo detalle lo que pasó.

Sid asintió con la cabeza.

—Le he pedido una almohada extra y la he seguido hasta un armario

—contó—. Después de dármela, me ha preguntado si necesitaba algo más… y yo le he respondido que necesitábamos ayuda para identificar a una persona y le he enseñado la foto. Eso sí, después de advertirle de que podía resultar desagradable.

—Vale —dijo Julia—. Le has enseñado la foto en tu teléfono, ella la ha mirado ¿y…?

—Ha apartado la cara casi al instante y se ha puesto pálida… Yo le he dicho que se sentara, pero no ha querido hacerlo.

—Le has dado un momento para rehacerse, ¿no es cierto?

—Sí, sí.

—¿Has notado si temblaba?

—No lo sé.

—¿Has tenido que repetirle la pregunta?

—Sí, le he vuelto a preguntar si reconocía al hombre de la foto.

—¿Y te ha parecido que sí, que lo reconocía?

—Me ha dicho: «No debería decir esto, pero yo creo que es el señor Werther. No lo puedo asegurar y no quiero meterme en esto, pero tengo entendido que no han podido localizarlo…»

—¿Ha dicho exactamente eso?

—No tengo tu memoria, pero creo que sí —respondió Sid—. También ha contado que en la junta sólo pudieron tomar decisiones provisionales, dado que Werther no había enviado el poder.

—Interesante —dijo Julia asintiendo con la cabeza—. ¿Y ha comentado algo sobre la coartada de Monika?

—Ha confirmado todo lo que Monika nos ha dicho: la mancha de vino en la alfombra, etcétera, etcétera. Incluso recordaba que P. G. había dicho que acompañaría a los invitados al coche porque quería contemplar las estrellas.

—¿Te miraba a los ojos mientras te decía esto último?

—Sí.

—¿Y justo antes, entre la pregunta y la respuesta?

—Antes estaba buscando la almohada en el armario.

—Es mejor esperar a tener contacto visual antes de preguntar —le recordó ella.

—Lo sé; ya me lo habías dicho, pero...

Julia asintió con la cabeza y lanzó un suspiro.

—P. G. es el único que tiene tres posibles roles: perpetrador, testigo o víctima —dijo.

—A veces me olvido de lo lista que eres.

—Pues mira, a mí a veces me pasa como a Jacques Brel: no sé qué daría por ser tonta y encantadora.

—Eres encantadora —susurró Sid.

—Cállate.

—Es verdad —insistió, y se levantó del sillón.

—¿No te apetece un chupito antes de acostarte?

—Necesito dormir.

Sonrió. Parecía cansado.

—Buenas noches, entonces —murmuró ella.

Sid se agachó y le dio un beso en la frente.

Ella notó cómo aquel beso se propagaba por su cara, le bajaba por el cuello y luego hasta los pezones. Respiró hondo.

La puerta se cerró tras Sid y ella esperó unos segundos antes de levantarse de la cama; echó el cerrojo y apoyó la frente en la hoja de la puerta.

—*Meyn zis libhober* —susurró antes de volver a la cama. Se tumbó bocarriba y cerró los ojos.

Era la única frase que había conseguido aprender en yidis, pero la usaba cada dos por tres: «Mi dulce amado.»

Aún no entendía cómo había podido defraudarlo de ese modo.

Ella se había acostado con otros hombres tanto antes como después de su relación con Sid, pero él era el único que había conseguido esquivar su trauma, el único que no la había dejado con una sensación de querer morirse.

Quizá se debía a su sinceridad, a su increíble paciencia... o quizá sólo a que, cuando la tocaba, siempre estaba completamente allí, con ella.

El caso era que él había conseguido que no entrara en esa espiral de pánico que solía poseerla ante el menor contacto físico. A lo mejor era mentira, pero solía decirse a sí misma que había disfrutado más durante

los años con Sid de lo que la mayoría de la gente disfruta en toda una vida.

Se metió la mano derecha entre las piernas y notó su calor y su peso, pero la sola idea de masturbarse la llenó de tristeza.

9

Un niño en pañales miraba a Julia con el pulgar metido en la boca. Ella volvió la cabeza hacia el otro lado y vio el cielo azul asomando entre las rocas oscuras como una afilada esquirla de cristal.

Se puso de costado y procuró orientar el sueño en otra dirección.

Una enorme excavadora arrojaba tierra, piedras y raíces cercenadas sobre pálidos cuerpos humanos.

Al momento siguiente, un repentino hedor a gasóleo y carne quemada la sacó de golpe del sueño.

Se quedó mirando la oscuridad hasta comprender que seguía en la cama. Jadeante, notó un olor a humo.

Sin titubear ni un segundo, se levantó, se acercó a la puerta y palpó con cuidado el pomo.

Estaba frío.

Abrió y se asomó al pasillo.

No había humo delante de su habitación, pero oyó pasos y voces agitadas en la planta de abajo.

Volvió a meterse en su cuarto y descorrió las cortinas. No le hizo falta abrir la ventana para ver lo que estaba ocurriendo: una columna de humo negro se elevaba al cielo gris del amanecer desde las orillas del lago Kvarnsjön.

Se puso el abrigo sobre el camisón, cogió el bastón y salió al pasillo para llamar a la puerta de Sid.

—Un segundo —lo oyó decir.

Volvió a llamar y después puso rumbo a la escalera. La puerta se

abrió a su espalda y Sid aceleró el paso para alcanzarla.

—¿Qué se está quemando? —preguntó mientras se metía la camisa por dentro de los pantalones.

—Algo a orillas del lago —respondió ella.

—¿La escena del crimen?

—Probablemente.

Bajaron la amplia escalera y salieron por la gran puerta de la casa, que estaba abierta de par en par. A lo lejos se oían sirenas. El aire estaba cargado de humo.

Monika y P. G. ya estaban fuera, cruzando la explanada de gravilla a toda prisa en dirección al lago.

Sid y Julia fueron tras ellos.

Monika iba envuelta en un abrigo de pieles y tenía el pelo alborotado, P. G. llevaba una chaqueta acolchada sobre el pijama a rayas y botas de lluvia.

Julia pensó en el resplandor que había visto justo antes de meterse en la cama.

A lo mejor no tenía nada que ver con aquello, pero alguien se había estado moviendo por la finca en la oscuridad.

La luz del fuego y de los camiones de bomberos se mezclaba entre los árboles mientras ellos se acercaban por el camino de gravilla.

Monika y P. G. doblaron por un camino más estrecho que atravesaba una arboleda, continuaba bordeando un cercado y llevaba directo al lago.

Vieron una caseta en llamas. El fuego trepaba por las paredes de ladrillo (todas las ventanas habían estallado) y se elevaba al menos diez metros por encima del tejado antes de convertirse en una columna de denso humo negro.

Un grupo de bomberos con trajes de protección desenrollaban mangueras mientras el jefe les gritaba órdenes.

Monika, P. G., Sid y Julia se detuvieron ante el muro de calor.

—Es la destilería —dijo Monika aún soñolienta—. Me ha despertado el reflejo de la luz en la pared... P. G. ha llamado a los bomberos. No han tardado más de veinticinco minutos, pero ya se ve que...

El calor les azotaba la cara, el olor a humo era amargo y penetrante.

El fuego había saltado a las ramas de los árboles más cercanos a la caseta.

Las llamas sisearon y rugieron cuando el agua de los bomberos empezó a caer sobre el edificio.

El fuego y las luces azules de los camiones se reflejaban en la superficie lisa del lago Kvarnsjön, las cenizas y rescoldos caían como una nevada.

P. G. miraba con la boca abierta y expresión de incredulidad. Tenía el cabello erizado.

—¿Cómo estás? —le preguntó Julia.

—Me siento increíblemente culpable —contestó él mirándola a los ojos—. Mi padre siempre cuidó con esmero de todas estas construcciones; de cada caseta, cada bodega... Incluso engrasaba las bisagras que chirriaban.

Julia también clavó la vista en sus ojos enrojecidos hasta ver su propio reflejo en las pupilas de P. G., que se transformó en poco más que una silueta que se recortaba contra el cielo gris. Por un instante, las cenizas en el aire, e incluso las llamas, parecieron ralentizarse, al tiempo que cada matiz de la voz de aquel hombre crecía en intensidad.

Julia soltó el aire como si hubiese recibido un fuerte golpe en el pecho y de pronto se sintió ingrávida. Le pareció que levitaba. Los sonidos del incendio quedaron amortiguados como el ruido de los motores dentro de la cabina de un avión.

—... yo no dudaría de que mi padre haya contado uno a uno todos los árboles de la finca —siguió diciendo P. G. son una sonrisa amarga.

El silencio se hizo absoluto y los copos de cenizas se detuvieron completamente en el aire. Las llamas quedaron convertidas en prismas de una araña de cristal invertida.

—... no era un padre cariñoso —continuó P. G.—, pero nos dejó esto... —Señaló el fuego y luego dejó caer lentamente la mano temblorosa—: *Mannheim*, y la empresa.

Monika dijo algo en un tono de ansiedad y de pronto volvieron los sonidos, los copos de ceniza comenzaron a revolotear otra vez. El

tejado colapsó con un estruendo y una cascada invertida de partículas incandescentes se precipitó hacia el cielo.

Julia y Sid se alejaron mientras P. G. les gritaba a los bomberos con desesperación.

—Interesante —comentó Julia.

—¿Qué? ¿Que alguien le haya prendido fuego a la destilería?

—No, me refiero a que P. G. ha dicho que su padre les dejó «esto» mientras señalaba directamente al fuego, a la destrucción.

—¿Eso ha hecho?

—Sí, de forma inconsciente —repuso ella.

—¿Cómo se me ha podido escapar? —dijo él para sí.

—Tú eres poli —respondió ella—, ves otras cosas.

—Lo he dicho antes: nunca dejas de impresionarme.

—Estoy bastante tarada y no suelo ser muy amable…

—No digas eso.

Se detuvieron a los cien metros y se volvieron de nuevo hacia las tareas de extinción. El vapor de agua se elevaba del suelo recalentado alrededor de la caseta en llamas.

—Te has quedado callada, Julia —dijo Sid, y le tocó suavemente el brazo—. ¿Estás bien?

Ella miró sus ojos cálidos.

—Ya sabes lo que me pasa a veces, cuando estoy con otras personas… Me da la sensación de que están a punto de desaparecer, de que estoy presenciando sus últimos segundos de vida —explicó ella mientras apoyaba todo su peso en el bastón.

—Pensaba que esas sensaciones se te habían ido pasando.

—Pero es que no quiero que se me pasen.

—Siempre te has presionado demasiado a ti misma.

—No pasa nada: necesito esto, necesito la concentración —respondió ella, y después pensó en aquellos instantes ralentizados, cuando sentía que su mayor deber era notar y recordar hasta el último detalle, hasta el último matiz, porque tenía la impresión de que aquéllas eran las últimas palabras que escucharía de la otra persona.

10

La mañana llegó como un visitante sombrío, desvelando sin piedad la devastación. Las labores de extinción del incendio habían concluido y el suelo estaba empapado. De la destilería sólo quedaba una montaña de ladrillo y cemento. Los restos calientes aún despedían humo. En el suelo, una viga de metal emitía una nota aguda. Una carretilla retorcida por el calor se abrazaba a un tronco carbonizado. Había ceniza gris sobre las flores y la hierba.

P. G. le pasó el brazo por los hombros a Monika para consolarla mientras caminaban de vuelta a *Mannheim*.

Ninguno de los cuatro se planteó siquiera volver a su habitación a dormir otro rato. Se reunieron en silencio en el salón.

Julia notaba la garganta inflamada por el humo. Le escocían los ojos.

Por las ventanas se veía a los camiones de los bomberos abandonar el lugar.

Monika se fue a la cocina y Julia la siguió. Desde el pasillo de servicio, la vio hablar con Amelie, que estaba ante de los fogones asando beicon. Debió de saltarle grasa caliente en la mano, porque su rostro se contrajo momentáneamente. Sin mediar palabra, Monika sacó un tubito de gel frío de un cajón, le untó un poco en el reverso de la mano y le puso una gasa encima.

Julia regresó al salón y se sentó a la mesa al lado de Sid. P. G. sujetaba su taza de café con ambas manos. Tenía las narinas tiznadas, de todo el humo que había aspirado.

—He hablado un momento con los bomberos. No han notado nada

raro —dijo Sid antes de llevarse el puño a la boca y toser en sordina.

—¿Podrían haber pasado por alto algún cadáver? —preguntó Julia.

—No lo creo.

Monika volvió con una taza de té y una tostada en un platillo. Había llorado, como denotaban sus ojos hinchados. Parecía cansada.

—¿Se sabe qué provocó el incendio? —preguntó.

—Siempre se hace una investigación —respondió Sidney algo afónico —. Los técnicos no deberían tardar. Pensaba pasarme por allí dentro de un rato.

—Gracias —susurró Monika.

—¿Creéis que la foto puede haberse tomado dentro de la destilería? —quiso saber Julia .

—El suelo de hormigón y las paredes de ladrillo encajan —contestó P. G.—. Pero en la finca hay muchas edificaciones parecidas.

—De todas formas, precisamente el incendio hace pensar que la foto se tomó allí. No creo que fuera una casualidad —soltó Monika.

—Podría haber sido una casualidad —explicó Julia—, pero no creemos que lo fuera.

—En ese caso, ¿el incendio ha sido provocado? —preguntó P. G.

—Eso parece —respondió Julia.

—¿Para ocultar pistas?

—Alguien se ha puesto nervioso con vuestra presencia —especuló Monika.

—Yo estoy nervioso, pero no por ello iba a prenderle fuego a la casa —respondió P. G.

—¿Alguno de vosotros estuvo fuera anoche, antes del incendio? —preguntó Julia.

—¿A qué hora? —intervino Monika.

—Yo vi algo raro poco antes de la una de la madrugada.

—¿El qué? —quiso saber Sid.

—Un resplandor rojo en el camino. Probablemente de una lámpara.

—¿A la una?

—Un poco antes de la una, sí.

—A esa hora, nosotros dos estábamos durmiendo —aseguró Monika

volviéndose para ver a P. G.

Sin decir palabra, Amelie sirvió tres sándwiches de pan de masa madre, uno de ensaladilla de atún, otro de jamón ahumado con mostaza de Dijon y el último de queso emmental con tomates cherry y albahaca fresca.

Se retiró y volvió con una gran tortilla de pimientos, espárragos y apio. Finalmente, puso sobre la mesa una fuente de fruta y una jarra con zumo natural de manzana y zanahoria.

—Pareces convencida de que el crimen se cometió aquí, en la finca, y de que quien tomó la foto fue alguien que estaba en la casa, probablemente alguien de la familia —dijo P. G. dirigiéndose a Julia.

—¿Crees que estamos en peligro? —preguntó Monika mientras se servía un trozo de melón—. Quiero decir… ¿deberíamos irnos, o contratar personal de seguridad?

—¡No exageres! —exclamó P. G.

—Ya, pero matar a una persona y quemar un edificio no es poca cosa… De pronto me he dado cuenta de que podría tratarse de una situación peligrosa —explicó Monika.

—¿Se os ocurre alguien que quisiera haceros daño?

—Ni idea. Un loco, un psicópata —respondió ella.

—¿Conocéis a alguien a quien describiríais como un psicópata? —preguntó Julia.

—Pues mi familia no es la más sana del mundo —soltó P. G.

—¡Pero qué dices! —apostrofó Monika con fingida sorpresa.

—No obstante, no somos peligrosos —dijo él sonriéndole.

—Nadie de esta generación ha tenido hijos… lo que me parece bastante reseñable —dijo Monika poniéndose seria—. Es como si, por fin, todos hubiesen comprendido que los genes de los Mott no son los mejores.

P. G. se levantó de un salto, se limpió la boca con la servilleta de tela y la dejó encima de su plato.

—Me imagino que no os apetece la visita guiada que teníamos prevista para hoy —dijo terminante.

—Al contrario —respondió Julia.

—Entonces, nos ceñimos al plan —repuso él, y salió del salón.

Se hizo un silencio incómodo. Sid devoró su trozo de tortilla y Julia se terminó su bocadillo de atún.

—Lo siento, a veces soy demasiado directa —se disculpó Monika, y dejó los cubiertos en el plato con un suspiro—. Y... la verdad, no soy quién para tirar la primera piedra.

—Yo aprecio tu sinceridad —le dijo Julia.

—No sé si «sinceridad» es la palabra correcta... no me gusta decir maldades. Me parece innecesario.

—¿Alguna vez P. G. se ha puesto violento cuando ha bebido de más? —preguntó Julia.

Monika la miró con ojos de asombro.

—¿Per Günter? Es la persona más buena del mundo —respondió ella.

Julia tomó un poco de zumo y dirigió la mirada a la ventana. Había ceniza blanca en el alféizar. Se quedó un rato observando el cielo que se abría por encima de las copas de los árboles antes de volver a mirar a los otros dos comensales.

—Monika, sé que es un tema delicado —dijo—. Pero, como lo has sacado tú misma, necesito preguntarte por qué no tenéis hijos.

—¿Pese a que P. G. es la persona más buena del mundo, quieres decir? —preguntó ella.

—Sí.

Monika se quedó en silencio y volvió la cara hacia la ventana. Parecía sorprendida ante sus propios sentimientos. Las lágrimas afloraron en sus ojos y ella se apresuró a pestañear para quitárselas de encima. Intentó recuperar la sonrisa antes de levantarse y abandonar el salón.

11

El olor a humo era intenso cuando Julia salió a la escalinata de piedra de la mansión, y unas nubecillas de cenizas se levantaban a sus pies mientras cruzaba la explanada hasta llegar a la rotonda de césped. Según el reloj solar, eran casi las diez de la mañana. Se apoyó en el bastón y oteó la linde del bosque delante de la destilería calcinada. Entre los troncos divisó a Sidney. Estaba hablando con dos personas vestidas con monos blancos de protección.

No dejaba de darle vueltas a la reacción de Monika ante la pregunta de por qué ella y P. G. no habían tenido hijos. Tenía la impresión de que había perdido el control durante un segundo y había abandonado su fachada de hembra dominante, aunque luego había logrado rehacerse y salir de la habitación sin responder.

Rememoró toda la conversación que habían mantenido durante el desayuno y se detuvo en la evidente paradoja que se escondía tras la respuesta de Monika: si en verdad estaba dormida a la una de la madrugada, ¿cómo podía asegurar que P. G. también lo estaba?

Volvió a mirar hacia la destilería y descubrió que Sid ya estaba regresando. La saludó de lejos y aceleró el paso hasta llegar a ella. Ella tuvo que esforzarse para seguir seria cuando él le sonrió.

—¿Qué dicen los forenses? —le preguntó.

—Poca cosa.

—Pero has estado un rato hablando con ellos.

—Sí, pero no en mi condición de policía —respondió él.

—Entonces, ¿no te han contado nada?

—No están autorizados para hacerlo.

—¡Por Dios! —repuso ella poniendo los ojos en blanco.

—Sin embargo, he notado que llevaban varias bolsas herméticas de las que se usan para recolectar evidencias —dijo Sid.

—¿Y eso qué significa?

—Que quizá han encontrado restos de algún acelerante.

—¿No debería haberse consumido con el fuego?

—Mucha gente cree que eso es lo que ocurre, pero lo cierto es que es bastante habitual que los forenses puedan recuperar restos de líquidos inflamables, etcétera.

—Caramba —dijo ella sorprendida.

—Piensa en la gasolina, por ejemplo. Contiene más de quinientos hidrocarburos distintos. Los más volátiles suelen consumirse en un *plis*, pero los menos volátiles pueden persistir, por ejemplo, cuando la tierra o el material de los muebles los absorben antes de que empiece el fuego.

Un Land Rover se acercó a la mansión por el camino de gravilla.

—Así que tú crees que los forenses encontraron restos de gasolina o algo parecido que no alcanzaron a consumirse.

—Exacto, y también que la persona que provocó el incendio consideraba que había dejado tantas huellas en el lugar del crimen que la única solución era que el lugar entero quedara hecho cenizas.

—Bravo, Sid. Al final va a resultar que no eres tan sólo un bonito accesorio.

El Land Rover dio la vuelta a la rotonda, avanzó haciendo crujir la gravilla y se detuvo al lado de Julia y Sid.

La puerta se abrió y P. G. se bajó del asiento del conductor mientras se metía el móvil en el bolsillo interior de la cazadora de color verde.

—He pensado que, después de la visita, os llevaré en coche a la comida —dijo.

—Perfecto, gracias —respondió Sid.

—Llevo ya un rato aquí, observando la mansión —dijo Julia—. Es muy bonita, con el bosque y el lago...

—Y al otro lado de la presa hay un molino que ya no funciona, restos

del aserradero hidráulico y una capilla —dijo P. G. señalando con el dedo.

—Me pregunto... ¿qué futuro os imagináis que tendrá todo esto? —preguntó ella.

—¿Futuro? —repitió P. G.; después soltó un suspiro—. Supongo que nos quedaremos cenando en la cubierta superior mientras el barco se hunde.

—¿Eso crees, en serio?

—Sí —repuso P. G. encogiéndose de hombros.

—¿Qué ha salido mal?

—No lo sé. Los sucesivos herederos, Mannheim, Leopold, Sylvester, le dedicaron su vida entera a la empresa, que fue pasando de padres a hijos... hasta que el turno le correspondió a Werther.

—Que no tiene hijos...

P. G. replicó algo inaudible y se volvió a poner al volante del Land Rover. Julia subió al asiento del copiloto, se puso el bastón de titanio entre las rodillas y cerró la puerta.

En cuanto Sid se hubo acomodado detrás, P. G. emprendió la marcha. Cruzaron lentamente el patio de gravilla y después se metieron por un pequeño camino que corría en paralelo a la alameda.

Las copas de los árboles de la linde del bosque se reflejaban en la superficie lisa del lago. Julia miró el suelo encharcado alrededor de la destilería y el humo que despedían las ruinas. Los dos peritos de incendios con los que Sid había hablado poco antes estaban detrás de su furgoneta, quitándose los monos blancos.

—Mi familia ha trabajado desde siempre en estos bosques—empezó a contar P. G. mientras conducía—. No siempre fuimos propietarios: hemos talado, serrado, cepillado, transportado... trabajos duros de narices. Quien marcó la diferencia fue mi bisabuelo Mannheim, que se vio en una coyuntura favorable y supo aprovecharla. Me refiero a que, a principios del siglo XIX, los bosques europeos casi habían desaparecido como consecuencia de la rápida industrialización, mientras que en Suecia esos recursos permanecían prácticamente intactos. Como hijo del capataz de un aserradero, mi bisabuelo conocía el negocio hasta

cierto punto, pero decidió marcharse a Inglaterra para aprender todo lo posible y regresó a Sundsvall para fundar la primera serrería a vapor en Tunadal a finales de 1849. Era el momento perfecto porque el Parlamento acababa de aprobar una ley de sociedades limitadas que simplificaba las cosas para que las industrias obtuvieran capital: eso le permitió comprar grandes extensiones de bosque y asegurarse el acceso a la materia prima. El resultado fue que, para finales de siglo, mi bisabuelo era el hombre más rico de Suecia con la honrosa excepción de Alfred Nobel. Y no sólo él se hizo rico, sino un montón de personas relacionadas con el negocio maderero.

—Se creó una clase alta completamente nueva... —comentó Julia pensativa.

—Lo cual atrajo muchas envidias —continuó explicando P. G.—. Ya desde la época de mi bisabuelo, a los Mott se nos ha acusado de todo: prácticas comerciales dudosas, tala ilegal y hasta de mal gusto. De ahí la obsesión familiar por mantenerse alejados de las extravagancias y los escándalos.

—Claro —dijo Julia.

—No lo sé con certeza, pero para mí que quienes alimentaron con más ahínco esos rumores fueron los nobles, que intentaban conservar sus privilegios a base de generar desprecio hacia los «nuevos ricos».

—Que, hoy en día, ya no son en absoluto nuevos.

—La verdad es que, a estas alturas, los Mott estamos muy lejos de ser los más ricos del país. Otra cosa es que nos vaya mal...

El camino de gravilla corría paralelo a un serpenteante arroyo que en otros tiempos movía un molino. Habían recorrido unos tres kilómetros cuando divisaron, en la orilla, dos casas de madera de color rojo. P. G. redujo la marcha hasta casi detenerse y señaló con el dedo la más grande de las dos.

—Ésa era originalmente la casa de Augustus, primo de mi padre. Björn y André se criaron allí y ahora la comparten: cada uno tiene una planta, aunque la verdad es que André pasa la mayor parte del tiempo en casa de su novia.

—¿Y de quién es la otra casa? —preguntó Julia.

—De Siri, la menor —respondió P. G.

—Y ella, ¿a qué se dedica? —quiso saber Sidney.

—Es fisioterapeuta para niños con necesidades especiales… o algo así —contestó P. G., y volvió a acelerar.

—Nos encantaría hablar con ella también —dijo Julia.

—Ya está previsto.

—Gracias.

—Le he estado dando vueltas a todo esto de mi móvil —soltó P. G. al cabo de un rato—. ¿Y si lo que pasó fue que oí ruidos provenientes de la destilería, fui hasta allí y me encontré con un cadáver y, sin saber qué hacer, simplemente le saqué una foto?

—Yo también lo he pensado —respondió Julia—. Lo que me parece improbable es que pusieras el móvil en el armario de servicio antes de meterte en la cama.

—Suelo dejarlo allí durante la cena para que nadie me moleste… pero luego me lo llevo a mi mesilla de noche. En fin, estaba tan borracho que…

Se metieron por una pista de tala que se adentraba en línea recta en el bosque pasando por distintas áreas deforestadas. Llevaban unos veinte minutos en el coche.

—En la actualidad, nuestras propiedades abarcan algo más de cuatrocientas mil hectáreas —explicó P. G. mientras el coche avanzaba dando botes— y tenemos una productividad estupenda. Francamente, creo que poseemos las mejores tierras de Västernorrland. Los árboles están repartidos por edades y tenemos zonas de aclareo y de plantación.

Los altos troncos pasaban muy deprisa por las ventanas a ambos lados del vehículo. Luego, cruzaron un área de almacenamiento con pilas enormes de troncos limpios. El terreno estaba completamente embarrado y había un autocargador aparcado.

—¿Te han contado si te pones violento en esas borracheras que después olvidas? —preguntó de pronto Julia.

—Eso ya te lo he contestado —le respondió P. G. mirándola de reojo.

—Necesito que te tomes muy en serio la pregunta.

—Monika me ha dicho que a menudo me desespero… y que ha tenido que pararme cuando he querido hacer cosas desesperadas.

—¿Como qué?

—El invierno pasado intenté subirme al tejado de la casa cuando apenas podía mantenerme en pie.

—¿Y ella te lo impidió?

La pregunta quedó en el aire porque empezaron a oír el ruido de las sierras. Unos minutos después, llegaron a una zona de tala.

—Mirad —dijo P. G. deteniendo el coche—. Todo se aprovecha: ramas, corteza e incluso tocones.

A través del parabrisas, vieron cómo una procesadora sujetaba un árbol con su enorme pinza y cortaba el tronco en tres partes en cuestión de segundos en medio de una cascada de virutas.

—¿Por qué te has ido cuando Monika ha dicho que, en tu familia, nadie de vuestra generación ha tenido hijos?

—Porque pienso que ése es un asunto privado.

—Y lo es, claro —aceptó Julia asintiendo con la cabeza.

P. G. soltó un suspiro y se volvió hacia ella.

—¿Cómo iba yo a querer tener hijos si ni siquiera puedo cuidar de mí mismo? ¿No ves que incluso puede ser que haya matado a alguien?

—Monika ha mencionado algo acerca de vuestros genes.

—Para nosotros, no hay diferencia entre herencia y entorno: ambos están fundidos —repuso P. G. en tono críptico, y se bajó del coche.

Julia y Sidney lo vieron cruzar la zona de tala a grandes zancadas. Fue directo a la procesadora, cuyo cabezal despedía hacia los lados corteza y ramas de un nuevo árbol, pero bastó que él silbara para que la máquina se detuviera. El operario se bajó y, tras quitarse el casco, se acercó a P. G. para estrecharle la mano. Sonreía. P. G. señaló con el dedo hacia el bosque y le dijo algo. El operario asintió con la cabeza y ambos caminaron en esa dirección.

Mientras los veía desaparecer en el bosque, Julia se puso a pensar en el comentario de P. G. sobre que su padre contaba los árboles de su finca y se encargaba personalmente de reparar ciertos desperfectos. Le llamaba la atención que, aun así, se hubiese desprendido del treinta por

ciento de su empresa y de sus bienes para dárselos a su primo Augustus. Habría que esperar el momento adecuado para preguntarlo. Quizá esa misma noche, cuando todos se reunieran a cenar.

Pero antes de eso tocaba conocer a Björn, el primo mayor de P. G.

No pudo evitar sonreír: la investigación estaba en marcha y pronto las piezas del rompecabezas empezarían a acomodarse en su sitio una tras otra.

12

El restaurante El Buen Plato, donde habían quedado con Björn, estaba en las afueras de Sundsvall. Era un local pequeño con manteles a cuadros y floreros con claveles de verdad.

P. G. los había dejado allí de camino a una reunión con el consorcio Stora Enso sobre las nuevas normas de la Unión Europea para la gestión de bosques antiguos. Julia tenía la intención de reunirse con los tres primos de P. G. por separado antes de hacerlo con todos juntos, más el propio P. G. y Monika a la hora de la cena. Eso le permitiría observar a cada uno de ellos en lo individual y notar luego cómo cambiaba su conducta estando frente al grupo.

Era temprano y el restaurante estaba vacío salvo por ellos dos. Una joven de mejillas sonrosadas les dio la bienvenida, puso una jarra de agua en la mesa y les entregó las cartas.

—Qué tremenda propiedad es *Mannheim*, ¿no es cierto? —comentó Sid.

—Sí que lo es.

—Pero, al mismo tiempo, me ha bastado una noche para empezar a sentir claustrofobia.

—Todo ese asunto de la herencia resulta de lo más raro —dijo Julia estirando la pierna—. Al parecer, todo el mundo se queja de esas cláusulas que los obligan a reunirse cada poco y, a la vez, se comportan como avispas que no pueden sino regresar al vaso de zumo...

—Buena imagen: debe de encantarles el azúcar —repuso él sonriendo.

—Y aun así se odian.

Un transporte de personas con discapacidad se detuvo al otro lado de la ventana y el conductor se bajó, abrió las puertas traseras y desplegó una rampa. Tras subir por ella y desaparecer durante unos instantes, reapareció empujando a un hombre en silla de ruedas.

La camarera les aguantó la puerta para que pudieran entrar cómodamente en el restaurante. Una vez allí, Björn Mott dirigió él mismo la silla (de color azul celeste, con reposabrazos de cuero falso y un reflector rojo en el respaldo) hacia la mesa donde estaban Julia y Sid.

El primo mayor de P. G. era una versión desaliñada y obesa de éste. Tenía una arruga de permanente descontento en la frente y llevaba tejanos holgados y camisa de felpa azul marino. Su estilo de conducción era impaciente y entrecortado.

Julia cogió su bastón y se levantó para evitar saludarlo con la mano.

—Hola, soy Julia Stark, y éste es Sidney, mi compañero —dijo señalando a Sid con la empuñadura del bastón.

—No sé por qué —soltó Björn—, pero me la imaginaba más vigorosa. En fin.

Volvió a hacer avanzar la silla y chocó con la mesa haciendo bailar la jarra de agua y salpicando el mantel.

—Gracias por venir con tan poco margen de tiempo —dijo Sid, y le estrechó la mano.

Björn esbozó una sonrisa forzada, apartó los reposabrazos, se acercó un poco más a la mesa y frenó las ruedas.

—P. G. me ha dicho que queríais hacerme algunas preguntas e invitarme a comer.

—Sí, nos gustaría sa… —empezó a decir Julia.

—Muy bien —la interrumpió él—, vosotros preguntáis y yo como y bebo.

Llamó a la camarera golpeando la mesa con los nudillos. La chica le dio la carta y luego se dispuso a servirle agua, pero él tapó el vaso con la mano.

—Tráigame una pinta de su cerveza más fuerte, dos chupitos de

Jägermeister y un vaso de fernet —dijo, y después se volvió hacia Julia con una sonrisa—. No escondo que me gusta impresionar, más o menos como a mi hermano, que suele recibir a las visitas importantes pretendiendo que lee a Shakespeare.

—¿Quiere algo de comer? —preguntó la camarera.

—Ah, sí… tráigame el salteado pyttipanna con cuatro huevos. Sin remolacha encurtida, ¿eh?

La chica asintió en silencio y después miró a Sid y a Julia.

—¿Qué tal el estofado de pescado? —preguntó Sid.

—Está muy rico. Lo servimos con tirabeques, alioli y pan de masa madre.

—Perfecto.

—Lo mismo para mí —indicó Julia sonriendo.

—¿Algo de beber?

—Sólo agua, gracias.

Björn los escudriñó con sus ojos brillantes y enrojecidos.

—Veo que sois de Estocolmo —dijo—. La gente como vosotros, cuando mira el bosque sólo ve una masa verde e indistinta, pero yo reconozco cada árbol, y no sólo eso, sino que puedo identificar qué maderas son de mejor calidad, etcétera, etcétera. En fin, imagino que eso os la sopla, ¿no?

—Tenemos entendido que restauras muebles antiguos —dijo Julia.

—No hace falta ser detective para averiguar eso —repuso Björn con una sonrisita burlona.

—No —reconoció ella sonriendo.

—Disculpa la pregunta, pero ¿cuántos años tienes?

—¿Qué importancia tiene eso?

—No eres fea, a pesar de esto de aquí —opinó él deslizando un dedo por su propia mejilla.

—¿Te has enterado del incendio de la destilería? —preguntó Julia ignorando el comentario—. Era tu almacén, ¿verdad?

—Sí, y es una putada —aseguró Björn; se apartó el pelo de la cara y lanzó un suspiro—. Tenía unos muebles rococó muy buenos allí dentro… piezas de un valor incalculable, de la época de Sylvester y

Leopold. El seguro no cubrirá ni una fracción de lo que valen…

—Me imagino que debes de ser un artesano de bastante nivel. Estoy pensando en esas taraceas tan elaboradas, etcétera. No todo el mundo puede reparar esa clase de cosas.

—Las taraceas no son lo más difícil —respondió Björn apretando los gruesos dedos contra la mesa—. Es peor tener que pasarse horas quitando las manchas negras de humedad que dejó un florero que algún imbécil colocaba sobre la mesa sin aislarlo correctamente. Para empezar, hay que quitar el acabado, aplicar ácido oxálico y después lijar y barnizar de nuevo el mueble.

La camarera volvió con las bebidas de Björn y él se apresuró a tomarse el fernet de un trago y a dejar el vaso en la bandeja antes de que ésta se fuera.

—El domingo celebrasteis una junta de accionistas —dijo Julia—. ¿Sucedió algo inusual, algo que te llamara la atención?

Björn se encogió de hombros.

—Esas reuniones son el equivalente a ver girar el tanque de una lavadora.

—Pero entiendo que las decisiones que se toman allí son vinculantes.

—Siempre es lo mismo, y se resume en una sola pregunta: ¿este año sí podremos deshacernos de *Mannheim* y de la empresa? Todos queremos vender, pero el cabrón altanero de Werther prefiere tener a la familia entera bajo su yugo. Eso sí: ni siquiera tiene los arrestos para vernos a la cara; cada año le envía un poder a su hermanito, que le sirve de criado y sólo sabe hacer lo que su hermano le dice.

Björn colocó los chupitos de manera que quedaran alineados con la cerveza.

—Werther no parece caerte especialmente bien —comentó Julia.

—No le cae bien a nadie…

—¿Por qué?

—Porque es un puto verraco y un mentiroso. El caso es que este año se suponía que vendría en persona, pero no fue así.

Vació uno de los chupitos.

—¿Y por qué iba a presentarse esta vez?

—Pregúntaselo a él.

La camarera apareció en aquel momento con la comida. E inmediatamente, después de dejarla en la mesa, les deseó buen provecho y se retiró.

—Entonces, ¿no pasó nada raro durante la junta? —insistió Julia mientras partía un trozo de pan—. ¿Todo transcurrió con normalidad?

—Todo fue como siempre —confirmó Björn. Se inclinó sobre el plato y se llenó la boca de pyttipanna.

—¿Y en la cena, más tarde?

—Lo mismo —respondió él mientras masticaba.

—Y después de la cena, ¿qué hiciste? —preguntó Sid.

Björn le lanzó una mirada equivalente a su pesado corpachón y dijo con sarcasmo:

—Estuve en la Habitación Roja llorando mi destino con mi amigo Johnny Walker.

—Y más o menos, ¿a qué hora llegaste a casa? —insistió Sid.

—Antes de que mi carruaje se convirtiera en calabaza —repuso dándoles unas palmaditas a los reposabrazos de su silla de ruedas.

—¿Y a qué hora te habías marchado de *Mannheim*? —preguntó Julia.

—Dímelo tú: la manecilla pequeña apuntaba al once y la grande al dos —respondió él con socarronería.

—¿Y viste a alguien cuando ibas de camino a casa?

Björn no pareció entender la pregunta, se limitó a negar con la cabeza y siguió comiendo. Tras vaciar el tercer chupito, dio cuenta de la cerveza y enseguida llamó a la camarera para que le sirviera otra.

—¿Te cruzaste con alguien mientras volvías a casa?

—¿De qué coño va todo esto?

Apartó el plato vacío y Sid aprovechó para sacar el móvil y enseñarle la foto del cadáver maniatado. Él soltó un suspiro, se inclinó hacia delante y miró la foto entornando los ojos.

—¿Soy yo? —preguntó.

—Mira bien —dijo Sid ampliando la imagen.

—Veo a un muerto, lo que no consigo entender es qué queréis que os diga.

—Si lo reconoces —respondió Julia.

—Tiene una jodida bolsa en la cabeza, ¿soy el único que lo ve?

—Entonces, ¿no sabes quién es?

—¿Acaso debería?

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Werther?

—¿Estás de coña? ¡No me digas que es Werther! A ver, déjame que lo mire de nuevo —pidió moviendo impacientemente los dedos.

Volvió a contemplar la foto y negó con la cabeza.

—¿Por qué Werther te cae tan mal? —volvió a preguntar Julia.

—A mí no me cae bien nadie.

—Pero yo te estoy preguntando por Werther.

—Werther es once años mayor que yo, pero menudo cabrón. Tenía que tenerle el ojo puesto todo el rato —dijo Björn señalándose un ojo —. Ya de pequeños nos dimos cuenta de que no le funcionaba bien la cabeza. Siempre quería jugar a peleas conmigo, mirar a escondidas a mi hermana… y humillar a André.

—¿De qué manera?

—Pregúntale a mi hermano por el *oink*, *oink* —dijo, y en vez de esperar a que la camarera, que acababa de acercarse, pusiera la cerveza en la mesa, la cogió él directamente de la bandeja.

—Pero ahora sois adultos y tenéis…

—Él sigue siendo tan sádico como cuando éramos pequeños —aseguró Björn—. De hecho, fue él quien me puso en esta silla hace cinco años. —Volvió a darle unas palmadas al reposabrazos de su silla de ruedas—. Me levantó con una procesadora por dar mi opinión sobre el futuro de *Mannheim*…

—¡¿Cómo?! —exclamó Sid.

—… no es que no aguante una broma —siguió Björn con una sonrisa forzada—, pero una procesadora es una máquina grande y peligrosa, joder.

—Sí, sí, claro.

—Joder, pensaba que me iba a serrar por la mitad.

—¿Y te dañaste las piernas o…? —preguntó Julia.

—La espalda —dijo él mientras se limpiaba la espuma de cerveza del

labio superior.

—Vale.

—Tengo que llevar una órtesis rígida: una especie de corsé como los que usaban las señoras hace un siglo. —Se abrió la camisa dejando a la vista el dispositivo de plástico duro que llevaba debajo—. Es jodidamente incómoda, pero dicen que te puedes quedar completamente paralítico si no te la pones.

—¿Y no lo denunciaste? —preguntó Sid.

—¿De qué habría servido? —repuso él, y se terminó la cerveza de un trago.

13

Sid y Julia salieron sin prisa del restaurante al aire templado de finales de verano, pero un autobús que abandonaba su parada levantó una nube de polvo al marcharse.

Julia miró a Sid de reojo y se preguntó qué le parecería lo de hacer de detective privado y cómo se sentiría tratando de nuevo con ella.

Después de comer, ambos habían ayudado a Björn a subirse de nuevo al transporte para personas con discapacidad y después habían echado a andar camino de la tienda de André, en el paseo de Esplanaden.

—La luz roja que viste anoche podría haber sido el reflector de la silla de ruedas —dijo Sid.

—¿La silla tenía reflectores?

—Uno rojo detrás y dos amarillos en cada rueda.

—Si sigues así, dentro de poco te harás merecedor del sueldo que te pago —dijo ella conteniendo una sonrisa.

—Qué ilusión —repuso él con un fingido gesto de triunfo.

Cruzaron despacio una plaza. El bastón de Julia hacía ruido al chocar con los adoquines. Una bandada de palomas alzó el vuelo.

—Björn estuvo fuera por la noche, pero no puede haber sido él quien cogió el teléfono —explicó Julia—: no cabe en el pasillo de servicio con la silla de ruedas. Supongo que, al construir la mansión, no consideraron que alguno de los criados podría estar discapacitado.

Recorrieron el paseo de Esplanaden por el camellón arbolado.

—Qué bonito es todo esto —dijo Sid.

—La Ciudad de Piedra —murmuró Julia al tiempo que se recolocaba

discretamente el incómodo tirante del sujetador.

Había leído que un incendio había destruido grandes zonas de Sundsvall en 1888 y que, pese a que aquélla era la edad de oro de la industria forestal, se decidió utilizar piedra para reconstruir la ciudad.

Miró a Sid con el rabillo del ojo y pensó en el momento en que le había retirado el velo de novia de la cara con manos temblorosas.

Sabía que, por aquel entonces, él realmente la amaba.

Lo oyó caminar a su lado y se puso a pensar en lo que ella le había hecho.

El divorcio había sido inevitable. No hubo discusiones ni dramas.

Empezó a costarle respirar, así que intentó apartar los recuerdos de su mente y decirse que, al fin y al cabo, en ese momento estaba a su lado.

Sidney le había asegurado que no le guardaba rencor. Cada año le mandaba flores y la llamaba por teléfono el día de su cumpleaños.

Hacía tiempo ya que ella no contestaba, ni lo dejaba subir a su casa porque sabía que siempre se volvería a marchar.

Pero ahora tenía un plan.

Recuperaría una parte de él: su faceta de agente de policía, y mantendría a raya sus esperanzas de recuperarlo. Porque el cofre donde Sid guardaba su amor se había cerrado para ella y no volvería a abrirse por mucho que lo deseara.

Cruzaron la calle por un paso de peatones y continuaron hasta un escaparate con un rótulo que ponía ANDRÉ MOTT, ANTIGÜEDADES. Justo delante había un Porsche Cayman con el apellido MOTT en la matrícula.

La espaciosa tienda estaba llena de vitrinas, escritorios, lámparas de pie, mesas de comedor de madera oscura, sillas, otomanas y bustos. Del techo colgaban arañas de cristal, y las paredes estaban repletas de apliques, espejos y cuadros de batallas con marcos dorados. El aire olía a cuero y madera vieja, a telas polvorientas, parafina y cera para muebles.

Al fondo del local se abrió una puerta y apareció un hombre que caminó sonriente hacia ellos por uno de los pasillos con el móvil pegado a la oreja.

No cabía duda de que era André: tenía los mismos ojos y el mismo hoyuelo en la barbilla que su hermano Björn, aunque su pelo era castaño y su nariz más prominente, además de que era más delgado y más bajo. También vestía mucho mejor que su hermano, aunque con un aire relajado e informal.

—Hay otro cliente interesado —dijo al teléfono—. Necesito que me traigas de nuevo el certificado… Sí, ya sé que lo trajiste la vez pasada, pero no lo encuentro. ¿Seguro que me lo dejaste? ¿No te lo habrás llevado en el…? Vale, vale, lo siento, pero…

Al parecer, el interlocutor colgó, porque André se volvió hacia ellos y se encogió de hombros.

—Hola —dijo Julia—. Me llamo Julia Stark y…

—Claro, claro, P. G. me ha llamado… —Miró a Julia con una sonrisa radiante que perdió algo de luz cuando se fijó en su cicatriz.

Ella se había apoyado en el bastón con las dos manos previendo lo que vino a continuación. Por suerte, Sid se dio cuenta y se apresuró a estrechar la mano tendida.

—Yo soy Sidney.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Julia—. Tengo un problemilla en las piernas.

—Acompañadme a la oficina.

Lo siguieron de vuelta a la trastienda. Detrás de un escritorio con un ordenador lleno de polvo y gruesos archivadores, había una ventana con españoleta y marco desconchado que daba a un patio interior embaldosado.

Julia fue directa a la librería, sacó el grueso volumen de las tragedias de Shakespeare, lo abrió y le dio a André el certificado que había perdido.

—Eso ha sido magia pura y dura —dijo él mientras hacía el gesto de abanicarse con el papel—. Increíble…

—Un truco para fiestas —respondió ella restándole importancia al asunto.

—Pero… ¿cómo demonios lo has hecho? Necesito saberlo.

—Tu hermano nos ha contado que simulas estar leyendo a

Shakespeare cuando vienen clientes importantes y he pensado que a lo mejor metiste el certificado en el libro sin darte cuenta.

—Pero igualmente… ha sido impresionante —insistió André.

Se sentaron en un bello conjunto de sofás de Carl Malmsten.

—¿Café? —preguntó André mirándola con coquetería.

—Dame un momento, pero sí —respondió Julia, y estiró las piernas con un suspiro.

—Acabáis de comer con mi hermano. Es un santo, ¿verdad? Sólo espero que no se haya emborrachado ni se haya puesto borde —declaró André en tono alegre.

—No, no, ha estado bastante cordial —le respondió Sid.

—Hace tiempo que no está muy fino, pero en el fondo no es un mal tío. Y como artesano tiene un talento descomunal.

—El negocio es compartido, ¿verdad?

—Más o menos. Digamos que él trabaja y yo cobro —contestó André con una sonrisa.

—¿Y os va bien?

—No nos estamos haciendo ricos, pero hemos encontrado nuestro nicho, y eso ya vale mucho.

—Estoy de acuerdo —dijo Julia.

—Tenemos que hacerte algunas preguntas —soltó Sid.

—P. G. me ha contado que estáis investigando la foto de un cadáver…

Sid le mostró la fotografía en la pantalla del móvil y André la miró, pero apartó la cara al instante, como si se hubiese electrocutado.

—Joder, qué desagradable —dijo con una amplia sonrisa.

—¿Sabrías decir quién es? —le preguntó Julia.

—No, pero pensáis que es Werther, ¿verdad?

—Sí.

—Y está en la destilería… que acaba de quemarse.

—Pareces muy seguro de que ése es el lugar que aparece retratado —dijo Sid.

—Estoy especulando —contestó él.

—Tu hermano ha dicho que Werther pensaba asistir en persona a la

junta de accionistas del domingo —continuó Sid.

Por primera vez en toda la conversación, André dejó de sonreír. De pronto, parecía de lo más sorprendido.

—¿Werther? ¿De dónde has sacado eso?

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Werther? —intervino Julia.

—Uf, pues debió de ser en el cumpleaños de Siri... en septiembre del año pasado. Ya es tradición que Werther se presente con un ramo descomunal y...

—¿Fuiste tú quien lo mato? —lo interrumpió Julia.

—¿Estás de broma? —repuso André con una sonrisa tensa.

El corazón de Julia comenzó a latir tan fuerte que el pulso le retumbaba en la cabeza. Se inclinó hacia delante y se quedó mirando a André con dureza.

—Yo creo que tú...

—Julia... —dijo Sid para tranquilizarla.

—Yo no he matado a nadie —respondió André.

—Vale, vale. Sólo era una pregunta —dijo ella, y notó que su pulso se estabilizaba.

—Qué poca delicadeza, joder.

—Lo siento —se disculpó ella.

—Te lo paso esta vez porque has encontrado el certificado —respondió él afable.

—¿Qué hiciste el domingo después de la junta? —preguntó Sid.

André puso morritos.

—Cenamos juntos. Todos menos Werther, claro...

—¿Y sucedió algo fuera de lo normal?

—Fue todo como siempre.

—¿Eso qué significa? —intervino Julia.

—Pues que todos comimos y bebimos como si nos esperara la silla eléctrica.

—¿Y después de la cena?

—Fuimos a la Habitación Roja y Björn se dedicó a beberse una botella entera de whisky mientras mi hermana y yo nos tomábamos una grappa.

—¿Y qué me dices de P. G. y Monika?

—La historia de siempre… ella intentó que él no se pasara bebiendo y montara un numerito.

—¿Cuánto rato te quedaste?

—Siri ya se había peleado con Monika durante el día y no estaba muy de humor. No lo sé con exactitud, aunque seguramente me quedé una hora más o menos y después pedí un taxi para irme a casa de mi novia, Frida.

—¿Y a qué hora llegaste allí?

—Alrededor de las doce menos veinte. Lo sé porque comimos un sándwich y luego escuchamos el noticiario de media noche en la radio.

—¿Recuerdas alguna noticia?

—¡Pues claro que no! —respondió él sin dejar de sonreír.

—¿Y qué hicisteis después?

—Me quedé a dormir en su casa y al día siguiente vine a trabajar, como siempre.

—¿Podrías pasarme el contacto de Frida? —pidió Julia.

—Claro —dijo André sacando el móvil.

Ella observó sus ojos enrojecidos, la pequeña cicatriz en su barbilla, sus uñas bien cuidadas mientras él buscaba en su agenda de contactos.

—Björn nos ha contado que tú y él lleváis mucho tiempo queriendo vender *Mannheim* y también la empresa —dijo despacio.

—La situación está bloqueada. Entiendo a P. G. y a Monika: al fin y al cabo, ellos viven en la mansión. Y P. G. sigue ocupándose del negocio forestal, que genera beneficios, aunque los márgenes se hayan reducido mucho.

—Y a Werther, ¿lo entiendes? —preguntó ella.

—A Werther siempre lo incomodó el orden de succe… joder, ya no sé ni hablar… —Sonrió—. Siempre lo incomodó el orden de sucesión… así que se marchó.

—¿A pesar de que le favorecía?

—Sí, pero el precio era su libertad. Él no había elegido ser el primogénito, y Linnea, su madre, no hizo sino alimentar esa rebeldía. Ella misma no estaba de acuerdo con el papel de las mujeres en la

tradición familiar.

—¿Y qué papel era ése?

—Tener hijos y punto —repuso André sin dejar de sonreír—. *Mannheim* ha sido una cárcel para mucha gente.

—¿Lo ha sido para ti, Björn y Siri?

—Nosotros estamos un poco al margen, pero sí, desde luego… *Mannheim* está vinculada a cosas tristes —respondió.

—¿Para los tres?

—Me atrevería a decir que sí —contestó él.

—Björn odia a Werther —dijo Julia.

—¿Os ha contado lo de la procesadora?

—Sí… pero yo creo que ese odio es anterior a ese incidente —respondió ella.

—Vaya que sí.

—¿Y tú también odias a Werther?

—No tanto como para asesinarlo, si es lo que os estáis preguntando.

—Háblanos del *oink, oink*—pidió Julia.

—Vaya —dijo André sonriendo, y se pasó una mano por el pelo ondulado—. Veo que mi hermano Björn ha bebido hoy tanto como acostumbra. En fin. Digamos que hoy en día a Werther le habrían diagnosticado un montón de cosas y habría acabado en un centro de acogida para menores, o como se llame… Pero en aquella época, a los padres les daba igual lo que hacían los críos… te dejaban a solas con los que eran mayores incluso cuando estaban un poco majaras y podían resultar peligrosos.

—¿Qué fue lo que pasó?

—No es nada del otro mundo —dijo sonriendo—. Sólo que yo era pequeño y era fácil meterse conmigo.

—¿Y qué te hizo?

—Bueno, pues le gustaba humillarme… —repuso André sin dejar de sonreír.

—¿Por qué sonríes todo el rato? —le preguntó Julia.

—No lo sé. La verdad, no es como para sonreír —respondió él, y al instante siguiente sus ojos se empañaron.

—¿Qué pasó? —preguntó ella.

—Cuando yo tenía cuatro años, Werther tenía dieciséis.

—Es una diferencia de edad bastante considerable.

—Sí —susurró él.

De pronto, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas y a caer en la mesa. Sid se quedó de piedra.

—Has dicho que él te humillaba —le recordó Julia a André.

—Ya no tiene importancia, pero aun así me duele pensar en ello —explicó André, y se secó las lágrimas de las mejillas—. Werther tenía una caña de pescar y me ataba el hilo alrededor del pene y me iba paseando de un lado a otro. Le parecía divertidísimo obligarme a gruñir como un cerdito y a hacer cosas humillantes.

—¿Como qué? —preguntó Julia.

—No tienes por qué explicarlo —intervino Sid.

—Lo siento —murmuró André, y se levantó de la mesa tapándose la boca con la mano.

14

Salieron de la tienda haciendo tintinear los cascabeles de la puerta. Luego, se echaron a andar por el paseo de Esplanaden bajo un sol radiante.

—«Aquel que superó todos los peligros…» —citó Sid— «… el que cruzó todas las puertas y…»

—¿Eres deliberadamente destructivo o cuál es tu puto problema? —lo interrumpió Julia.

Sid se detuvo en seco y se la quedó mirando atónito.

—¿Qué he hecho? —preguntó él.

—Vete a casa si no te ves capaz de hacer el trabajo.

—Veo que estás enfadada, pero no entiendo…

—Estoy enfadada porque los hombres siempre os defendéis entre vosotros, como si vuestra dignidad valiera más que la de las mujeres…

—Tienes razón.

—Si se trata de una mujer, su cuerpo es un jodido asunto de interés público, pero al hombre hay que protegerlo a cualquier precio.

—Perdón por…

—Has interrumpido mi interrogatorio y has dejado que el tipo se marchara antes de que yo hubiera terminado.

—Ha sido un error, Julia. Lo lamento, ha sido sin querer —se disculpó él—. Pero tú también has cometido un error al acusar a André, sin duda precipitadamente, de haber cometido el asesinato.

—Lo sé —murmuró ella, y se echó a andar.

Seguía enfadada mientras le decía a Sid que pensaba hablar con la

novia de André, pero igualmente marcó el número que él le había facilitado.

Los tonos se sucedieron. Se los imaginó sonando en una habitación vacía de un piso vacío. Había algo en la forma en que André había hablado de su novia que le hacía pensar que la tal Frida ni siquiera existía.

—¿Hola? —respondió finalmente una voz afónica.

—¿Eres Frida?

—¿Quién es?

—Soy la detective Julia Stark y estoy llevando a cabo una investigación a petición de Per Günter Mott, primo segundo de André Mott...

—¿De qué se trata?

—Me gustaría hablar contigo cuanto antes.

—Estoy saliendo ahora mismo.

—No tardaremos más de cinco minutos. Estamos delante de la tienda de André. ¿Estás en casa?

—Cruzad la plaza en dirección al lago. Es la calle Rådhusgatan 17, primera planta.

Era una de las casas bonitas que hay en la parte baja del centro, una vieja casa de piedra con marcos de ventana ornamentados y tejado de cobre.

Sid tiró del pesado portón y él y Julia entraron en el fresco portal y subieron por una escalera de mármol.

La puerta se abrió en el mismo instante en que llamaban al timbre. Frida era una mujer alta de unos treinta años con ojos rasgados y pómulos altos. Llevaba una cazadora de cuero negra y corta con flecos, vaqueros ceñidos y botas de *cowboy*.

—¿Quién me has dicho que erais? —dijo vigilante.

Julia sacó su licencia del bolso y se la enseñó.

—Somos detectives privados. P. G. Mott nos contrató para investigar ciertas cuestiones relacionadas con la última junta de accionistas.

—¿Y yo qué tengo que ver?

Julia dio un paso al frente para obligarla a dejarlos pasar y lo

consiguió. Los dejó pasar a regañadientes al recibidor.

—¿Viste a André este domingo? —le soltó Julia sin más.

—Sí, vino a las dos y media.

—¿Del mediodía?

—Sí —repuso ella sonriente.

—¿Cuánto rato se quedó?

—No lo sé. Tomamos café. Quizá una hora o un poco más.

—¿Y qué hiciste tú por la tarde?

—¿El domingo? Estuve en el Royal.

—¿Qué es eso?

—Sólo es un sitio. Bailo allí.

—¿A qué hora llegaste a casa?

Frida se lo pensó un momento mientras se mordía el labio de manera inconsciente. Seguro que hacía ese gesto desde niña.

—Recuerdo haber terminado antes de lo habitual: no había demasiados clientes.

—¿Y a qué hora llegaste a casa?

—Sobre las once. ¿De qué va todo esto?

—Eres la novia de André Mott, ¿no es cierto? —preguntó Sid.

—¿Él lo ha dicho?

—Sí.

Frida suspiró.

—Vale.

—Entonces, ¿qué relación tenéis?

—Somos amigos.

—¿Nunca habéis sido otra cosa?

—Parece como si nuestra relación fuese muy importante para vosotros.

—Puede que lo sea.

—Salimos de fiesta, vemos pelis, cenamos juntos, hablamos —les contó Frida—. A veces me mete dinero en el bolsillo de la chaqueta cuando sabe que voy un poco justa. No sé, digamos que es un amigo tremendamente bueno...

—Vale —dijo Sid asintiendo con la cabeza.

—André dice que el domingo durmió contigo —intervino Julia—. ¿Es verdad?

Frida le sostuvo la mirada.

—Sí.

—¿Qué hicisteis cuando llegó?

—Yo estaba durmiendo y él llamó al timbre y me despertó, pero lo dejé entrar —repuso ella, y ahogó un bostezo.

—¿Comisteis un sándwich juntos, escuchasteis las noticias? —preguntó Sid.

—¿Lo ha dicho él?

—Te preguntamos a ti —dijo Sid.

—La verdad es que no lo recuerdo —respondió ella con semblante inexpresivo.

—¿Llegó a medianoche? —preguntó Julia mirándola a los ojos.

—Sí.

—¿No a la una?

Frida se encogió de hombros.

—¿A las dos?

—Por Dios, yo estaba durmiendo —repuso soltando un bufido.

—Entonces, ¿no sabes qué hora era?

—Lo siento, pero de verdad que tengo que irme —dijo Frida, y sacó las llaves de su bolso.

Julia se reclinó en el asiento trasero mientras el taxi los llevaba hasta *Mannheim*. Cerró los ojos y pensó que André sólo tenía tres años cuando murió Linnea, la madre de P. G. y Werther. Era imposible que tuviera recuerdos propios de que a la mujer le costara adaptarse a las tradiciones de la familia Mott.

Sid estaba hablando con el taxista, tratando de iniciar una conversación sobre la familia Mott a base de comentar la importancia de los patrones de los bosques para Sundsvall, pero sólo obtuvo una amarga respuesta sobre la crisis laboral que culminó con el tiroteo de Ådalen.

Después, conductor y pasajeros permanecieron un rato en silencio mientras los troncos rectos de los pinos titilaban a su paso a ambos lados del coche con una monotonía hipnótica.

Tras recorrer veintidós kilómetros, cruzaron por la gran verja de hierro de *Mannheim* y el paisaje se abrió como si hubiesen llegado al final de un túnel ferroviario.

Vieron prados bañados por el sol, las centelleantes aguas del lago Kvarnsjön y, finalmente, la amplia alameda que conducía a la mansión.

—Anoche hubo un incendio aquí —comentó Sid cuando pasaron junto a los restos carbonizados de la destilería.

—Tarde o temprano, todos los imperios acaban decayendo y terminan por sucumbir —dijo el taxista—. Y los primeros síntomas son gente como Calígula, Cleopatra o...

Se quedó callado para pulsar algo en la pantalla del coche mientras seguían rodando por la alameda recta hasta la finca. Los rayos de sol por encima de las copas de los árboles iluminaban todas las ventanas, que parecían ópalos.

Dieron la vuelta a la rotonda y se detuvieron delante de la escalinata. Mientras Sid le pagaba al taxista y le pedía el recibo, Julia se quitó el cinturón de seguridad, cogió el bastón y se bajó del coche.

Aún olía a humo, y en la distancia se oía el zumbido de una motosierra.

Siri los había citado una hora antes de la cena obligatoria. Sid cerró la puerta del coche y tomó a Julia del brazo mientras subían la escalinata.

Le sostuvo la puerta y la dejó pasar al enorme recibidor donde una mesa sostenía un gran ramo de rosas blancas que se reflejaba en un espejo. La leña de abedul que ardía en la chimenea arrojaban su cálido resplandor sobre toda la estancia.

Avanzaron como guiados por las notas de un piano cuyo sonido amortiguado atravesaba las paredes. Por fin, llegaron al gran salón donde una mujer tocaba la tercera sonata para piano de Brahms en un piano de cola negro. Sobre la tapa cerrada vieron un viejo anillo de platino con un gran diamante.

Sin duda se trataba de Siri. Era delgada y rubia. Llevaba un fino vestido de tirantes color beige y el pelo le caía sobre los hombros desnudos. Los músculos de sus brazos se tensaban cuando desplazaba las manos por las teclas.

Julia siguió avanzando sobre la alfombra para poder verle la cara.

Tenía una belleza antigua y romántica que las ligeras arrugas en la frente y la comisura de sus ojos no hacían sino profundizar.

Julia volvió a pensar en lo extraño que resultaba que Sylvester Mott, el padre de P. G., le cediera al padre de Siri el treinta por ciento de *Mannheim*.

Debido a eso, Siri poseía el diez por ciento de la propiedad y podía estar allí sentada, tocando el piano con semejante seguridad en sí misma.

Las notas graves hicieron vibrar el anillo sobre la tapa.

Cuando la sonata terminó, Siri se levantó y se volvió sonriente hacia Julia y Sid, que aplaudían. Al notar la cicatriz en la cara de Julia, su boca se tensó un instante, pero consiguió volver a sonreír.

—Ahora es cuando hago ver que no os he oído llegar —bromeó agachando mínimamente la cabeza.

Sus grandes ojos brillaban bajo el sol que se filtraba por las ventanas. Tenía las mejillas sonrosadas y unos labios inesperadamente llenos y sensuales.

—Ha sido fantástico —dijo Sid sonriendo también.

—Cuando era más joven sabía tocar de verdad —aseguró ella—. A lo mejor podría haber llegado a ser realmente buena, pero era demasiado perezosa... o me faltaba autoestima... Disculpad, no sé por qué os cuento esto.

—Yo soy Julia Stark y éste es Sidney Mendelson... trabajamos juntos —dijo Julia, y se sentó en una butaca.

—Encantada —saludó Siri.

Cogió el anillo de la tapa del piano y se lo puso en el anular de la mano derecha.

—Qué anillo tan bonito —dijo Julia.

—Gracias... era de mi madre —respondió Siri.

Sidney le tendió la mano, la alejó disimuladamente de Julia y la invitó a sentarse en otra butaca.

—Vamos un poco tarde y no hemos tenido tiempo de cambiarnos para la cena, así que me gustaría hablar contigo ahora mismo —soltó Julia—. El domingo participaste en la junta de accionistas, ¿verdad?

—Sí —respondió Siri, y se pasó las manos por el pelo con gesto nervioso.

La piel de su escote dejaba traslucir los finos huesos de su pecho.

—¿Ocurrió algo inusual?

—No, lo de siempre: pasaron lista a los accionistas y, enseguida, P. G. presentó un informe anual. Se habló de dividendos, de impuestos y bla-bla-bla. —Por algún motivo, se había sonrojado—. Luego hubo que aprobar los presupuestos y, como siempre, André sugirió que nos deshiciéramos de algunos activos. Se dice así, ¿no es cierto? El caso es que, de nuevo como siempre, P. G. se negó en su nombre y en el de Werther, aunque éste no le había enviado un poder como acostumbra. A mí nadie me hizo caso, Monika apretó el culo, Björn hizo ver que dormía y la junta se dio por terminada —concluyó golpeando el reposabrazos con los nudillos como imitando el martillo con que se habría cerrado una junta parecida hace décadas.

—¿Qué quieres decir con lo de que «nadie te hizo caso»?

—En fin. Es lo habitual. Esta vez propuse convertir *Mannheim* en un centro de convenciones. Ni siquiera planteaba que fuera pronto, sólo quería que la junta considerara al menos el proyecto.

—¿Y qué dijeron al respecto? —preguntó Julia.

—Ya sabes: a estas alturas los Mott ya no somos ni mucho menos «nuevos ricos», así que mi propuesta les pareció una vulgaridad. Somos como vampiros que intentaran mostrarse alérgicos a la sangre.

—¿Nadie apoyó tu propuesta?

—Me dieron las gracias y pasamos a lo siguiente. Es cierto que no hice una presentación en toda regla y me lié un poco al hablar. Al menos soy espontánea y sincera.

—Con nosotros puedes ser todo lo sincera que quieras —dijo Julia.

—Vale, bien —repuso Julia volviendo a ruborizarse.

—¿Qué tal fue la cena?

—P. G. bebió de más... Björn bebió de más. Y no estoy moralizando: es lo que hay —repuso Siri—. Monika jugó a hacer de anfitriona cortés con todos menos conmigo. Parecía mosqueada. Yo estuve callada la mayor parte del tiempo, o mirando el móvil. Después, me tomé una grappa con André en la Habitación Roja y me fui a casa tan pronto como pude.

—¿A qué hora?

—Poco después de las diez, me parece.

—¿Sola? —preguntó Julia.

—Como siempre.

—¿A pie?

—Sí.

—Y Björn, ¿cómo lo hace para volver?

—Cuando no va demasiado borracho puede llegar a casa por su cuenta; si no, lo acompañamos André o yo, o incluso P. G.

Sid se levantó y sacó el móvil.

—Nos gustaría enseñarte una fotografía que...

—Ya me lo han comentado.

—... es bastante desagradable —concluyó Sid.

Siri cogió el móvil y observó la foto frunciendo el ceño. Sus pupilas se dilataron. Amplió la imagen con dos dedos y de pronto puso cara de espanto.

—Es Werther —susurró.

—¿El de la foto?

Le temblaban los labios cuando repitió:

—Es Werther.

—¿Estás segura?

—La cicatriz en la barriga... es de un accidente en el bosque. Es él, sin duda.

Julia volvió a mirar la foto, la camisa subida y la barriga prominente con un reguero de vello que bajaba desde el ombligo y se perdía por debajo de los pantalones.

No tenía buena resolución, así que había pensado todo el tiempo que

se trataba de un pliegue cualquiera, incluso de una sombra, pero por fin notó que, en realidad, era una cicatriz.

Siri se secó las lágrimas con el reverso de la mano. Sid fue a buscar una servilleta y se la tendió. Ella le dio las gracias en silencio y su rostro volvió a descomponerse.

—Werther… no lo entiendo… ¿quién querría hacerle daño? —preguntó tratando de recuperar la compostura.

—Alguien —repuso Julia—. Por lo que parece.

15

Tras subir la ancha escalera, Julia y Sid se encaminaron hacia sus habitaciones.

Siri, que estaba muy afectada, se había echado a llorar de nuevo y Sid había intentado consolarla. Se había levantado de la butaca y la había rodeado con los brazos. Formaban una bonita pareja. Ella había apoyado la cara en el pecho de él hasta tranquilizarse.

Julia había esperado un momento y después le había dicho que dejaran a Siri tranquila y mejor fueran cambiarse de cara a la cena.

Ahora caminaban por el pasillo. Los apliques iluminaban una parte de la pared y dejaban otra parte en la sombra.

—Ni Björn, ni Siri ni André tienen coartada para la fotografía —dijo Julia—, y a P. G. lo vieron volver a pie de la destilería alrededor de las doce...

Detrás de las pantallas de cristal opalino podían distinguirse algunas moscas muertas.

—Pero Björn podría alegar que habría sido físicamente incapaz de coger el móvil y después devolverlo —repuso Sid.

—Cierto —aceptó Julia—. En cuanto a Monika y Amelie —continuó —, confirman mutuamente sus coartadas. Estaban limpiando las manchas de vino. Creo que deberíamos empezar centrándonos en Siri, André y P. G., aunque tengo la sensación de que esto sólo es el comienzo.

—Pareces triste —dijo Sid cambiando de tema.

—He tenido un día bastante malo —repuso ella llevándose una mano

al pecho.

Se detuvo a cinco metros de su puerta y, cuando sus miradas se encontraron, ella intentó reprimir su habitual desesperación.

—Julia, estoy aquí —dijo él en voz baja mientras le acariciaba delicadamente la mejilla.

Al sentir el cálido contacto, Julia cogió una bocanada de aire, cerró los ojos y se entregó a la electricidad que pulsaba en su interior, a las intensas corrientes donde su ser se liberaba por completo.

Había aprendido a vivir sola: ya no dependía de él. Había construido una nueva vida.

La cosa era que la agencia de detectives funcionaba tan bien que necesitaba un socio, y había pensado precisamente en Sid. Ése era su plan, y era perfectamente realista. Puede que él no lo supiera aún, pero serían compañeros y compartirían las jornadas de trabajo.

Por desgracia, el plan había hecho renacer en ella la esperanza de que algún día recuperaría el amor de Sid. Sabía que era imposible, y también que pensar en ello sólo le provocaría dolor, pero fantaseaba con volver a estar desnuda ante él, echada en la cama en la penumbra de una habitación, y lo imaginaba observándola a la luz de una vela, y luego besando cada centímetro de su cuerpo herido.

Y cuando hubiesen terminado de hacer el amor, se pondrían de pie, todavía desnudos, y él daría siete vueltas a su alrededor, envolviéndola de nuevo en su amor, y cuando ella hubiese roto una copa de un pisotón con su pie descalzo, quedaría perdonada al fin.

Sid apartó la mano y ella miró al suelo sin dejar de aferrarse al mango del bastón de titanio.

—La cena es dentro de media hora —dijo, y continuó hasta su puerta sin volverse para mirarlo.

Ya a salvo en su habitación, sacó el vestido de cóctel de gasa púrpura y sopesó la posibilidad de ponerse alguna joya, pero decidió no hacerlo.

Entró en el baño, se sentó en el inodoro e hizo pis mientras ojeaba rápidamente sus redes sociales y repartía algunos corazoncitos aquí y

allá.

Cogió un trozo de papel, se limpió, tiró de la cadena y se lavó las manos. Luego se dio una ducha y, bajo el chorro de agua, se pasó la maquinilla por las piernas y las axilas y soltó un suspiro al sentir la quemazón inicial del desodorante.

Quitó el vaho del espejo con una mano y se inclinó hacia delante para verse mejor. Buscaba arrugas, pero no encontró ninguna nueva. Se puso maquillaje procurando disimular la cicatriz y, finalmente, saludó a su madre.

—Me he permitido tener esperanzas otra vez —confesó—. Pero no pasa nada: puedo deshacerme de ellas cuando quiera.

Mientras se vestía, se concentró en el eco de todas las conversaciones que habían mantenido en los últimos días.

Cuando P. G. había llegado a su despacho con la americana arrugada tras varias horas en coche sólo para averiguar una cosa: si era o no un asesino.

La amargura de Björn, tullido y alcohólico.

La sonrisa titubeante de André.

El nerviosismo de Siri y su sensibilidad.

La lengua mordaz de Monika y la inteligencia que revelaban sus ojos. Era obvio que su posición en la familia estaba cuestionada y que ella luchaba para conservar su dignidad a base de sarcasmo y autoironía, a pesar del precio que pagaba por ello.

Cinco personas distintas a las que en un momento vería juntas e interactuando.

Se puso unas gotas de Chanel N.º 19 en el cuello y las muñecas, cogió el bastón, salió al pasillo y se acercó a la puerta de Sidney, pero justo cuando iba a llamar oyó su voz al otro lado. Estaba hablando por teléfono y sonaba contento, casi entusiasmado. Reía. Se retiró en silencio para esperarlo delante de su propia habitación.

16

Les llegaba un murmullo desde el salón mientras bajaban las escaleras. Sidney estaba guapísimo con su traje de color negro, camisa gris sin corbata y los zapatos que ella le había regalado para la boda.

—Estás espléndida —le susurró él, y le apretó fugazmente la mano.

A Julia se le hizo un nudo en el estómago con sólo pensar que Sid se veía con otras y que quizá en poco tiempo formaría una familia.

Le pasó por la cabeza la idea de que ella, por el contrario, seguiría la misma senda que los Mott: sin hijos, encerrada, rota.

Divisaron a Monika entre las dos hojas de una puerta entreabierta. Llevaba un vestido de seda azul marino.

Al verlos, sonrió. Luego alzó la cara hacia Sid esperando a que él le diera dos besos. Elogió cortésmente el vestido de Julia y los guió por el salón de vuelta a la antigua sala de caballeros.

Ahí estaba todos, cumpliendo su obligación.

Siri miraba fijamente la ventana desde una butaca. Era obvio que estaba esforzándose por no llorar. P. G. se había acercado a la chimenea con un vaso de agua en la mano. Llevaba un pañuelo rojo alrededor del cuello y se había repeinado el pelo cano hacia atrás.

Julia buscó a André con la mirada y vio que se había acercado a Björn para empujar su silla de ruedas y alejarlo de la barra.

—¿Champán? —propuso Monika.

—Nos malcriáis —respondió Sid.

Amelie, que estaba detrás de la barra, les sirvió el champán en copas cupé. Monika cogió una y se la tendió a Julia.

—Blanc de blancs Pol Roger, frío y seco como mi madre.

—Gracias —dijo Julia sonriendo.

Al coger la copa, los dedos fríos de Monika rozaron su mano sin querer y una especie de espasmo la hizo derramar un poco de champán. Se puso al lado de Sid, trémula, y se apoyó en el bastón.

Los sonidos llegaban a sus oídos como si estuviera debajo del agua.

No entendía lo qué Sid y Monika estaban hablando, sólo podía mirar fijamente las gotas que iban formándose en el pie de la copa y luego se precipitaban al suelo.

Sintió una arcada y tragó saliva. Notó el sudor en la frente y se obligó a no dejarse caer de rodillas ni ponerse a vomitar.

Por suerte, momentos después esas sensaciones remitieron y pudo volver a pasear la mirada por la sala y hasta dar un sorbito al champán.

Monika, que no se había dado cuenta de nada, dijo en susurros:

—Ahora ya conocéis a la rama más distinguida de la familia.

—Vaya broma bestia esa de que Björn «ya lleva cinco años sin sostenerse en pie» —señaló Sid frunciendo el ceño.

—A lo mejor tendría que haber dicho que deberían retirarle el carnet de conducir —dijo Monika sonriendo impasible.

Hizo tintinear su copa para captar la atención de todos los presentes y se desplazó hasta el centro de la sala.

—Ya habéis conocido a Julia y Sid. Serán nuestros invitados mientras tratan de esclarecer las circunstancias en torno a la desagradable foto que ha aparecido en el teléfono de P. G. ¡Salud y bienvenidos a bordo!

La única que no brindó fue Siri. De hecho, ni siquiera reaccionó: siguió mirando al vacío por la ventana.

—¡Sid Vicious! —gritó Björn desde el otro lado de la sala, y saludó a Sid levantando la copa.

—*Mazel tov* —respondió él.

Amelie se adelantó y abrió las puertas que daban al comedor. Luego, Monika fue señalando el sitio que había elegido para cada uno en la mesa.

—Ya toca cebar a las ocas otra vez. Vayamos abriendo el pico —soltó André.

Se volvió para buscar a Siri y, al ver que seguía sentada junto a la ventana, fue a por ella y la llevó hasta la mesa sonriendo.

—¿Cómo estás, hermana? —le preguntó Björn con una ternura inesperada en la voz.

—Es un alma sensible —respondió Monika, y desplegó la servilleta con una sacudida.

—Para —susurró Siri.

Julia volvió a hacer tintinear la copa con el cuchillo del entrante y se aclaró la garganta.

—Sid y yo estamos muy agradecidos por vuestra generosidad. En nuestro oficio, no es habitual que nos sintamos bienvenidos —dijo, y esperó a que terminaran las risitas de cortesía—. Pero por muy agradable que nos resulte conoceros un poco, estamos aquí para descubrir la verdad.

—Suerte —murmuró Björn.

—No quiero fastidiaros la cena —continuó Julia—, pero me parece inapropiado esperar a que termine la cena para informaros de que Siri ha identificado al hombre de la fotografía.

Se hizo un silencio absoluto y Siri enrojeció de pies a cabeza. Las lágrimas afloraron en sus ojos y comenzaron a caer sobre el plato.

—Por el amor de Dios, Siri —exclamó Monika impaciente—. Dinos ya quién es.

—¿Siri? —dijo P. G.

—Es Werther —respondió ella con la barbilla temblando.

Björn volcó su copa de champán y maldijo en voz alta.

Cada detalle en el salón se iluminó como cuando la luz alumbra las gotas de rocío.

Julia cogió aire. Fue como si cruzara lentamente el pasillo de un avión y observara los rostros de los pasajeros entre mascarillas de oxígeno colgando de sus tubitos transparentes.

P. G. le pareció genuinamente asustado, al borde de la náusea.

—¿Mi hermano? ¿Estás segura? —dijo afónico.

Al principio, Monika no parecía nada convencida de que se tratara de Werther. Más bien daba la impresión de que le molestaba el

protagonismo de Siri, pero un momento después se la vio sinceramente preocupada.

A André ya le había pasado por la cabeza que podía ser él. Tan sólo entrecerró los ojos y confirmó, una vez más, lo inteligente que era.

Amelie, que estaba de pie en el estrecho pasillo de servicio, se puso pálida y apretó las mandíbulas.

Durante aquellos segundos de quietud, Julia intentó registrar la reacción de cada uno de los presentes, pero Björn maldijo en voz alta por segunda vez antes de que le diera tiempo de terminar.

—Maldita sea —soltó bufando, y comenzó a secarse los pantalones con la servilleta de tela.

Julia sentía el cuerpo pesado y adolorido. A Monika le temblaban las manos cuando cogió su vaso de agua.

—Habría preferido que no tuviera que venir la policía —dijo P. G., y cerró los ojos.

—Policía bueno, policía muerto —murmuró Björn.

P. G. se levantó con movimientos lentos y se quedó junto a la ventana mirando el bosque.

—Obviamente, cada uno de vosotros es libre de contactar o no con la policía —explicó Sid—. Pero no estáis obligados porque, en Suecia, la obligación de denuncia sólo rige cuando se trata de un delito en curso.

—¿Y qué se entiende por un delito en curso? —preguntó André sonriendo.

—No está del todo claro —respondió Sid.

—Por nuestra parte, no tengáis duda de que mantendremos el secreto profesional —prometió Julia—. Y como aún no se ha hallado ningún cadáver, la identificación de Werther no pasa de ser una especulación.

—¿Creéis que el culpable es alguien de la sala? —preguntó André.

—¿Lo creéis vosotros? —preguntó Julia.

17

Después de servir, Amelie se retiró del salón sin decir nada. Estaba tan angustiada que caminaba medio encorvada, como si tuviese una chepa.

—P. G., ven a sentarte —invitó Monika.

—¿Ya me toca confesar? —dijo él al regresar a su sitio. Intentaba sonreír, pero tenía cara de aflicción y cansancio.

En cada plato había una minihamburguesa de pescado y tres patatas fritas perfectamente doradas sobre una espiral de salsa.

—Lenguado empanado al limón, rúcula y col lombarda en juliana, salsa de eneldo con chalotas picadas, alcaparras y pepinillos en vinagre —enumeró Monika con una sonrisa displicente—. El dinero destinado a estas cenas es básicamente una asignación... no nos queda más remedio que consumirlo por vía oral.

—Obviamente, las grandes sumas están invertidas en la empresa y las propiedades —dijo P. G.

Todos los comensales comenzaron a comer en silencio. Amelie volvió con una botella de champán y rellenó las copas antes de volver a desaparecer. Luego, cuando terminaron el entrante y tras retirar platos y cubiertos, les llevó dos botellas de Château Plince de Pomerol. No obstante, cuando llegó el turno de servirle a P. G., éste tapó su copa con la mano y pidió limonada.

—Tengo una pregunta —dijo Julia—. P. G., tú has comentado que tu padre, Sylvester, se desvivía por *Mannheim* más que ninguna otra persona.

—Sí —repuso él asintiendo con la cabeza y mirándola con sus ojos

incoloros.

—Tu padre estaba pendiente de cada detalle, desde los herrajes de latón de las puertas de los sótanos hasta prácticamente cada uno de los árboles del bosque, y aun así…

—Así es como lo recordamos.

—Aun así, cedió… o perdió, según cómo se mire, un treinta por ciento de las propiedades que había heredado —continuó Julia.

—Todo siguió estando en manos de la familia, pero sí —respondió P. G.

—¿Y cómo fue aquello?

—Creo que simplemente necesitaba capital para invertir en la empresa.

—En tal caso, debería haber documentos sobre la operación —dijo Julia.

—Pues yo nunca los he visto… y el banco Sundsvallsbanken ya no existe.

—Seguro que estoy equivocado —intervino André con una sonrisa juguetona—, pero yo siempre he entendido de otra manera aquel traspaso.

—¿Cómo? —preguntó Julia.

Amelie entró y sirvió el plato principal en silencio añadiéndole una salsa de vino tinto que, por su brillo y textura, sin duda contenía mantequilla derretida.

—Salchichas de ciervo y ternera sin tripa —anunció Monika—. Llevan panceta finamente picada, cebolla y champiñones y están estofadas en una salsa de vino tinto. Os recomiendo que les agreguéis un poquito de esta jalea de menta hecha en casa.

—*Bon appétit* —dijo P. G.

—Amén —respondió Björn.

Todos se pusieron a comer haciendo tintinear suavemente los cubiertos contra la vajilla. Las sombras de las pestañas de Siri bailoteaban sobre sus mejillas.

—André, ¿podrías seguir con tu explicación acerca de por qué Sylvester le dio el treinta por ciento a vuestro padre? —lo animó Julia.

—Ah, sí —respondió él; dio un trago de vino y continuó—: A ver, para situarnos: los que estamos a la mesa somos la cuarta generación desde que nuestro bisabuelo, Mannheim Mott, creó la empresa.

—Brindo por él —dijo P. G., y dio un trago de agua.

—Para no dividir la propiedad, su primogénito, Leopoldo, lo heredó todo —continuó André—, mientras que nuestro abuelo no recibió nada, ni una migaja. Hoy puede parecernos injusto, pero era de lo más habitual en aquella época.

—Brindo por ella —ironizó Monika.

—El caso es que, muchos años después, cuando le tocó el turno a Sylvester de heredarlo todo, los tiempos ya eran otros, y Sylvester, que era un tipo honrado, decidió compensar a su primo, nuestro padre, por una injusticia que ya duraba generaciones. Por entonces, nuestro padre vivía en la casa del río y tenía un puesto en la empresa, pero poco más...

—No recibió la mitad de todo, pero sí un treinta por ciento, al menos —intervino Siri.

—Me gustaría mucho ver los papeles de la operación —pidió Julia.

—Existe un documento que refleja la nueva estructura accionarial, aunque no detalla la estructura anterior —dijo André.

—Veré si hay otros documentos. Quién sabe —prometió P. G.

La cena prosiguió y las conversaciones se dividieron y solaparon. André intentó explicarle a Sid algo sobre la restauración de muebles y Björn se rió de él. De vez en cuando, Monika controlaba que P. G. siguiera tomando sólo agua. Siri tenía la mirada perdida en el plato; apenas había tocado la comida...

De todas formas, todos elogiaron la comida al unísono ante Amelie, que sonrió tímidamente, como de costumbre. Era obvio que los Mott intentaban presentarse ante Julia y Sid como un frente unido, incluso como un grupo capaz de mostrar cierta calidez, pero esa fachada era bastante frágil.

«A la larga, nadie es capaz de controlarse, por mucho que haya invitados», pensó Julia. Era como si cada uno estuviese convencido de pertenecer a una élite natural, cada cual con su propia combinación

específica de inteligencia, encanto, modestia, espiritualidad, generosidad y amplitud de corazón.

La luz de la tarde se colaba por los grandes ventanales, caía sobre las *boiseries* y hacía que los prismas de la gran lámpara del techo, de un blanco gélido, adquirieran una tonalidad ámbar. Frente a una rejilla de ventilación había una telaraña que el aire mecía.

Björn se reclinó en la silla de ruedas y lanzó un suspiro. Se le habían abierto varios botones de la camisa y por la ranura asomaba la superficie blanca y brillante del corsé de plástico.

El postre era helado de vainilla sobre un espejo de salsa hecha a base de vino blanco, azúcar, limón y aguacate. El azúcar matizaba la acidez del limón y el aguacate aportaba una cremosidad deliciosa.

Julia se llevó la cuchara a la boca mientras pensaba en las opiniones completamente opuestas de P. G. y André sobre los motivos por los que Augustus recibió el treinta por ciento del Grupo Mannheim: o bien Sylvester Mott trataba de obtener capital para la empresa o intentaba ser justo con su primo.

—Salud, por Werther —brindó P. G. con poco entusiasmo.

Monika le puso una mano en el brazo y asintió en silencio. André alzó su copa y Sid tomó un sorbo de whisky con la mirada baja.

—Joder, sí —dijo Björn lanzando un suspiro.

Le dio la vuelta a su copa para echar las últimas gotas de coñac en su tacita de expreso y se tomó el café de un trago. Luego, volvió a acomodarse en la silla de ruedas.

—Decid lo que queráis de mi hermano —soltó P. G.—, pero no sabéis que fue él quien encontró a mi madre muerta. No era más que un crío, y aquello fue un shock para él. A partir de se volvió huraño. No lo defiendo, pero lo cierto es que antes de eso era un buen hermano.

—Tú lo has dicho —dijo Monika en voz baja.

—¿Se sabe si el cadáver de Werther quedó reducido a cenizas tras el incendio? —quiso saber Björn.

—He hablado con los forenses que llevan la investigación y no han encontrado restos humanos entre las ruinas de la destilería —respondió Sid.

Siri empezó a sollozar y Monika la miró irritada.

—¿Acaso es tu hermano el que ha muerto?

Siri se la quedó mirando sin entender.

—Me siento muy afectada y…

—… y te encanta ser el centro de atención, todos lo sabemos —la interrumpió Monika—. Nada te gusta más. Y veo que has elegido un escote apropiado para…

—… para parecer una furcia, ¿no? —dijo Siri, y se levantó de la silla —. A lo mejor…

—Tú lo has dicho.

—Piénsalo: si abrieras las piernas alguna vez, P. G. se ahorraría mucho dinero.

—Vete con cuidado, amiguita.

—¿Eso les dices a las que vienen a *Mannheim* a cobrar por sus servicios?

Monika se levantó tan deprisa que la cucharilla de postre tintineó en el plato, dio un paso al frente y le cruzó la cara. Siri trastabilló y tuvo que esforzarse para no perder el equilibrio y acabar en el suelo.

—Vete a la cama —le dijo Monika.

Siri se quedó inmóvil con la mano en la mejilla. Temblaba de pies a cabeza. Poco a poco, levantó la vista y miró a Monika. Bajó la mano: tenía la mejilla de un rojo escarlata.

—Eres patética —soltó—. Lo protegerías aunque…

—¿Qué sabes tú del amor?

—Nada —respondió ella, y se marchó del salón.

18

P. G. tenía el pelo completamente de punta cuando se puso en pie. Murmuró: «se levanta la sesión», y abandonó el comedor. André y Björn siguieron a su hermana sin decir nada. Por su parte, Monika se puso a ayudar a Amelie a quitar la mesa con movimientos espasmódicos, seguramente por efecto de la adrenalina.

Julia y Sidney agradecieron la cena y se dirigieron a la Habitación Roja. Dentro, delante del mueble bar, estaba P. G. con un vaso lleno hasta arriba de whisky. Cuando se le acercaron, los saludó levantando la copa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Julia sin rodeos refiriéndose al rifirrafe entre Monika y Siri.

—Sonaba bastante privado, ¿no os parece? —respondió P. G.

Julia se percató de que Sid estaba a punto de disculparse por su falta de tacto, pero se detuvo en el último momento.

Ella dio un paso al frente y se apoyó con pesadez en el bastón.

—¿Por qué piensa Monika que debe protegerte? ¿Qué es lo que has hecho? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—¿Recuerdas que tengo lagunas de memoria? —repuso él.

Se bebió el whisky, dejó la copa, murmuró «buenas noches» y se fue. El parquet de roble crujió bajo sus pasos.

Sid sirvió dos copas de grappa, se sentaron en las butacas de orejeras, brindaron, dieron un sorbo y se pusieron a reflexionar, cada uno por su cuenta, sobre la escena que acababan de presenciar.

Monika entró en la Habitación Roja, fue directa hacia ellos y puso

posavasos bajo sus copas. El vestido se le había arrugado, se veía pálida pese al maquillaje y tenía cara de cansancio.

—Quería pediros disculpas por mi comportamiento de esta noche. He estado francamente mal —dijo.

—Por nosotros no te preocupes —respondió Julia.

—La comida estaba deliciosa —añadió Sid.

—Y entendemos que nuestra presencia genere tensión —continuó Julia—, o que aumente las tensiones ya existentes.

—Gracias, de verdad —dijo Monika, que parecía genuinamente contrita—. Pero lo cierto es que esto ha sido culpa mía: tengo una lengua mordaz y me meto en más broncas de la cuenta… lo cual es absurdo, porque siempre salgo perdiendo.

—¿Qué problema tienes con Siri? —preguntó Julia.

—¿Os sirvo un poco más? —propuso Monika.

—Una gota —respondió Sid tendiéndole su vaso.

Monika fue hasta el mueble bar, le rellenó la copa a Sid, se sirvió un whisky y después volvió y se sentó en el tercer sillón con las piernas muy juntas y la espalda erguida.

—La verdad es que no sé muy bien por qué voy todo el rato a por ella —dijo pensativa.

—¿A qué crees que se debe? —preguntó Julia.

—No sé. Ella siempre me lanza pullas porque estoy en la familia de rebote, por mi matrimonio con P. G. —respondió Monika antes de probar el whisky—, pero ése no es el motivo, al menos no del todo. Es muy coqueta, aunque por mí ya puede serlo, y su ropa es demasiado atrevida para mi gusto, pero nada de eso la convierte en una furcia. De hecho, no tengo idea de cómo es su vida sexual, más allá de que un día vi que llevaba una pastilla del día después…

Fuera, la luna brillaba y el mosaico de cristales plomados que daban al jardín arrojaba sombras coloreadas sobre el parquet.

—¿Y a qué se refería Siri con eso de que tú «proteges a P. G.».

—La verdad es que no lo sé —susurró Monika.

—Vale —dijo Sid.

—A mí me dio la impresión de que sí lo sabes —se empecinó Julia.

—A nuestra vida sexual, creo. Pero ella no sabe nada al respecto. Es cierto que tenemos dormitorios separados, pero es porque él suele roncar como una máquina forestal. Eso no quiere decir que... ya sabéis.

—¿Qué? —preguntó Julia, y observó que Sid comenzaba a retorcerse de incomodidad.

—Que ya no hagamos el amor —respondió Monika.

—¿Y lo hacéis?

—¿Es relevante? —repuso Monika sonriendo.

—A lo mejor —dijo Julia.

—A mí no me lo parece.

—Todo el asunto es como un rompecabezas que estamos armando juntos, y necesitamos probar todas las piezas que tengamos a mano.

Detrás de las puertas de cristal de las librerías se veían lomos de libros encuadernados en piel. La oscuridad de fuera se había densificado hasta tal punto que daba la sensación de que el bosque se hubiese acercado unos metros a la mansión.

—Tenemos vida sexual —dijo al fin Monika, y bebió despacio de su copa de whisky—. Antes era mejor, aunque quizá nunca ha sido fantástica, pero nos queremos, nos damos mucho cariño el uno al otro... y a mí me basta con eso.

—Pero a él no —señaló Julia.

—Tú tampoco pareces muy proclive al contacto físico —le espetó Monika sin cortarse.

—Pues no —se limitó a contestar Julia.

Monika se inclinó hacia delante y dejó su copa encima de la mesa.

—Sé que no soy yo la que debería avergonzarse —comenzó a decir, y cogió una bocanada de aire antes de continuar—, pero P. G. hace cosas... y yo le he pedido que me lo cuente todo: que me diga la verdad, porque las mentiras van acumulándose entre las personas hasta formar un muro infranqueable que las aleja definitivamente aunque sigan viviendo juntas. Y yo no podría soportar algo así: una convivencia basada en la costumbre o en la conveniencia. Ya sé que a veces parezco fría y socarrona, pero en el fondo no soy así: necesito cercanía, afecto...

—¿Qué clase de cosas hace P. G.? —preguntó Julia.

—No sé si debería entrar en detalles. Ya sabéis que acostumbra a beber y... y a veces ocurren cosas desafortunadas...

Julia se inclinó hacia Monika para hacerla sentir que no tenía escapatoria: que había llegado el momento de hablar. Sid, por su parte, tomó un sorbo de su copa y procuró mostrarse atento y amable.

—He leído el contrato que P. G. firmó contigo y entiendo que vuestro secreto profesional se extiende también a lo que yo os diga, ¿es así? —preguntó Monika cuando el silencio se volvió insoportable.

—Por supuesto —respondió Julia.

—Esto va a sonar peor de lo que es —comenzó—. En fin. El caso es que, para acordarse de lo que ha hecho, P. G. suele tomar fotos que luego me enseña... antes de pedirme perdón. Imagino que pensaréis que el retrato del cadáver de Werther es una de esas fotografías, pero P. G. nunca ha sido violento y sé que me cuenta siempre la verdad, cosa que no muchas esposas pueden decir.

—No nos has dicho qué es lo que hace —insistió Julia.

Monika se apartó un mechón de pelo rojo de la cara con dedos trémulos.

—No sé. Puede enseñarme fotos de tres botellas de ginebra vacías después de haberme prometido que se mantendría sobrio, o de una raya de coca en un espejo... o del accidente que ha tenido con el coche por conducir ebrio. Una vez chocó con un corzo, ¡esa foto no la olvidaré nunca! —explicó Monika con la voz quebrada—. Pero, sobre todo... sobre todo son fotos de Rosita.

—¿Rosita? —preguntó Julia.

—Es una mujer que se prostituye en Sundsvall... lo que me lastima profundamente —continuó Monika, ahora entre sollozos—. Las esposas solemos anhelar que nuestros esposos nos deseen sólo a nosotras. Él me dice que se trata de otra cosa, que soy el amor de su vida, y yo le contesto que le creo, aunque en el fondo sé que lo que dice no es verdad. Por eso me ha dolido tanto el comentario de Siri.

Sid se levantó, fue a buscar un par de servilletas en el mueble bar y se las dio a Monika sin decir nada antes de sentarse otra vez en su sillón.

—Así que tu marido compra servicios sexuales, lo cual está prohibido en Suecia, y tú te callas y lo dejas hacer —dijo Julia.

—¿Acaso hay algo que no esté prohibido en Suecia? —repuso ella intentando sonreír y secándose las lágrimas.

—No tienes por qué defenderlo.

—Lo sé, pero…

—¿Por qué lo defiendes? —insistió Julia.

—¿Por qué? Porque tenemos una vida juntos… él no es perfecto, está muy lejos de serlo, pero ¿qué haría yo sola? Sé que me quiere. Está claro que no puedo satisfacer todas sus necesidades, pero satisfago muchas y él satisface las mías.

Dobló las servilletas usadas, las dejó al lado de su copa de whisky medio llena, se levantó y se alisó el vestido.

—Ahora ya conocéis nuestro sucio secretito. Buenas noches —dijo Monika, y se retiró.

19

Julia y Sid estaban sentados a una esquina de la enorme mesa de comedor tomando un opíparo desayuno a base de huevos fritos, salchichas y patatas asadas. Remataron con un café y una tarta de compota de cerezas casera y salsa de vainilla.

Sid estaba respondiendo mensajes en su móvil y Julia, haciendo un esfuerzo para no espiar la pantalla. En un momento dado se cansó, dejó la taza de café en la mesa y se puso a pensar en que nada de lo que Monika les había contado la noche anterior sugería que P. G. fuera una persona de naturaleza violenta. Pero, por otro lado, la relación con un hermano mayor se regía por reglas muy distintas a las que se regía la relación con una esposa.

—¿En qué piensas? —preguntó Sid.

—En que el papel de detective privado te sienta bien —respondió ella sonriendo.

—¿Estás de broma?

—No —repuso ella—. Creo que podría acostumbrarme a tenerte de compañero de trabajo.

Su corazón había empezado a latir más deprisa, así que desvió la mirada hacia la ventana y pensó que tendría que haber aprovechado el momento para preguntarle a Sidney si no se había planteado la posibilidad de cambiar de empleo.

—¿Cuánto tiempo más crees que nos tomará resolver asunto? —preguntó Sid, y dejó los cubiertos en la mesa.

—¿Quieres negociar tu sueldo? —le preguntó ella con una sonrisa.

—No. Simplemente necesito saberlo: han surgido algunas cosas en la comandancia.

—No nos tomará mucho más.

—Pero André ha dejado de ser el asesino, ¿no? —preguntó él.

—Todavía no descarto a nadie —respondió ella—. Sin embargo, acepto que me precipité un poco cuando lo acusé a él. Lo hice porque noté que no se sorprendió de que Werther fuera a estar presente en la junta de accionistas, sino de que Björn nos lo hubiese explicado.

—¿Sabes muchas cosas que no me estás contando?

—No.

—Pero igualmente crees que pronto resolverás el caso.

—Dentro de dos días habré descubierto al asesino —contestó Julia, y clavó el tenedor en un trozo de salchicha que le había sobrado.

—Suenas muy convencida.

—¿Dudas de mí?

—Nunca.

—¿Quieres apostar algo?

—No —repuso él con una sonrisa.

—Te apuesto una cena. Yo digo que necesito dos días.

—Vale, acepto —dijo él.

—Si yo gano, tú me invitas a cenar...

—¿Y si pierdes?

—No pienso perder —respondió ella.

—Hipotéticamente hablando.

—Entonces, tú invitas a cenar a tu compañera de trabajo, esa tan guapa —contestó ella, y se levantó de la mesa.

Una hora más tarde, caminaban por el pasillo que conducía a la suite privada de la planta baja para verse con P. G. y Monika en el gran despacho.

Se detuvieron delante de la puerta abierta, Julia llamó con el bastón y ambos reemprendieron la marcha por la alfombra de cachemira azul, en la que había una especie de sendero decididamente más desgastado.

Una grieta dividía en diagonal el ventanal deformando la realidad exterior. En la parcela clara y alargada de jardín que discurría por delante de la linde oscura del bosque estaba cayendo una llovizna tan fina que parecía un velo de niebla.

P. G. llegaba directamente de una zona de tala y tenía pinaza en el pelo y virutas de corteza marrón claro en el jersey de felpa; Monika estaba sentada a un lado del escritorio de madera oscura y lacada tomando un cortado con hielo con una pajita metálica. Llevaba un vestido de Chanel de color azul claro con hilos de plata y zapatos de tacón.

P. G. hizo un gesto indicando que los cuatro deberían sentarse en los sillones de piel de cordero alrededor de una mesa de centro en la que había una colección de medallas conmemorativas.

—¿Algo para beber? —preguntó Monika, y apagó la lámpara verde de banquero.

—Estamos bien así, gracias —repuso Sid tomando asiento.

Julia se acercó a la ventana y oteó los densos troncos y el color verde oscuro de las copas. Entonces, de pronto, logró percibir el aroma húmedo de la vegetación, las setas, las semillas y las larvas. Los árboles se alimentaban de sus predecesores, se erguían sobre capas de muerte y brotaban de entre la descomposición y las plantas podridas.

—Habéis pedido una reunión —dijo P. G.

Julia sintió un escalofrío y se obligó a apartar la mirada de la oscuridad entre los troncos. Asintió con la cabeza, se dio la vuelta, apoyó el bastón en el suelo y se encontró con la mirada de P. G.

—Ayer, Monika nos explicó lo de las fotos que sueles enseñarle —dijo.

—Pero, ¡me cago en...! —bramó él.

—Perdón, pero no quiero seguir mintiendo —susurró Monika.

—Por el amor de Dios —dijo P. G. mirándola fijamente, y soltó un bufido.

—No soy yo quien tiene que avergonzarse, P. G.

Era obvio que él no se había esperado esa conversación, por lo que no podía controlar del todo sus reacciones.

—Vale, Monika —dijo irritado, y se pasó los dedos por el pelo—. Me avergüenzo de todo esto, eso está claro… pero mis pecados hacen que vaya un poco más lento al cavar mi tumba y…

—Para —lo cortó ella.

—Y deja que te recuerde que no tienes por qué seguir casada conmigo si no quieres.

—Ya sabes que sí quiero, pero de todos modos me pongo triste con lo que haces, muy triste. ¿Qué clase de persona sería si no?

—Una que me conoce —propuso él—. Una que acepta quién soy… que entiende que hago lo que haga falta para poder soportar mi suerte.

—Me da pena igualmente —repuso ella en voz baja.

—Soy una persona débil, en realidad soy demasiado débil para esta vida y… si no fuera por el bosque y por *Mannheim* no podría…

—Estoy aquí para ti —dijo ella—. Pero ¿tú estás para mí? No puedo más con las mentiras: necesito saber la verdad acerca de lo que le pasó a Werther…

—¿Y por eso cuentas lo terrible que soy?

—Ayer, Monika simplemente contestó a las preguntas que le hicimos después de la discusión con Siri —explicó Julia—. La puse contra la pared y la única alternativa a decir la verdad habría sido mentir abiertamente.

P. G. soltó un suspiro, deslizó la mano por el reposabrazos de cuero, toqueteó un poco uno de los botones forrados y, después, alzó la vista.

—Sólo para que lo entendáis —dijo más sereno—: esto era más o menos lo que no quería que saliera a la luz cuando me puse en contacto con vosotros en lugar de con la policía.

—Nos has contratado para encontrar respuestas y…

—Lo sé —la interrumpió él.

—Y el secreto profesional sigue vigente, aunque decidas anular nuestro encargo —terminó Julia.

P. G. se quedó un momento en silencio, respirando con pesadez.

—Continuamos… aunque empiezo a intuir hacia dónde se inclina todo.

—Entonces, tenemos que pedirte que nos enseñes todas las fotos que

tienes en el teléfono y el ordenador —pidió Julia.

—Eso es demasiado intrusivo —murmuró él.

—Y en tu móvil y tu ordenador, Monika —dijo Sid.

—De acuerdo, voy a buscarlos —susurró ella, y salió del despacho.

Tres horas más tarde, Sid y Julia ya habían revisado todas las fotografías guardadas, disimuladas y eliminadas en todos los dispositivos. Ninguna tenía relación con el asesinato de Werther, pero cinco fotos eliminadas confirmaban el relato de Monika.

En la primera, P. G. documentaba sus perneras mojadas, así como uno de sus zapatos sobre un suelo sucio, con una botella de vodka tirada y recibos de apuestas del hipódromo.

La siguiente mostraba un coche aparcado con el faro trasero roto.

Las últimas tres eran distintas fotos de una mujer delgada de unos cuarenta años, con pelo castaño rizado y semblante serio. En una se la veía sentada en una silla de cocina con los pechos desnudos y exhalando humo a contraluz; en la segunda aparecía tumbada en una cama con una raya de cocaína que bajaba de su ombligo hasta su vagina pasando por su pubis afeitado, y en la última salía sonriendo y sosteniendo un condón usado entre los dedos.

—Ahora miraremos el correo electrónico y los mensajes, las redes sociales y el historial de búsqueda —dijo Julia.

—¿Me encargo yo del de Monika?

—Como quieras.

Julia accedió al programa de correo de P. G. y fue repasando sin prisa los correos electrónicos leídos y no leídos de la bandeja de entrada de los dos últimos años. Después, hizo lo mismo con los enviados, los borradores, los eliminados y, por último, con la carpeta de *spam*.

—Sid —dijo de pronto.

Él dejó el portátil de Monika encima de la mesa de centro, se acercó al escritorio y se quedó de pie detrás de ella leyendo un mensaje que había aparecido entre el *spam*.

Hermanito:

Lo mío nunca ha sido hacer lo correcto, pero aun así me alegro profundamente de que se esté acercando el final de la decrépita familia Mott.

El único mérito reconocible de nuestra generación es que parece gozar de suficiente sensatez como para no tener descendencia, lo cual implica que el tema de las herencias por fin quedará zanjado.

Te escribo para informarte de que mañana tengo intención de participar en la junta de accionistas para hacer valer mi veinticinco por ciento de las acciones y votar a favor de la venta inmediata del Grupo Mannheim y del reparto definitivo de los activos, los bienes y el dinero.

Esta información de primera mano es sólo para tus ojos, por lo que te pido que borres este correo de tus dispositivos igual que yo lo borraré de los míos.

Atte.,
W.

—Espera... ¿qué coño es esto? —preguntó Sid estupefacto.

—Lo sé, es mucha información nueva de golpe —respondió ella, y se lo quedó mirando—. De repente, Werther informa de que va a participar en la junta después de no sé cuántos años.

—Tal y como dijo Björn...

—Lo cual implica que Björn debía de estar en contacto con él.

Comprobaron el remitente, pero sólo pudieron constatar que <werther@mott.com> no se prestaba a confusión.

—O sea —dijo Sid—, que Werther tenía la intención de posibilitar la venta del Grupo Mannheim y de la mansión, pero lo mataron antes de que pudiera oficializarlo. Toca preguntarnos quién estaría dispuesto a matarlo para impedir la venta.

—O para poder heredar su parte.

—A menos que haya hecho testamento, el heredero sería su hermano menor, P. G.

—La pelota vuelve todo el rato a él —dijo Julia pensativa.

—Al mismo tiempo, nos consta que P. G. era el único que no sabía que Werther pensaba acudir a la junta, puesto que este mensaje estaba sin leer en su carpeta de *spam*. Quiero decir, si hubiese tenido intención de ocultarlo, podría haberlo eliminado y vaciado la papelera.

Julia cogió el bastón plateado con una mano, apoyó la otra en el escritorio y se apoyó para levantarse.

—Y lo más llamativo de todo —remató mirando a Sid— es que Werther habla de su veinticinco por ciento, no de su treinta y cinco...

20

La Agencia de detectives Stark montó un despacho provisional en la habitación de Sid, y Julia y Sid se pasaron el resto de la mañana al teléfono y delante de sus ordenadores. Julia pensó que así sería en adelante, si conseguía convencer a Sid.

De vez en cuando hacían una breve pausa para compartir datos, intercambiar opiniones o para ir a buscar café.

Julia miró de reojo a Sid, que estaba sentado con las piernas muy separadas mientras buscaba información.

—Viva el *manspreading* —dijo.

—Disculpa, pero…

—Las mujeres también tenemos genitales externos.

—¿Me interrumpes para decirme eso? —preguntó él enarcando las cejas.

—Sí… y también que me he puesto en contacto con la Oficina de Registro de Sociedades —añadió Julia—. Todavía no han recibido el documento que detalla la nueva repartición de las participaciones, pero el acuerdo está tramitado y registrado: hace dos semanas, Werther le transfirió a Björn el diez por ciento de la empresa.

—Vaya bombazo —comentó Sid.

—Sin duda —repuso ella sonriendo.

—Joder —susurró él.

—¿Tú cómo lo llevas?

—Creo que he encontrado a Rosita en varias páginas de escorts. En las fotos aparece con la cara tapada, pero se identifica como Rosita

Rosebud y da una dirección en Nacksta, Sundsvall.

—Ponte en contacto con ella —pidió Julia.

—¿En serio?

—Pide una cita lo antes posible.

—Vale, vale —dijo él encogiéndose de hombros.

—He solicitado una copia de las capitulaciones matrimoniales de P. G. y Monika al Registro Civil, pero tardarán un poco...

—Sigamos, pues.

—De acuerdo, yo me pongo con los trenes y los taxis —dijo Julia.

Treinta minutos más tarde descubrió que Werther había pedido con anterioridad un taxi para que lo recogiera a las 10.45 h y lo llevara a la estación de Östersund la mañana del día de la junta de accionistas. El tren con destino a Sundsvall partió a las 11.27 h y llegó a las 13.53 h. Sobre esa hora, las cámaras de vigilancia del exterior de la estación captaron a un hombre que coincidía con su descripción: caminaba en dirección a la parada de taxis, abordó uno de los que hacían fila allí y desapareció.

—Tenemos que localizar al taxista —murmuró Julia.

Un instante después, oyeron voces que provenían del exterior.

Dejaron los ordenadores, se acercaron a la ventana y miraron abajo, pero no vieron a nadie en la parte del patio que podían ver desde el ángulo en el que estaban. Sid quitó el pestillo, abrió la ventana y entonces pudieron oír claramente la voz de Monika.

—¡P. G.! —gritaba evidentemente asustada—. ¡P. G.!

Julia se agarró al brazo de Sid mientras salían a toda prisa de la habitación. El tope de goma del bastón rebotaba en la moqueta del pasillo, el resplandor pardo de los apliques titilaba a su paso. Cuando llegaron a la escalera, Monika ya había entrado en la mansión y seguía gritando en el recibidor. Fue hasta el gran salón mientras ellos terminaban de bajar.

—¡P. G.!

La siguieron, entraron en el salón y la encontraron cruzando el comedor para volver. Tenía las mejillas rojas y los zapatos y las medias sucios de barro.

—¿Qué ocurre?

—¿Habéis visto a P. G.? —preguntó ella entre jadeos.

—No desde esta mañana —respondió Sid.

—Dios mío…

—¿Qué ocurre? —repitió Julia.

—El cadáver de Werther —respondió ella con voz temblorosa—. Está en el agua, cerca de la compuerta de la presa, o al menos me ha parecido que era él. Tengo que hablar con P. G.

—¿Estás segura de que está muerto? —le preguntó Sid.

—Pero dijisteis que…

—¿No has comprobado si seguía con vida? —la interrumpió.

—Pensaba…

Sid dio media vuelta y corrió hacia la puerta, Monika se dejó caer en una silla y Julia se apoyó con pesadez en el bastón.

—No he pensado en que…

—Tranquila, lo más probable es que esté muerto, pero mientras no nos hayamos asegurado tenemos que…

—Claro, claro; lo entiendo, pero tenía pinta de…

Se interrumpió y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas rojas.

—¿Tenía pinta de qué? —preguntó Julia.

—Esto es de locos —susurró Monika—. Ya no entiendo nada, yo…

—Espera aquí —dijo Julia, y fue detrás de Sid.

Salió de la mansión y tomó el camino peatonal de gravilla que cruzaba entre unos edificios menores. El aire era cálido y húmedo, las abejas zumbaban entre los tréboles y las colas de caballo.

Julia pasó por un cenador con muebles blancos y bajó por una escalera de piedra hasta que pudo tener una vista panorámica.

La antigua presa estaba construida con enormes bloques de granito y había un desnivel de al menos diez metros hasta el arroyo centelleante que corría al otro lado, en medio del lecho seco del río. La compuerta estaba hecha de troncos alquitranados y entre las grietas salían a presión unos finos chorros de agua. Toda una nube de gotitas de agua flotaba en el aire, y la luz del sol formaba un arco iris.

Un poco más allá se veía la capilla de color rojo, el viejo molino con su enorme rueda de paletas y los restos del antiguo aserradero hidráulico.

Las golondrinas revoloteaban por el aire encima del río, atrapando insectos.

Julia rodeó una arboleda y vio que Sid estaba hablando por teléfono en el puente que cruzaba la cresta de la presa.

Se acercó a él cogiéndose de la barandilla de hierro fundido para no perder el equilibrio, pero cuando comprendió que estaba hablando con la policía se detuvo y se volvió hacia el agua.

La superficie brillante del lago Kvarnsjön quedaba casi a la misma altura que la cresta y un cuerpo robusto flotaba entre los nenúfares. El rostro hinchado era blanco como la cera y la herida en la cabeza, de un rojo oscuro.

21

Una hora más tarde, Protección Civil y la policía habían acordonado la zona alrededor de la presa con cinta de plástico blanquiazul. En el camino de gravilla había cuatro coches patrulla en fila. El personal sanitario sacó una camilla de la ambulancia desplegando las ruedas. Varios técnicos forenses estaban tomando fotos y muestras del cadáver.

Sidney estaba charlando con dos compañeros de la policía de Sundsvall, pero lo llamaron por teléfono y él se alejó un poco para cogerlo.

Ya era oficialmente un caso de homicidio.

Habían logrado sacar el corpulento cuerpo de Werther del agua y lo habían colocado sobre una lona blanca en la estrecha playa del lago Kvarnsjön. Las moscas zumbaban a su alrededor. Tenía el rostro hinchado y flácido. En la boca abierta asomaban unos dientes parduzcos. Su camisa se había rasgado, y semillas y trozos de plantas se habían enredado en el vello cano de su pecho. Su prominente barriga mostraba la cicatriz que habían visto en la foto. Estaba descalzo y tenía los pantalones pegados a las piernas. Los brazos estaban estirados junto al cuerpo con las palmas hacia arriba, y alrededor de las muñecas podían verse grandes hematomas.

Así que ése era Werther, el ermitaño odioso.

Se abriría una investigación preliminar. La policía trasladaría el cuerpo al servicio forense más cercano para que le hicieran la autopsia, y en los días siguientes empezaría a interrogar a la familia.

Monika estaba detrás del cordón policial, pálida, mirando el cadáver

en silencio. Se había puesto una chaqueta de plumón fina y el pelo rojo le caía desordenado sobre la cara.

P. G. llegó en su Land Rover y, tras aparcar, se bajó, corrió hasta ella y la forzó a volverse para que mirara hacia otro lado. La apretó contra su pecho y le acarició la espalda con ternura.

Julia observaba el cuerpo de Werther mientras los técnicos le ponían bolsas en las manos. Su mirada se desenfocó al imaginárselo en el tren, levantándose impaciente en cuanto el conductor anunció que pronto llegarían a la estación de Sundsvall.

Lo vio abrochándose el abrigo, cogiendo la maleta y preparándose en el pasillo. El tren se detuvo con una leve sacudida, él trastabilló hacia delante y recuperó el equilibrio agarrándose a un respaldo.

Las puertas se abrieron con un siseo y él bajó al andén junto con un puñado de viajeros más.

Probablemente tenía la cabeza en la reunión que se iba a celebrar y en la que se decidiría que el consorcio y las propiedades que llevaban varias generaciones en poder de los Mott finalmente iban a venderse.

No sabía que P. G. no había llegado a leer el correo que le envió, pero era obvio que no esperaba que nadie se acercara a recogerlo a la estación porque fue directo a la parada de taxis y abordó el primero de la cola.

Según la compañía, la carrera fue hasta *Mannheim*, pero, a petición del cliente, el coche no paró delante de la escalinata de la mansión, sino en un edificio cercano (la destilería).

Werther pagó el trayecto, se bajó del coche y se encontró con su asesino.

Bajo amenaza, o simplemente ignorando lo que le esperaba, Werther lo acompañó al interior del edificio, donde lo maniataron y asesinaron. Después lo fotografiaron y, más tarde, lo echaron al lago.

Y, cuando ellos dos aparecieron por la mansión, el asesino se puso nervioso y le prendió fuego al escenario del crimen para así destruir todas las pistas.

Fue como si el hallazgo del cuerpo de Werther consumiera todo el oxígeno: P. G. y Monika parecían desorientados y ausentes.

La comida se canceló: quien quisiera comer algo podía acompañarlos a la cocina y comer un sándwich.

—Como si fuésemos holandeses —murmuró P. G.

Tenía el rostro macilento y expresión de cansancio. Acababa de perder a su hermano, y miraba a Julia y a Sid como si no lograra recordar por qué estaban allí.

Era obvio que Amelie no permitiría que nadie pasara hambre: había preparado *landgångar*, las clásicas tostadas suecas, para todo el mundo. Cada una tenía ocho secciones de ingredientes distintas: ensaladilla de gambas y huevas; salmón marinado; arenques encurtidos; queso, tomate y lechuga; huevo duro en rodajas; jamón ahumado; albóndigas, y rosbif con salsa *remoulade*.

Julia se preguntó qué efecto causaba en la vida de una familia tener a alguien como Amelie como una sombra: alguien que te hacía la cama, limpiaba la casa, lavaba la ropa, fregaba los platos y preparaba tu comida sin ser pariente tuyo.

P. G., Monika, Sid y Julia abrieron unas botellas de cerveza y se sentaron en las sillas altas alrededor de la gran isla de cocina. Habían empezado a comer en silencio cuando André apareció de pronto en la puerta.

—Siri me lo ha contado. Te acompaño en el sentimiento, P. G.

P. G. asintió con la cabeza y Monika estuvo a punto de echarse a llorar, pero enseguida se recompuso.

—¿Quieres un *landgång*? —preguntó P. G. con voz afónica.

—Sí, por favor —respondió André, y se sentó en una de las sillas altas—. No me quedaré mucho: Björn se ha quedado dormido de camino aquí. Lo he dejado en la sombra… no he tenido valor de despertarlo.

P. G. se aclaró la garganta.

—Celebraremos el funeral pasado mañana en la capilla.

—No es seguro que el examen forense haya concluido para entonces —dijo Sid con tacto.

P. G. agitó la mano en el aire y después explicó, sin sonar del todo convencido, que no podían prohibirle celebrar el funeral de su hermano.

—Supongo que el trabajo de los detectives ha concluido. ¿Me equivoco? —preguntó André.

Julia enderezó la espalda y carraspeó suavemente.

—El cuerpo de Werther ha aparecido —dijo—. En breve, la policía querrá hablar con vosotros; luego, la fiscalía se hará cargo de la investigación.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Monika con mirada de preocupación.

—¿A hacer? —repitió P. G. desconcertado—. Nada: les enseñaré la foto a los policías y diré la verdad.

—Vale, y entonces irás a parar al calabozo de Saltvik —soltó Monika.

—¿Eso es lo que pasará? —le preguntó él a Julia.

—No lo sé —respondió ella con total sinceridad.

—A lo mejor sólo tenemos que buscar un buen abogado —propuso Monika.

—Para —dijo P. G.

—No seas bobo —murmuró ella.

—¿Soy un bobo? —les preguntó P. G. a los demás.

—A mí siempre me ha parecido que tu deseo de conocer la verdad era genuino —dijo Julia.

—Y es así: necesito respuestas —confirmó él.

—Y ahí nosotros podemos ayudarte —repuso Julia—. No podemos asegurarte que vayan a ser las respuestas que tú desearías, sin embargo podrás saber la verdad y…

—Pero, por favor, querida —la interrumpió André con una amplia sonrisa; después se volvió hacia su primo—: P. G., ¿qué quieres que te diga esta señorita? —Señaló a Julia—. Más que encontrar la verdad, les interesará ganarse un buen dinero.

—No seas maleducado —intervino Monika.

—Al menos la policía no te cobrará por meterte entre rejas.

—Necesito dos días más para resolver el rompecabezas —indicó

Julia, y notó que le subía la temperatura de la cara.

—Al menos, ésa es nuestra intención —se apresuró a decir Sid.

—¿Puedo contar con dos días? —preguntó ella mirando a P. G. a los ojos.

—Sí —contestó él asintiendo con la cabeza.

Después de comer, Sid y Julia salieron con André al patio de gravilla delante de la mansión. Björn estaba al pie de la escalinata, durmiendo en su silla de ruedas azul brillante.

—¿Qué aspecto tenía Werther? —preguntó André, y se encendió un cigarro.

—Lleva casi una semana en el agua —le respondió Sid.

—Me refería a las heridas. ¿Lo habían apuñalado o algo así?

—Veremos qué dice el forense —contestó Julia, y le lanzó a Sid una mirada imperceptible.

Unos pajaritos que habían estado bañándose en la fuente alzaron el vuelo entre trinos. La brisa llevó consigo un olor acre desde el bosque.

Sid apoyó una mano pesadamente en el hombro de André y lo miró con ojos apacibles.

—Sabemos que Werther le ha regalado un diez por ciento de sus acciones a Björn —dijo.

—Así es —respondió André, y dio un paso atrás.

—Ayer, cuando estuvimos hablando sobre las participaciones durante la cena, ninguno de vosotros lo mencionó —soltó Sid.

—El traspaso ya estaba tramitado, pero no registrado en la Oficina del Registro de Empresas. Nos pareció más apropiado contároslo cuando el proceso hubiese terminado —explicó André en tono afable.

—Nos gustaría ver los papeles de la operación —dijo Julia.

—La cosa no tiene ningún misterio: Björn recibió el diez por ciento de la parte de Werther y punto. —Sonrió.

—¿Y por qué?

—Porque Werther tenía un corazón de oro... o de algún otro metal —explicó André mirando su cigarro—. Cuando Björn quedó en silla de

ruedas, le prometió una compensación, pero lo fue retrasando un año tras otro hasta que yo le dije que, si el asunto no se resolvía pronto, contrataríamos a un abogado.

—Un diez por ciento de la empresa es una indemnización muy generosa —señaló Sid.

—Werther no pagó porque le pareciera justo, sino porque no quería que un escándalo manchara el nombre de la familia.

Björn se despertó, tosió y después lanzó un suspiro.

—¿Qué pasa? —preguntó mirándolos.

—Nos vamos a casa —dijo André.

—O sea que me he perdido la fiesta. ¿Ha habido convite de algún tipo?

—Bocadillos y cerveza.

—Cerveza —murmuró él.

—Björn, la noche del martes te vi camino de la destilería —dijo Julia.

—Yo vivo aquí —respondió él.

—Vives a casi cuatro kilómetros.

—A lo mejor no estaba del todo sobrio, pero…

—No tienes por qué contárselo —lo interrumpió André.

—… pero vi que no me quedaba combustible y tuve la gran idea de ir hasta *Mannheim* a la una de la madrugada para aporrear la puerta y pedir prestadas un par de botellas. El caso es que al final me lo pensé dos veces —continuó Björn.

—¿Y por qué te lo pensaste dos veces? —preguntó Julia.

—No sabía que P. G. y Monika tenían invitados… y me sorprendió ver en la ventana del primer piso a una mujer bastante bonita con las tetas al aire. No soy un Romeo, así que preferí volver a casa.

—¿Y notaste algo raro en el camino de vuelta? —preguntó Julia.

—Nada… excepto una sombra junto a la destilería. Señalaba hacia *Mannheim* y susurraba «ay, horrible, ay, horrible; más que horrible».

—Veo que tú sí lees a Shakespeare —comentó Julia sonriendo.

Björn respondió haciendo girar bruscamente su silla y alejándose sobre la grava mientras su cinturón de seguridad tintineaba contra las ruedas.

22

Sid y Julia cruzaron el largo puente de Sundsvallsbron sobre la centelleante bahía que parecía haber sido moldeada a cincel en el corazón de la ciudad. Pasaron por el nudo viario sur y continuaron por la autovía E14 en dirección oeste.

—Háblame de tu compañera de curro, esa tan mona —pidió Julia.

—No.

—¿Tiene hijos?

—Dos niñas —se limitó a responder él.

Julia tragó saliva y miró por la ventana. El sistema de navegación del coche los guió por un barrio de viviendas públicas construido en los años setenta que colindaba con el polígono industrial que rodeaba la autovía.

—¿Cuánto tiempo has reservado? —preguntó Julia cuando se sintió segura de que la voz no le temblaría.

—Una hora de *«girlfriend experience»* —respondió Sid mientras tamborileaba con los dedos en el volante.

—¿Qué implica eso?

—No lo sé: es lo que me sonaba menos retorcido.

—OK.

Julia se imaginó a Rosita sin maquillar y vestida con un chándal desgastado y camiseta blanca sin sujetador. Ponía una lavadora y después se llevaba al cliente a la cama, encendía una vela y le decía que lo había echado de menos todo el día.

—Estaba pensando en P. G. —dijo Sid al cabo de un rato—. A juzgar

por las fotos del móvil, da la impresión de que hay cierta confianza entre ellos… o eso me ha parecido a mí.

—A mí también me lo ha parecido —afirmó Julia—, aunque cuesta imaginarlo, teniendo en cuenta la distancia económica y social entre los dos. Al fin y al cabo, P. G. es un hombre blanco, heterosexual, con un estatus altísimo…

—Etcétera, etcétera —dijo Sid, y lanzó un suspiro.

Ella asintió con la cabeza y pensó que los que pagan por sexo suelen ser físicamente más fuertes, con lo que la amenaza de la violencia siempre está presente.

—Una vez leí que lo que se paga es precisamente esa diferencia de poder —dijo.

Sid aparcó el coche, se bajaron y siguieron un sendero que cruzaba en diagonal por una parcela de césped hasta un portal con los cristales rayados.

Él introdujo el código en la cerradura electrónica. La entrada olía a basura y a comida. En las paredes, la puerta e incluso el espejo del ascensor había pintadas de espray negro, amarillo y dorado. La lámpara del techo apenas arrojaba luz.

Sid parecía tenso. Julia podía ver que la situación le resultaba incómoda.

—Todo esto puede parecer una locura… pero, independientemente de si Rosita sabe algo o no, es nuestra testigo más importante… porque, si hay alguien que sabe si P. G. puede volverse hostil y violento, es ella —dijo Julia.

Se bajaron del ascensor en la séptima planta. Sid se acercó a la puerta en que ponía OLSSON y llamó al timbre mientras Julia se quedaba con la espalda pegada a la pared para no ser vista.

Se oyó chasquear la mirilla y después la puerta se abrió apenas cinco centímetros, con la cadena de seguridad puesta.

—¿Sí? —dijo una mujer con voz relajada.

—Tengo una reserva —explicó Sid.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella en tono neutro.

—Sid —respondió él.

Se hizo el silencio. Julia supuso que la mujer estaba observando a Sid un rato largo desde la penumbra. Momentos después, volvió a hablar:

—Bienvenido, Sid.

Cerró la puerta, quitó la cadenita, abrió de nuevo y se retiró un poco para dejarlo pasar. Desde su escondite, Julia pudo ver que Sid se detenía en la puerta para que ésta no pudiera cerrarse.

—He reservado una hora y te pagaré por ella, pero en realidad sólo quiero hablar contigo —dijo.

—Vale —repuso ella titubeante.

—Necesito hacerte algunas preguntas sobre uno de tus clientes —le señaló Sid.

—No puedo hacer eso.

—Estoy aquí junto con mi compañera, Julia… Somos detectives privados y trabajamos para Per Günter Mott.

Julia salió de su escondite y se quedó de pie detrás de Sid.

Rosita era una mujer de unos cuarenta años. Tenía una mirada alerta y llevaba el pelo ondulado recogido en una coleta. Vestía jersey de lana de Islandia, vaqueros claros y calcetines blancos.

Un resplandor tenue y cálido caía sobre un perchero y una cómoda con recibos y sobres. El suelo estaba protegido por una alfombra sintética que simulaba pizarra.

—¡¿Qué coño es esto?! —exclamó clavándoles la mirada.

—Necesitamos hacerte algunas preguntas —respondió Julia.

—No quiero oírlas. Lo que queráis saber no es problema mío.

—Son preguntas que sólo conciernen a P. G… no a ti ni a nadie más.

—Da igual; ¿qué parte es la que no habéis entendido?

—Puedo llamarlo, si quieres comprobar que te estamos diciendo la verdad —continuó Julia.

Rosita tenía la mano derecha oculta detrás de la cadera. En el suelo, junto a la pared, había un bolso de Burberry abierto.

—Puedes volver a guardar el espray de pimienta en el bolso —dijo Sid.

Rosita frunció la boca unos segundos en una mueca de irritación. Aparte de polvos y un pintalabios rosa muy discreto, no iba maquillada.

—Quiero que os vayáis —repuso alzando la voz—. Fuera, marchaos de aquí.

—Nos iremos cuando hayas…

—¡Fuera!

Alzó el espray.

Julia dio un paso al frente, se apoyó sobre el bastón y miró a Rosita a los ojos hasta que ésta bajó el bote.

—Sabemos que en Suecia está prohibido comprar sexo, pero no estamos aquí por eso. Tenemos un contrato con P. G. y el secreto profesional nos impide denunciarlo, pero si tú quieres hacerlo tarde o temprano, no podemos hacer nada para evitarlo.

—¿A vosotros qué os importa?

—Me duele la pierna y agradecería mucho si pudiera sentarme un rato… mientras te hago las preguntas —pidió Julia, y notó que Rosita comenzaba a ceder—. Yo tengo que preguntar: es mi trabajo, pero tú no tienes por qué contestar si no quieres.

—A lo mejor no lo hago, a lo mejor no contesto a nada —repuso ella bajando la mirada.

—¿Podemos entrar? —preguntó Sid con delicadeza.

—Te quedan cuarenta y cinco minutos —respondió ella.

23

Acompañaron a Rosita hasta una sala con muebles de cuero mullidos y una mesita de centro negra con velas aromáticas. En la pared había una foto enmarcada de ella junto a un hombre con gafas que tenía un niño en el regazo.

Sid y Julia vislumbraron una cama grande en el dormitorio, con cabecero de piel sintética de color negro. En la pared había un televisor conectado a un reproductor de DVD colocado sobre un mueble bajo.

Rosita los invitó a pasar a la cocina, donde el suelo era de parquet sintético algo combado. Bajo la ventana había una mesa rústica de madera laminada y tres sillas.

—Siéntate—ofreció Rosita, y se puso a llenar un hervidor de agua bajo el grifo.

—Gracias.

Julia apoyó el bastón en el radiador produciendo un sonido un metálico, se sentó, estiró la pierna y soltó un suspiro exagerado. Sid se acercó a la ventana y miró el parque infantil de abajo. No había niños.

—¿Cuántos años hace que P. G. viene a visitarte? —preguntó Julia.

—No lo sé… quizá siete u ocho —repuso ella mientras sacaba unas tazas y una cajita de té—. ¿Por qué no le preguntáis todo esto a él?

—Lo haremos —respondió Julia.

—¿Con qué frecuencia viene, más o menos? —preguntó Sid.

—Varía mucho…

—Pero de media.

Rosita abrió la nevera y sacó un cartón de leche sin lactosa.

—A veces, puede pasar casi medio año sin venir, otras viene una vez al mes, o cada semana, o varios días seguidos.

—No parece que reserve con mucha antelación.

—No, simplemente me llama, y a mí ya me parece bien: me fío de él.

Apagó el hervidor, lo llevó a la mesa y tomó asiento.

—Su esposa, Monika, sabe que viene a verte —dijo Julia.

—Lo sé.

Sid sirvió agua caliente para todos, cogió una bolsita de té y la dejó hundirse en su taza.

—¿Te habla de ella? —preguntó Julia.

—Sí —se limitó a responder Rosita.

Se había sonrojado. Se quitó el jersey y lo colgó en el respaldo de la silla. Tenía los brazos delgados y pálidos. La camiseta negra y fina la hacía parecer débil.

—¿Te ha hablado de su hermano Werther? —preguntó Sid.

—Alguna vez.

—¿Qué te ha dicho?

Ella se encogió de hombros.

—No sé, que es un ermitaño, que de pequeño podía ser un auténtico cabrón... nada en especial.

—¿Dirías que P. G. lo odia? —preguntó Julia tanteando.

—No... o bueno, no sé, creo que tuvieron una infancia difícil. Su madre se suicidó —repuso, pero luego se quedó en silencio y Julia notó que se le había puesto la piel de gallina en los brazos.

—¿P. G. te ha enseñado fotos raras? —le preguntó Sid.

Rosita arrugó la frente.

—¿Cómo que fotos raras?

—Desagradables —respondió Julia.

—No, no. ¿Qué fotos?

Ni Sid ni Julia contestaron.

—¿Se ha puesto violento contigo alguna vez? —optó por preguntar Julia.

—¿De qué se trata todo esto? —quiso saber Rosita con una sonrisa de preocupación.

Julia se la quedó mirando y notó cómo el calor de la taza de té le humedecía las yemas de los dedos cómo el aire abandonaba lentamente sus pulmones.

El sol entraba por la ventana, que estaba llena de marcas dejadas por la lluvia, e iluminaba las partículas de polvo que flotaban en el aire, un pelo rizado en el suelo, las marcas de dedos alrededor del asa de la nevera.

El tiempo se ralentizó y todo se volvió ingrávido.

Siguió mirando a Rosita.

Acababa de teñirse: una fina sombra reseguía toda la línea del nacimiento del pelo en la frente.

Las manchas amarillas de sus brazos revelaron que alguien la había sujetado con fuerza de los antebrazos.

Rosita no ocultaba nada.

La cicatriz junto a su ojo izquierdo parecía volverse poco a poco más roja.

—¿Es violento contigo? —se oyó decir Julia.

—¿Conmigo? Jamás lo sería, tan sólo está triste.

Su rostro traslucía sus recuerdos de P. G. Julia notó que fruncía el ceño y que las comisuras de su boca apuntaban de pronto hacia abajo...

La luz oblicua que entraba de fuera iluminaba las palpitantes arterias de su cuello.

Su pulso se había ralentizado un poco.

Estaba diciendo la verdad.

Julia se relajó de nuevo en la silla y el segundero del reloj comenzó a moverse a trompicones hasta que recuperó su velocidad normal.

—¿Por qué está triste? —preguntó Sid.

—¿Por qué? No lo sé. Lo está y punto —respondió Rosita, y se rascó el cuello.

Julia tomó un poco de té. El sonido amortiguado de un televisor llegaba desde el piso de al lado. Sonaba a programa infantil.

—Me gustaría saber... ¿qué servicios reserva cuando viene a verte? —preguntó.

—Nunca lo decidimos de antemano. Muchas veces no acaba en nada:

pasamos un rato juntos, tomamos una copa, charlamos…

—¿Viene aquí para hablar contigo?

Una expresión de cansancio se posó sobre la cara de Rosita.

—No sé si estáis al tanto de que es bipolar… Cuando se inclina hacia la manía puede que tengamos sexo, pero por lo general está tremendamente deprimido y llora sin parar. Entonces, solemos tomarnos un vino o nos tumbamos en la cama y yo lo escucho y le digo que todo irá bien.

24

La carretera corría paralela a las vías de tren, y poco después de Timrå se cruzaron con un tren de setecientos metros de largo cargado de troncos.

Durante los segundos que coincidieron lado con lado, Julia sintió como si el coche fuese el doble de rápido.

—Lo has hecho bien —dijo Julia volviéndose para mirar a Sid.

—Gracias, jefa.

—Quiero decir que no era una situación fácil... no teníamos derecho a entrar para interrogarla.

—He intentado actuar como un poli que llama a la puerta, hacer que sintiera que era inevitable dejarnos pasar...

—¿Qué te ha parecido ella?

—No sé... para variar, tendremos que intentar recoger las chispas que han quedado dispersas...

—Eso suena un poco críptico —dijo ella sonriendo.

—Lo he dicho en sentido figurado: los detalles, las palabras, los tonos...

—Ahora sí lo he entendido —lo interrumpió ella con ironía.

—Unas pocas chispas fueron todo lo que quedó después del *Tsimtsum*... cuando Dios dio un paso atrás para hacerle espacio al mundo.

—*Tsimtsum*... ¿es como el *dim sum* chino, pero de los judíos?

—Julia —dijo él mirándola con desaprobación.

—Lo siento, sé que ha sido una frivolidad. Quería hacerte reír.

—Estoy riéndome por dentro —repuso él secamente.

—En realidad, me gusta la idea de recoger chispas de luz.

Se desviaron de la E4 y se adentraron en el bosque.

—P. G. debe de estar tremendamente solo si le paga a una mujer para hablar un rato —dijo Sid.

—Pues yo no creo que haya que darle demasiado peso a esa idea de que acude a ella simplemente para hablar —dijo Julia.

—¿No?

—Yo creo que es un putero normal y corriente, que va a verla para meterse coca y tener sexo con ella, pero que a veces está demasiado triste como para lograrlo.

—¿Y ella? —preguntó Sid.

—Ella quiere creer que tienen una relación especial, lo cual normaliza su vida hasta cierto punto.

—Claro.

—¿Y tú qué has visto con tu mirada de poli?

—Poca cosa. No es heroinómana, no tiene hepatitis, vive y trabaja en ese piso... Lo sé porque había comida en la nevera y correo a nombre de Rosita Navarro en la entrada. Sin embargo, parece que tiene marido e hijo, o por lo menos los ha tenido.

—Sí: he visto la foto en la pared.

—¿Y has notado algo más?

—Que tenía morados en los brazos.

—Los he visto. Yo diría que son de hace una semana más o menos —opinó Sid.

—Pero ha dicho la verdad al afirmar que P. G. no se pone violento con ella: no ha tenido el menor impulso de esconder las heridas cuando se lo he preguntado.

Vieron alguna que otra zona de tala, pero las profundas roderas dejadas por la maquinaria forestal habían tenido tiempo de llenarse de matas de arándano y maleza.

—Me imagino que hay un proxeneta de por medio —dijo Sid.

—Puede ser —murmuró Julia mientras abría un correo electrónico en el teléfono—. Espera, me han respondido de la Agencia Tributaria.

—¿Sobre las capitulaciones matrimoniales de Monika y P. G.?

—Exacto —repuso ella, y dedicó un momento a leer—. Vale, pone que… Per Günter Mott, bla-bla-bla… aquí está: las acciones de la empresa y la finca *Mannheim* quedan excluidas de cualquier reparto de bienes en caso de divorcio o fallecimiento de P. G.

—Por eso ella lo aguanta —dijo Sid en voz baja.

—Si se divorcian o si P. G. muere, Monika no recibe nada.

—Pobre mujer —susurró él.

Tras cruzar una ancha marca de límite de finca, se adentraron en el denso bosque de coníferas y el interior del coche quedó en penumbra. Julia miró de reojo el perfil de Sid, las manos que sujetaban el volante y su pelo corto.

—Ahora en serio, ¿por qué has reservado una «girlfriend experience»? —preguntó.

—¿Eh?

—¿Era un mensaje para mí? —preguntó ella con una sonrisa pícara.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó él sin apartar los ojos de la carretera.

—Que estás intentando decirme que quieres jugar a eso conmigo.

—Sabes que el hecho de que la ley contra la discriminación te proteja no impide que puedan acusarte de acoso, ¿verdad?

—Lo dices en broma, ¿no?

—Si acepté trabajar para ti es porque pensaba que podía ayudarte, no porque… —respondió él en tono neutro.

—Desde luego —lo cortó ella, y apretó fuerte las mandíbulas.

—Lo siento, sólo intento dejarlo claro: no quiero que pienses que podemos volver a estar juntos.

—Al menos podrías haberme dejado fantasear un poco —dijo ella.

—Es lo que hice durante siete años.

Julia sabía que había malgastado hasta el último gramo de confianza de Sid, pero aun así a veces la nostalgia le atravesaba el corazón con tanta fuerza que casi tenía la sensación de que no podía respirar. Y pasar el tiempo a su lado en el coche le traía tantísimos recuerdos a la memoria que era casi como si el pasado volviera a ser el presente.

Sentía el vestido de novia acariciándole los tobillos mientras caminaba hacia el dosel nupcial donde Sidney y el rabino Meyer la esperaban, y volvía a rodear a Sid siete veces, simbolizando la fuerza de su vínculo. No había otros sonidos, más que el ruido de sus pasos y el frufrú de su vestido, y nada malo había pasado aún: todo podía salvarse, su matrimonio seguía siendo reciente y lleno de promesas.

—Las siete bendiciones —susurró de pronto.

—¿Qué?

Julia dio un respingo y los recuerdos se esfumaron.

Fuera, el bosque iba pasando sin cesar. Se acercaron a las verjas y el alto portal de *Mannheim*. La luz del mediodía era dura y gris como un viento lleno de ceniza.

Junto a la destilería calcinada había un coche patrulla aparcado. Toda la zona cercana a la presa estaba acordonada con cinta blanquiazul.

—Sólo te quedan dos días si quieres ganar la apuesta —dijo Sid mirándola a los ojos.

25

A las cuatro de la madrugada ya estaba sonando el despertador. Julia despertó con el corazón palpitando de ansiedad: había soñado que su madre intentaba decirle algo con cinco tarjetas de embarque embutidas en la boca.

Se tapó la cara con las dos manos y procuró controlar su respiración tal como le habían enseñado, al tiempo que visualizaba la fotografía inventada del funeral. La foto, tomada en contrapicado, mostraba a una niña de vestido gris oscuro, casi negro, sentada en el primer banco de la iglesia, el suelo de piedra gastada con lápidas aquí y allá, y las coronas de flores con cintas de seda.

Diez minutos más tarde, cuando se levantó de la cama, todavía le temblaban las piernas. Entró en el cuarto de baño y se lavó la cara.

A las cinco menos cuarto estaba sentada en el coche con Sid, P. G. y Monika. Iban a encontrarse con Björn, André y Siri en un claro del bosque para celebrar el Día de los Jägmästare; es decir, la fecha en que se celebra a los «jefes» o encargados de los bosques y de la gestión forestal.

P. G. les había explicado que, en las provincias de Hälsingland, Medelpad, Jämtland y Ångermanland, esa fiesta era extraordinariamente antigua, y que su familia la había celebrado año tras año sin tener en cuenta de las guerras mundiales, las caídas de la bolsa, las pandemias, los suicidios, los escándalos y los conflictos en general.

Y la muerte de Werther no alteraría esa tradición.

Las dos ramas de la familia Mott se reunieron alrededor de un fuego en un claro prácticamente circular. La niebla ascendía entre los árboles y Julia podía oír, hacia el sur, el canto de un cuco. P. G. llevaba chaqueta gris y un pañuelo Ascot azul. Cortó una rama de abeto y, mientras volvía junto a los demás, la sacudió para quitarle el rocío y las semillas.

Entonces, el viento cambió de dirección y todos se apartaron del humo tosiendo. André procuró empujar la silla de Björn para ayudarlo a avanzar por el irregular terreno, pero no lo logró hasta que Siri, que tenía la nariz enrojecida de tanto llorar y sonarse, retiró una ramita que se había atravesado en una de las ruedas. Las botellas tintineaban en la bolsa que Sid se había ofrecido a cargar. Al final, la racha de viento pasó y Monika volvió a dejar la cesta de pícnic en un tronco caído delante del fuego. Se había puesto un traje marrón con falda midi y un pañuelo color chocolate alrededor del pelo.

—¿Sabíais que los abetos viven muchísimos años? —dijo P. G.—. Estos de aquí… a lo mejor sólo tienen doscientos, pero en las montañas se han encontrado algunos de hasta diez mil.

—¿De verdad? —preguntó Julia con escepticismo.

—No siempre son árboles propiamente dichos, sino arbustos, pero siguen siendo el mismo organismo, el mismo individuo genético.

—Increíble.

—La celebración del Día de los Jägmästare consiste en dar las gracias y manifestar nuestro respeto por el bosque, que estaba aquí mucho antes que nosotros y seguirá estándolo cuando nos hayamos ido —les explicó André a Julia y a Sid.

—¿Empezamos? —preguntó Siri.

—En realidad, tendría que hacerse con sangre, pero nosotros lo hacemos con alcohol —comentó Monika.

P. G. sacó una botella de aguardiente de una de las bolsas de tela, lo vertió sobre la rama que llevaba en la mano y comenzó a dar una vuelta alrededor del claro salpicando alcohol en los árboles mientras le daba las gracias al bosque en voz alta.

Cuando volvió a reunirse con los demás junto al fuego, la botella

estaba medio vacía y él tenía la cara cubierta de sudor. Sirvió lo que quedaba en siete vasos de chupito y los miembros de las dos familias, más Sid y Julia, brindaron por el bosque y bebieron en silencio.

Julia notó que la situación los afectaba, pero aun así seguían una especie de protocolo, como si no tuvieran voluntad propia.

Era como si el propio bosque los hubiese rodeado y obligado a juntarse, y los osos y lobos trazaran círculos por sus dominios salvajes y oscuros alrededor de aquel claro iluminado.

Echaba de menos su oficina en la calle Styrmansgatan 15 y la tranquilidad de su rutina. Tuvo que recordarse que resolvería el caso en veinticuatro horas y que inmediatamente después volvería a casa.

El fuego crepitaba y las ascuas se elevaban con el humo gris paloma. En un árbol cercano, Julia notó el repiqueteo de un pájaro carpintero.

Monika sacó salchichas, mostaza, sándwiches de queso y cerveza Pilsen, P. G. peló unas ramas y se ayudó con una navaja para sacarles filo para que pudieran usarlos a manera de pinchos.

Björn estaba explicándole a Siri que estaba restaurando un espejo barroco de madera de nogal con unos alegres querubines tallados.

—Me estaba planteando quedármelo —comentó sonriendo—: puede que tener a unos angelitos alrededor del careto cada vez que me peino resultara un consuelo.

Siri se rió y, cuando la tristeza desapareció de su rostro durante unos segundos, Julia vio lo guapa que era.

Una nube de bichitos voladores se arremolinaba en el aire caliente cerca de la fogata.

Julia y Sid asaron sendas salchichas sobre las llamas danzarinas hasta que estuvieron oscuras y llenas de burbujas. Se las comieron con las mejillas calientes y los ojos llorosos directamente del pincho, pero no sin antes ponerles una gruesa capa de mostaza de Dijon por encima.

Cuando Julia hubo terminado, tiró su pincho al fuego, se limpió las manos con una servilleta y fue a coger dos botellines de cerveza para ella y Sid.

—El forense me acaba de decir la hora aproximada de la muerte —le comentó él cuando ella volvió a su lado.

—Por fin —dijo ella en voz baja.

—Werther murió a las tres de la tarde.

—¿Estaba seguro? —preguntó ella, y dio un trago.

—Ha aceptado que podría haber un margen de error, pero no iría más allá de diez minutos.

—O sea que Werther fue asesinado nueve horas antes de que le hicieran la foto.

Dado que todos estaban reunidos en el claro, Julia decidió no retrasar la pregunta de la hora en cuestión. Cogió su botella y se apoyó en el bastón para acercarse a André, que iba vestido con una americana sport con un monograma dorado bordado en uno de los bolsillos del pecho y estaba sentado en un tocón comiendo una salchicha tiznada con mostaza.

—Esto me gusta más que cualquier cosa que pueda comerse en un restaurante con estrellas Michelin —bromeó.

—El marco es inmejorable —respondió ella, y dio otro trago a la cerveza.

—Pensaba que eras una urbanita.

Julia se acomodó a su lado y, a través de las llamas de la hoguera, vio que Sid se había puesto a conversar con Siri.

—¿Qué estabas haciendo sobre las tres de la tarde el día de la junta de accionistas? —le preguntó a André observándolo con atención.

—Los domingos abro la tienda al mediodía para clientes importantes —repuso él sonriendo.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

—Tuve una reunión con un cliente habitual —respondió él.

—¿Podrías darme su teléfono? —pidió Julia; dejó la botella en el suelo y sacó el móvil para tomar nota.

—Desde luego... si puedo ver una identificación policial.

—Puedo conseguirla —repuso ella.

—Era una broma. No tengo nada que esconder —dijo él riéndose—. Sólo quiero proteger el derecho al anonimato de mis clientes.

—Tu novia dijo que a esa hora estabas en su casa.

—Puede ser. Ese día nos tomamos un café.

—¿Cuánto rato te quedaste?

—Una hora, quizá.

—Abriste la tienda para un cliente importante y estuviste una hora tomando café —dijo Julia.

André se encogió de hombros y siguió comiendo. Julia cogió su bastón y echó a andar hacia donde estaba Björn. El viento volvió a cambiar de dirección y Sidney y Siri se apartaron del humo. Luego, Siri trastabilló y, cuando él se acercó para evitar que se cayera, ella terminó pasándole un brazo por el cuello. Se rió y se sonrojó un poco, pero en absoluto se apresuró a retirar el brazo.

Björn estaba en la parte del claro más próxima a la pista forestal con la bolsa de tela con cervezas y aguardiente a su lado en el suelo. Tenía el vaso de chupito en el regazo, junto con dos botellas de cerveza vacías. Julia abrió una nueva cerveza, se la dio y le hizo la misma pregunta que a su hermano.

—Me quedé dormido después de comer —respondió él, y dio un trago como si estuviese a punto de morir de sed.

—¿A las tres? ¿No es muy tarde para comer? —preguntó ella.

—Ya ves —repuso él, y reprimió un eructo.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—André —respondió Björn, y terminó de vaciar la botella.

—Él me ha dicho que estaba con un cliente —dijo Julia.

—Mira por dónde, yo tampoco puedo confirmar que eso sea cierto: estaba durmiendo —dijo él sin mirarla.

Julia abrió una cerveza más y se la dio. Luego le retiró las botellas vacías del regazo y las dejó junto a la bolsa.

En la hoguera, un pegote de resina estalló con un chasquido. Las chispas se elevaron varios metros.

—He estado pensando una cosa —dijo Julia—: la primera vez que viste la foto del cadáver de Werther diste por hecho que lo habían matado a golpes.

Él se encogió de hombros.

—¿Me equivoqué? —preguntó.

—No, no: tenías razón, nos lo acaban de confirmar —contestó ella—.

Pero no era algo que se pudiera deducir por la foto. Podrían haberle pegado un tiro, ahorcado, apuñalado…

—Vale, ya lo pillo —la interrumpió Björn.

—¿Podrías explicarte?

—¿Cómo?

—¿Qué es lo que ya pillas?

—Que os parece mal que haya acertado —respondió él dándose unas palmaditas en el corsé que llevaba debajo de la camisa.

—¿Qué piensas al respecto?

Él volvió la cabeza y la miró con una sonrisa amarga.

—¿Que qué pienso al respecto?

—Sí —respondió Julia.

—Que he sentido el impulso de cargarme a ese cabrón un montón de veces… y jamás se me pasó por la cabeza utilizar ni una pistola ni una soga.

26

Julia rodeó el fuego hasta llegar a P. G. y Sid, que estaban asando más salchichas. Sid le preguntó si quería otra sin dejar de pestañear por culpa del humo. Ella dijo que no con la cabeza y él se retiró un poco del fuego.

—Me encantaría oír el informe provisional sobre lo que habéis descubierto hasta la fecha —le dijo P. G. cuando ella se puso a su lado.

—No funciona así —respondió ella.

—Pero ¿qué está pasando? Te he visto hablar con todos.

—Nos han informado de que Werther murió a las tres de la tarde el día de la junta de accionistas.

—Pensaba que había sido por la noche —dijo él mirándola con los ojos enrojecidos.

—Entonces fue cuando se tomó la foto: casi nueve horas más tarde.

—Entiendo.

—¿Qué estabas haciendo tú ese día a las tres del mediodía?

De pronto pareció como si las llamas se detuviesen en el aire. Eran como un abanico de cristal cuyos colores iban desde el azul claro hasta el amarillo. Julia se volvió hacia P. G. y vio el cálido resplandor de ese abanico reflejado en su rostro, notó que comenzaba a sudar y que se había dejado unos pelillos en el mentón al afeitarse por la mañana.

—¿A las tres? Más o menos a esa hora, Monika estaba hablando con Siri y yo... —repuso, y luego se quedó pensando o aparentando pensar —. Ah, sí, yo estaba en el bosque... fui a la zona de tala número dieciocho para contar las horas extras debidas a las dificultades del

terreno.

—¿Te viste con alguien allí?

—El bosque es un lugar solitario —respondió él justo cuando el fuego comenzó a pulsar y a retorcerse otra vez.

De vez en cuando el tiempo se detenía para Julia como les pasa en ocasiones a las víctimas de accidentes que se aferran a cada milisegundo de vida. Era parte de su Trastorno de Estrés Postraumático, pero la ayudaba a interpretar expresiones faciales y sentidos ocultos en las frases, y en general a percibir detalles que, de lo contrario, se le habrían escapado.

Al apartarse del fuego para acercarse a Monika, Julia notó que se le había calentado la cara. Monika estaba sentada en una alfombra azul marino que había echado sobre el tronco caído, y ella le hizo la misma pregunta acerca de la hora que les había hecho a todos los demás.

—Siri y yo estábamos en el lago...

—¿A las tres en punto?

—Creo que sí. Habíamos quedado en vernos a las dos para ir a remar y al final nos vimos a las dos o dos y cuarto. Llevábamos café y bollos y merendamos en la barca. Estuvimos charlando.

—¿Cuánto rato?

—Hasta las cuatro y media, más o menos. Fuimos río arriba. El plan era subir hasta su casa y volver en coche, pero empezamos a discutir y la cosa se alargó.

—¿De qué discutisteis?

Monika soltó un profundo suspiro y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Lo de siempre: propiedades, estructuras masculinas en la empresa, ofensas del pasado, tú dijiste esto y lo otro...

—Intenta recordar. Estabais en el lago merendando cuando tuvo lugar el asesinato.

—Cuesta creerlo...

—¿Visteis u oísteis algo? Un coche, voces, cualquier cosa...

—No. La verdad es que la cosa estaba bastante tensa. Yo le había pedido que nos viéramos porque me parecía que era necesario, pero al final...

—Piénsalo un momento más —insistió Julia.

—Intentaré repasarlo todo cuando lleguemos a casa.

—Gracias.

Julia se alejó unos pasos, pero cambió de idea y volvió junto a Monika. Se detuvo y se apoyó en el bastón, pero se le hundió en el terreno.

—Deja que te pregunte una cosa más. He observado que sueles disimular la verdad con sarcasmos.

—Simplemente utilizo el humor negro para sobrevivir.

—En nuestra primera cena bromeaste con que echabais en falta la calidez e implicación de Werther en las juntas.

—Soy horrible —comentó ella mientras esbozaba una sonrisa de disculpa.

—Y dijiste algo acerca de que, la última vez, él había ayudado a P. G. a arreglarse el traje —continuó Julia.

—Puede ser...

—Y yo vi en sus ojos que ese comentario lo afectó mucho.

—Lo que pasa es que siempre intenta olvidarse de la agresividad de Werther o al menos restarle importancia.

—Y por eso querías recordarle algo desagradable.

Monika cogió aire, se llevó los dedos a las sienes y cerró los ojos.

—No fue nada —dijo al cabo de un rato—, o más bien fue una de esas cosas típicas de Werther. Estaba descontento por algo que P. G. había dicho o hecho y de pronto se le acercó y le dio una patada en el culo delante de todo el mundo.

—Cuesta creer que se pueda olvidar algo así.

—Lo sé, no fui nada amable...

—No siempre se puede serlo —dijo Julia, y comenzó a cruzar el claro nuevamente.

Siri estaba de pie mirando su teléfono en el otro extremo. Caminó hacia ella y por el camino pisó una rama que se partió con un chasquido.

—Hola, Siri. ¿Qué estabas haciendo a las tres del mediodía el día de la junta de accionistas?

Había ido directa al grano.

—¿A las tres? Pues estaba con Monika en el lago, en la barca de P. G. Ella quería jugar sí o sí a que éramos amigas y había preparado la merienda y llevado un termo y servilletas de tela. Eso en sí es agradable, claro, pero apenas subimos a bordo empezó a soltarme pullas sobre la importancia de hacerse responsables y no sé cuántas cosas más. Se refería a mi actitud en la junta de accionistas, o más bien a la importancia que ella le da a aguantar cualquier cosa y guardar las apariencias. Es una auténtica perra, con todas sus letras.

27

Terminaron de celebrar el Día de los Jägmästare con café y tarta *prinsesstårta* en el gran comedor de la mansión y luego cada uno volvió a lo suyo. Amelie quitó la mesa, recolocaron las sillas y el comedor quedó vacío.

Después de intentar comunicarse con Frida, la amiga de André, por tercera vez, Julia se metió en el estrecho pasillo de servicio para esperar a Amelie.

Las únicas que tenían una coartada firme para las tres del mediodía eran Monika y Siri. A lo mejor alguien que no fuera Frida podría confirmar la de André, pero no cabía duda de que Björn y P. G. estaban solos cuando Werther murió.

Amelie regresó al armario de servicio con unos manteles planchados y unas servilletas almidonadas. Una fugaz expresión de miedo le atravesó la cara cuando descubrió a Julia, pero se recompuso rápidamente.

Era obvio que estaba acostumbrada a ser completamente invisible, lo cual hacía que estuviera más expuesta y fuera más vulnerable de lo habitual cuando se la colocaba bajo el foco.

—No te voy a entretener. Sólo necesito hablar contigo un momento —pidió Julia—. ¿Qué estabas haciendo a las tres de la tarde el día de la junta anual de accionistas?

—Estaba aquí, preparando la cena —respondió ella mientras colocaba la mantelería en un estante del armario.

—¿Te cruzaste con alguien en algún momento?

Abrió uno de los cajones, separó las servilletas de los manteles, los metió en el cajón y enderezó la espalda.

—¿Que si me crucé con alguien? Recuerdo que horneé unos panecillos y preparé la cesta de pícnic para Monika poco antes de las dos, y que le comenté que no nos habían llegado unas cigalas que habíamos encargado.

—¿Y después?

—Puse la mesa y empecé a preparar la comida. El señor P. G. volvió del bosque poco antes de las cuatro y me dijo que tenía hambre y que quería una hamburguesa y un vaso de cerveza. Luego, sobre las cinco, me llegó un pedido de solomillo de ternera y más o menos a esa hora regresó Monika con el termo y las tazas.

—¿Te dijo algo?

—Se lavó las manos y se quejó de que el óxido se estaba cargando la barca.

—¿No te comentó nada de Siri?

—Nada que tenga intención de explicar —respondió Amelie secamente.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas en *Mannheim*?

—Treinta años. Me contrataron como personal extra cuando la confirmación de Siri y poco después me hicieron un contrato indefinido.

—¿Cuál fue tu primera impresión de la familia?

Entornó los ojos mientras procuraba acordarse.

—Recuerdo haber pensado que Werther era el padre de Siri —respondió sonriendo—. Lo pensaba porque fue él quien dio el discurso y quien le entregó el regalo de la familia.

—¿El anillo de diamante de su madre?

—Exacto —respondió Amelie, y dejó caer la mirada.

—Tengo entendido que Werther no te caía nada bien —soltó Julia mirándola con gesto serio.

—No hay que hablar mal de los muertos, pero la verdad es que podía ponerse muy pesado, sobre todo cuando bebía —respondió ella en voz baja.

—Parece que Werther no le caía bien a nadie, pero, por lo que he visto, en este lugar hay otras personas que pueden mostrarse agresivas e incluso violentas.

—Es cierto —respondió ella con una sonrisa de incomodidad.

—Pero ¿qué tenías, en particular, contra Werther?

Amelie no dijo nada, pero Julia observó que las manos le temblaban cuando cogió la mitad de los manteles y los puso más arriba en el armario.

—¿Te hizo algo? —volvió a preguntar Julia.

—¿Por qué lo dice?

—Porque te pedías vacaciones cada vez que él venía a *Mannheim*.

Amelie cerró el armario y se volvió hacia Julia. Su mirada se había oscurecido y le habían salido unas manchas rojas en las mejillas.

—Werther era tal y como la clase dominante ha sido siempre con la clase trabajadora. Por suerte, yo ya no era una niña cuando necesité defenderme.

—Entiendo —dijo Julia.

—Entró borracho en la cocina y empezó a decir que yo salía muy cara y que otros servicios debían de estar incluidos en el precio. Yo estaba cortando verduras o algo así. Tenía un cuchillo en la mano y él se me puso detrás, me empujó y me metió una mano debajo de la falda. Entonces yo me di la vuelta… Luego fui a ver a la señora Monika en el despacho y le dije que su cuñado se había hecho daño en la cocina y que necesitaba una ambulancia. Nadie volvió a hablar de lo ocurrido, y la señora Monika me concedía sin hacer preguntas los días que yo le pedía cuando Werther venía de visita.

—¿Lo odiabas? —preguntó Julia atenta.

—No lo llamaría «odio».

—¿Hay alguien que no odie a Werther? —preguntó Julia.

El rostro tenso de Amelie se relajó un poco.

—Siri, diría yo.

—¿Y por qué?

—Era la más pequeña, y Werther solía ponerse de su lado. Nunca dejaba de venir el día de su cumpleaños. La verdad, yo me alegraba por

ella, porque siempre me ha dado un poco de pena.

—¿En qué sentido?

Amelie bajó la voz.

—Nadie se preocupaba por ella. Estaba prácticamente abandonada. Por lo que tengo entendido, Cecilia, su madre, solía…

Las interrumpió un crujido en el suelo del comedor. Las dos se volvieron y vieron que André las estaba mirando.

—¿Qué me ibas a decir? —preguntó Julia.

—Nada —respondió Amelie en voz baja, y se retiró a la cocina.

Julia colocó los últimos manteles en el armario y, justo cuando cerraba las puertas, notó que André se le acercaba por detrás. Se dio la vuelta en el mismo momento en que él se apoyaba en el armario con un brazo a cada lado de su cabeza y le bloqueaba el paso.

Ella lo miró a los ojos y él la observó con una calma felina. El bastón se le cayó al suelo produciendo un ruido metálico. Sentía que las piernas le flaqueaban y el sudor comenzaba a correrle por la espalda.

—Vete a casa —le dijo André sonriendo sin alegría—, ya has terminado. La policía te relevará.

El mentón de Julia comenzó a tiritar y se le escaparon las lágrimas. El miedo al contacto físico era tan intenso que se había quedado paralizada. Quería pedirle que la dejara en paz, pero no podía pronunciar palabra.

Él se la quedó mirando tranquilamente, se inclinó hacia delante, le dio un beso fugaz en los labios y, acto seguido, se marchó.

Ella se dejó caer al suelo con la espalda apoyada en el armario y se tapó la cara con manos temblorosas. Se frotó la boca varias veces antes de poder recomponerse, luego se secó las lágrimas, recogió el bastón y se puso en pie.

Salió al pasillo aún con la respiración entrecortada, abrió la puerta de la mansión, se acercó a la escalinata y se llenó los pulmones de aire fresco. André ya estaba junto al lago Kvarnsjön, caminaba parsimonioso siguiendo el cordón policial. Los rayos del sol iluminaban el polvo suspendido en el aire.

Ella bajó la escalinata y se encaminó por el patio de gravilla

rastrillada hacia el Porsche plateado de André. Alzó el bastón metálico con brazos trémulos y, con tres golpes, reventó el parabrisas. Luego golpeó el capó con el mango hasta dejar una profunda abolladura. Destrozó los faros delanteros y, tras rodear el coche, abolló una puerta. Entonces descubrió a Siri mirándola con ojos de susto desde una ventana.

Entre jadeos, la saludó con la mano y luego hizo saltar la luna lateral en mil pedazos y, por último, hizo añicos los dos faros traseros.

28

Julia se había quedado sin aliento y temblaba de pies a cabeza cuando volvió a subir por la escalinata de piedra y entró en el recibidor. Mientras cruzaba el salón con el reluciente piano de cola y la sala de caballeros con la barra de bar, iba pensando en las palabras de Amelie acerca de que Siri había sido una niña abandonada.

El dulce olor a biblioteca le dio la bienvenida incluso antes de entrar en la Habitación Roja.

Siri estaba sentada en un sillón comiéndose una tableta de chocolate con un grueso libro en el regazo. Llevaba un jersey blanco de punto, pantalones anchos y zapatillas de andar por casa.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó tranquilamente, y dejó el libro y las gafas de leer encima de la mesa de centro.

—El coche se ha roto —respondió Julia sin dejar de caminar hacia ella.

—Mi querido hermano sonríe mucho, pero no siempre es simpático.

—Algo así —dijo Julia.

—¿Y ya estáis en paz?

Julia se sentó en el sillón de enfrente y se arregló el pelo con una mano. Sudaba.

—George Saunders, ¿no? —preguntó señalando el libro de Siri con la barbilla—. ¿Qué te parece?

—Está bien… es muy especial —respondió ella.

—Me encantan sus fantasmas —dijo Julia sonriendo, y se puso el bastón sobre las piernas.

—Ya…

Al reírse, Siri se iluminaba de manera conmovedora. Era como si una niña traviesa apareciera de pronto en su rostro.

—Coge un poco de chocolate si quieres —le ofreció.

—Gracias —respondió Julia, y miró por los ventanales de vidrio emplomado.

La radiante luz de media mañana le daba al bosque un color verde casi sobrenatural. El viento agitaba las moscas muertas en el alféizar.

—Es bueno para el corazón.

—Algunas mujeres parecen haberse sentido encerradas aquí en *Mannheim* —soltó Julia.

—¿Y no lo estamos en todas partes?

—Tengo entendido que tuviste una infancia complicada.

—¿Quién lo dice? —preguntó Siri.

—Eras la más pequeña de cinco críos, y la única niña —continuó Julia sin contestar a la pregunta.

—Tuve que hacerme valer.

—¿Y funcionó?

Siri se frotó la nuca.

—Yo diría que sí. Pero tampoco es que me tomaran muy en cuenta. Cada uno iba a lo suyo. Yo era demasiado pequeña.

—Entonces, ¿eras una niña solitaria?

Siri se encogió de hombros.

—Tenía amigas en la escuela, iba a gimnasia…

—¿Tu padre y tu madre trabajaban en la empresa?

—Sí, toda la vida.

—¿Y dirías que eran unos padres normales?

Siri soltó un suspiro.

—Mi padre bebía y mi madre tenía migraña.

Julia asintió en silencio.

—¿Y cómo lo llevabas?

—Podían desaparecer durante días enteros, a veces incluso semanas.

—¿Y quién cuidaba de ti en esas ocasiones?

—Nadie… o sea: me las arreglaba, como hacen todos los críos.

—No todos los críos son iguales.

—A veces, Werther me traía comida, llenaba la nevera.

Sus ojos se empañaron al recordar.

—Pero… a ver cómo lo digo… ¿quién se encargaba de que tuvieras ropa limpia, de que te cepillaras el pelo, te ducharas y te acostaras a tu hora? —preguntó Julia.

—La cosa no funcionaba así —dijo Siri.

—¿Y cómo funcionaba?

—Yo cuidaba de mí misma, y eso me gustaba: me sentía mayor. Podía hacer lo que quisiera. Acostarme tarde, por ejemplo.

—Tu madre no podía tener migraña todo el tiempo.

—No —respondió Siri, y desvió la mirada.

—¿Cómo era cuando se encontraba bien?

Su rostro se contrajo.

—Nunca se encontraba bien… sufría graves depresiones. La migraña sólo era uno de sus achaques.

Saltaba a la vista que la conversación comenzaba a resultarle incómoda. Su voz se había vuelto monótona y se le había formado una arruga en el ceño.

—¿Y cómo llevabas tú su mala salud mental? —preguntó Julia.

—Era más que simple mala salud…

—Lo entiendo, pero ¿te sentías con la responsabilidad de tener que cuidar de ella?

Siri la miró desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Algunos hijos se vuelven como madres de sus propias madres, no sé si me explico.

—Yo no hacía nada: ella no me soportaba. Cuando estaba sumida en la oscuridad yo tenía que mantenerme alejada. Me odiaba, negaba mi existencia.

—¿Sufría psicosis posparto?

Siri le dio un mordisco a la tableta de chocolate.

—Eso es lo que yo he pensado toda la vida, aunque no lo llamaran así. El caso es que las depresiones de mi madre hacían que mi padre

bebiera más, y el alcoholismo de él hacía que ella se hundiera más en el hoyo. Era una espiral descendente, y su matrimonio se fue deteriorando hasta que no quedó absolutamente nada entre ellos.

Mientras hablaba, sus ojos se llenaron de lágrimas que al final comenzaron a rodar por sus mejillas.

—No sé si mi madre desarrolló algún tipo de demencia. Sólo sé que yo hacía cualquier cosa para no cruzarme con ella porque, en cuanto me veía, se ponía a gritar y a tirarme cosas...

Se metió más chocolate en la boca, se enjugó las lágrimas con ambas manos y trató de sonreír, de quitarle hierro al asunto.

—¿Qué te gritaba? —preguntó Julia.

—No lo sé. No me acuerdo, ni quiero pensar en ello —respondió Siri —. Cuando tenía diez años, la ingresaron en un sanatorio. Yo fui a visitarla una vez, pero la habían medicado hasta las cejas y ni siquiera me reconoció.

—Todo esto debió de ser horrible para ti.

—Tenía a André y a Björn.

—Pero una madre es una figura importante.

—De algún modo sé que en el fondo me quería —afirmó Siri ensimismada.

—Seguro que sí —respondió Julia en voz baja, y se levantó.

Fue hasta el mueble bar, cogió una servilleta y se la tendió a Siri, tal como Sid había hecho con Monika.

—Pero también puede ser que no, que su odio fuera sincero —murmuró Siri, y se sonó la nariz.

Julia volvió a sentarse.

—¿Y tu padre?

—Él seguro que me quería, pero era débil. No tenía cómo enfrentarse a mi madre. Cuando ella empezaba a gritar, simplemente se iba de allí y se ponía a beber. Por mi parte, muchas veces acababa huyendo y refugiándome aquí, con Werther y P. G.

—¿Y cómo era esta familia?

—Tampoco estaban... demasiado bien —respondió ella.

—¿Recuerdas cuando la madre de P. G. y Werther se quitó la vida?

Siri negó con la cabeza y volvió a sonarse.

—Yo era demasiado pequeña, casi recién nacida, cuando ella se suicidó.

—¿Sabes qué pasó?

—No —contestó, y se puso en pie.

29

Después de comer, P. G. se fue al bosque a hacer un recado y Monika a Sundsvall, a ver a su peluquero.

Julia y Sid se quedaron solos en la enorme mansión. Ni siquiera Amelie estaba en casa, porque se había ido a recoger la alfombra en la tintorería.

—La ocasión hace al ladrón —dijo Sid.

Bajó al recibidor, cruzó la sala de caballeros, se acercó al piano de cola en el gran salón y se sentó en el taburete. Julia le siguió los pasos. Él entornó los ojos, sacó unas pinzas y tomó un largo pelo rubio que estaba enganchado al terciopelo del asiento y lo metió en un tubo de muestras biológicas.

Se encaminaron por el pasillo, pasaron por delante del despacho y llegaron a la suite privada de P. G. y Monika, en la silenciosa parte de la mansión que miraba directamente al bosque. Las grandes puertas correderas se cerraron pesadamente por sí solas a espaldas de Sid. Julia se quedó haciendo guardia.

Las oscuras *boiseries* de las paredes brillaban bajo el resplandor de los apliques. Le llamó la atención una puerta estrecha con cerrojo, así que se acercó y la abrió. Era un cuartucho con un batiburrillo de botas, paraguas, chalecos salvavidas, capelinas y cajas de cartón con juguetes viejos. Pero también había un sombrerito de *cowboy* con una estrella en la parte frontal, un tiranosaurio de plástico verde con la cola mordisqueada, un muñeco de Big Jim y un cubo lleno de pequeños pitufos. Juguetes de una infancia de hacía cincuenta años.

Julia cerró la puerta, volvió adonde estaba y se quedó un momento pensando en la curiosa ausencia de niños y jóvenes en *Mannheim*.

Monika había dicho que, entre los Mott, nadie de esta generación había tenido hijos.

La casa estaba casi en completo silencio.

Sólo se oía crujir el parquet por algún leve cambio de temperatura.

Sonaba como si alguien estuviera dejando caer cáscaras de nuez en el suelo.

Julia volvió a pensar en que la madre de P. G. se suicidó y que la madre de Siri parecía haber desarrollado algún tipo de depresión psicótica reactiva.

Lo curioso era que las dos madres tenían problemas psíquicos severos.

«¿Y si las causas subyacentes estaban conectadas?», añadió a sus reflexiones.

Los dos matrimonios parecían una auténtica catástrofe.

Interrumpió sus cavilaciones porque de pronto se vio a sí misma desde fuera: ella sola se había cargado su matrimonio y ahora había contratado a su ex marido sólo para que siguiera formando parte de su vida de algún modo.

Oyó un coche acercarse a la mansión y detenerse en el patio. Se dio la vuelta y separó medio palmo las puertas correderas.

—¿Sid? —susurró—. ¡Tienes que venir!

Escuchó en el interior de la suite, pero todo estaba en silencio. Cuando la puerta del coche se cerró, su corazón comenzó a acelerarse.

—¡Sid!

Dejó que las puertas se cerraran poco a poco y, cuando el final lo hicieron, sonó un ruido apagado, como una tormenta en la distancia.

Mientras regresaba por el pasillo, oyó abrirse el portón de entrada y se detuvo para aguzar el oído.

Unos pasos se alejaron en dirección a la cocina; luego se oyó un ruido de cacerolas.

Ella echó a andar de nuevo, salió al recibidor y se encontró con la mirada de Amelie. Estaba en el recibidor con la tapa de una olla en la

mano.

—Aquí estás —le dijo aparentando estar gratamente sorprendida—. Te he buscado por toda la casa.

—He tenido que ir a la lavandería.

—Ah, sí, es verdad, me había olvidado. Es que a Sid le ha dado jaqueca y necesitaría alguna pastilla antes de que…

Guardó silencio al oír a Sidney acercarse por el mismo pasillo. Él, por su parte, frenó en seco al verlas.

—Justo le estaba comentando lo de tu jaqueca a Amelie; ¿has encontrado algún medicamento?

—No. No quería hurgar… —afirmó mientras se apretaba el ojo izquierdo.

—¿Qué pastilla quiere? —le preguntó Amelie con un matiz vigilante en el tono.

—La que sea —respondió él.

—P. G. suele tomarse un Naproxen al día siguiente.

—Perfecto —repuso Sid entre suspiros.

Siguieron a Amelie por el recibidor, regresaron por el pasillo y se metieron en el despacho de P. G. Las sombras del bosque sumían toda la estancia en una penumbra soporífera. Había un proyector gris claro en un trípode con una caja de rollos de película al lado.

Amelie rodeó el escritorio, abrió el primer cajón, sacó un blíster, leyó el reverso, eligió otro y se lo dio a Sid.

—Le traeré agua.

Él le dio las gracias y apretó la tira para sacar una pastilla. Amelie cogió la gran jarra de agua de la bandeja que había en la mesa, llenó un vaso y se lo dio.

—¿Van a proyectar algo? —preguntó Julia mientras Sid se tragaba el medicamento.

—P. G. tiene intención de digitalizar algunas de las películas de la familia —respondió ella.

—«Gustavo VI Adolfo» —leyó Julia en el rollo que estaba colocado en el proyector.

—El rey vino en 1956, cuando el Grupo Mannheim celebró su

centenario.

—Uau.

—Sylvester recibió la medalla de oro de su majestad el rey por sus extraordinarios servicios patrióticos —les explicó Amelie.

—Ésa a ti no te la han dado, Sid —bromeó Julia.

Él no dijo nada, estaba quieto apretándose el ojo con los dedos.

—Creo que P. G. tenía pensado enseñarles esa película, pero… han pasado bastantes cosas, así que al final no lo ha hecho.

—¿No podríamos echarle un ojo? —preguntó Julia.

—No lo sé…

—Sería divertido, ¿no, Sid?

—Muy divertido —respondió él con una gran sonrisa.

Amelie corrió las cortinas como si ya tuviese previsto hacer la proyección y Julia encendió el aparato y esperó a que la bombilla alcanzara su máxima intensidad. Después, puso en marcha el mecanismo y, cuando se hicieron visibles las primeras imágenes, ajustó el foco.

Comenzó una panorámica en blanco y negro sobre personas que llegaban a *Mannheim* vestidas de gala.

Julia, Sid y Amelie estaban de pie en la penumbra, mirando fijamente la luz del pasado que había quedado atrapada en una cinta.

La película avanzaba con un leve traqueteo.

De pronto, una serie de personas que muy probablemente habrían muerto ya volvían a ocupar los salones de *Mannheim*. Todo el mundo se movía con una suerte de impaciencia espasmódica.

El ventilador del proyector siseaba liberando un leve aroma de metal caliente.

—Sylvester —dijo Amelie en voz baja.

Un hombre en frac que se parecía a P. G., pero con mirada gélida y boca más carnosa, estaba de pie al lado de un pequeño podio, conversando con un hombre mayor con bigote y barriga prominente.

—Y Linnea.

Una joven sonriente se volvía hacia Sylvester.

—Qué guapa —susurró Julia.

Linnea llevaba el pelo recogido con una diadema de plata y perlas de botón, un vestido largo de seda con cintura estrecha, collar de perlas y un anillo plateado de diamante en la mano que descansaba sobre el brazo de Sylvester.

De pronto, la toma cambió. La cámara estaba colocada en otro sitio y los invitados se habían alineado a lo largo de las paredes del salón. Habían llegado el rey y su comitiva. Avanzaron por el pasillo que formaban los invitados. Sylvester los esperaba sobre el escenario instalado al fondo del salón.

Gustavo VI Adolfo iba vestido de almirante y llevaba dos estrellas prendidas en el pecho, pantalones con raya lateral dorada, camisa blanca y pajarita negra.

Por entonces debía de tener más de setenta años. Llevaba el pelo cano pulcramente peinado y gafas de montura negra. Su gesto era a un tiempo asombrado y ausente.

Los miembros de la comitiva formaron un semicírculo mientras el mariscal del reino abría una caja de madera brillante y se la entregaba al rey, quien subió solemnemente los escalones del escenario y se acercó a Sylvester.

Le entregó la caja con la medalla y le dio la mano de un modo casi efusivo. Intercambiaron algunas palabras y después se volvieron hacia los invitados.

La orquesta de viento debió de tocar una fanfarria mientras los presentes aplaudían. Luego, la película se cortó de repente, la imagen quedó en blanco y la punta del rollo comenzó a dar latigazos.

30

La abogada de Werther estaba citada para reunirse con la familia a las cuatro de la tarde para la lectura del testamento. Julia y Sid habían pedido estar presentes y ahora estaban sentados en sendas sillas junto a la pared sin ventanas mientras los otros se acomodaban alrededor de la gran mesa de comedor.

André fue directo hacia ellos y miró a Julia a los ojos.

—Que sepas que pienso poner una denuncia —le dijo.

—¿Por qué?

—Has destrozado mi coche.

—¿Yo? —preguntó ella fingiendo sorpresa—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Björn entró en el salón empujando la silla de ruedas con movimientos impacientes. Las ruedas iban dejando marcas de polvo en el parquet. Siri se levantó y apartó una silla para que su hermano cupiera a la mesa.

André caminó hacia la gran mesa y se sentó junto a su hermano.

P. G. se acercó a Sid con cara de preocupación.

—¿Qué tal tu cabeza? —preguntó.

—Mucho mejor —repuso Sid sonriendo.

—Me alegro —dijo él, y se sentó en su sitio con gesto pensativo.

Monika repartió libretas y bolígrafos mientras Amelie entraba en el comedor llevando una gran bandeja que dejó en la mesa. Monika le dio las gracias y se volvió hacia los demás.

—Adelante, servíos —dijo en voz baja.

Björn se inclinó hacia delante y cogió varios canapés rellenos de huevas de pescado, salmón ahumado y queso.

Se oyeron unos pasos firmes que llamaron la atención de todos. Era la abogada, una mujer alta de unos treinta años. Llevaba traje pantalón azul marino y blusa de seda de color cobre. El pelo negro y brillante le llegaba a los hombros, tenía los ojos de color ámbar y gesto serio.

—Bienvenida —dijo P. G. ofreciéndole una silla.

—Gracias —respondió ella, y tomó asiento.

—Va, arránquenos la tirita —murmuró Björn.

La abogada alzó su maletín, lo puso encima de la mesa y se acomodó en la silla. Luego le agradeció a Amelie que le sirviera un té y empezó:

—Como todos saben, en esta familia existe la tradición de no dividir la propiedad.

—¡Eso ya lo sabemos! —la interrumpió Björn impaciente—. Lo que importa es qué cojones pone en el testamento de Werther.

—Por desgracia, el señor Werther Mott no estaba casado ni tenía herederos de línea directa —continuó la abogada.

—¡Eso también lo sabemos ya! Pero ¿qué coño es esto? —soltó Björn, y miró a su alrededor en busca de apoyo.

—Per Günter es su familiar más próximo. De no haber testamento, él lo heredaría todo —dijo ella con calma antes de sacar un sobre de su maletín y abrirlo.

—¡Pero está claro que lo hay! —gritó André, y se pasó una mano por el pelo.

—Sí —respondió la mujer, y puso un documento sellado encima de la mesa—. El señor Mott redactó y firmó este testamento hace siete años, como certificó en su momento un notario que también dio fe de que ese documento quedaría a buen recaudo en nuestros archivos. El texto no tiene nada de peculiar, más allá de que el señor Mott incluyó un epígrafe que, según su deseo, debía leerse en voz alta antes de dar a conocer el contenido del documento.

—Pues vale —concedió André.

La abogada se aclaró brevemente la garganta y leyó:

—Dice así: «Una vez leí una carta que me robó el alma.»

Se produjo un silencio.

—¿Qué carajo significa eso? —preguntó al fin Björn.

—¿El alma? —preguntó P. G.

—¿Podemos proceder a la lectura del testamento como tal? —preguntó Monika.

—Sí —respondió la abogada—. «Yo, Werther Mott», etcétera, etcétera, «lego la totalidad de mis acciones de la empresa denominada Grupo Mannheim, mis bienes muebles e inmuebles y mis cuentas de banco a una sola persona, la señorita Siri Mott».

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! —rugió P. G.

—Eso es lo que... —empezó a decir la abogada.

Monika dejó caer la taza de té que tenía en la mano y acabó estrellándose contra el suelo con un estruendo. Las esquirlas de porcelana salieron disparadas por todo el suelo.

—Me he limitado a leer lo que pone en el testamento —insistió la abogada.

P. G. dio un manotazo en la mesa haciendo que Siri diera un respingo del susto. Björn se reclinó en la silla de ruedas y se tapó la cara con las manos.

—No me lo puedo creer —dijo Monika alterada—. ¿Por qué iba Werther a...?

—Extorsión —la interrumpió P. G.

—Parad... por favor —suplicó Siri con lágrimas en los ojos.

—¿Qué coño has hecho, Siri? —le preguntó P. G. con voz temblorosa—. Nos debes una explicación, y lo sabes.

—Yo tampoco entiendo nada —susurró ella negando con la cabeza.

—Estoy segura de que lo ha engañado —aseguró Monika.

—No. Lo juro —afirmó Siri entre lágrimas—. Yo no tenía idea de nada de esto. Estoy tan desconcertada como vosotros.

—Si os pudierais tranquilizar un momento —dijo la abogada—, repasaré lo que...

—Esto no son más que sandeces —la cortó Monika alzando la voz—. Impugnamos el testamento. Esto va en contra de la voluntad de Mannheim, Leopold y Sylvester.

Siri se tapaba la boca en un gesto de desconcierto.

—Werther siempre ha sentido lástima por Siri, ¡pero tanta pena no da, joder! —dijo P. G.—. Si ella se queda con el treinta y cinco por ciento que le pertenecía a él y le suma el diez por ciento que ya poseía, se convierte en la principal accionista de la empresa.

—¡Hay que joderse! —exclamó André.

—Vaya broma —comentó Björn con una sonrisita.

—Esperen un momento —dijo la abogada en voz alta—. No se trata del treinta y cinco por ciento de las acciones de la empresa, sino del veinticinco por ciento.

—¿De qué demonios habla? —dijo P. G.

La abogada se puso en pie, apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Serían tan amables de atender? —pidió.

El bullicio se redujo y cinco rostros pálidos se volvieron hacia ella. La boca de Monika se había convertido en una rígida línea vertical.

—En el momento de su fallecimiento, el señor Mott sólo conservaba el veinticinco por ciento de la empresa debido a que recientemente le había transferido un diez por ciento al señor Björn Mott —explicó.

—Pero ¿esto qué es, un golpe de Estado? —preguntó P. G. mirando alternativamente a los dos hermanos.

—Se puso en contacto conmigo porque quería compensar a Björn por las lesiones de la espalda —respondió André con una sonrisa tensa.

—No suena propio de mi hermano —replicó P. G.

—Ese traspaso no puede ser legal —intervino Monika—. Werther debía de estar psíquicamente muy inestable si...

—¿De qué coño hablas? —dijo André casi gritando—. ¡Tú no sabes nada! ¡Ni siquiera tendrías que estar en esta sala! A lo mejor deberíamos echar a quienes no son de la familia antes de...

—Cierra la boca, André —lo interrumpió P. G.

31

Después de la accidentada reunión, los Mott se fueron cada uno por su lado y Julia y Sid decidieron cenar juntos en la habitación de él. Amelie les preparó una bandeja con lucioperca frita, patatas a la francesa y salsa de remolacha. Se sentaron a comer a una mesa junto a la gran ventana que daba a la capilla y al viejo molino. Fuera se veía el firmamento estrellado y el reflejo de la luna en el lago. El denso bosque a oscuras parecía un ser ancestral y desconocido.

Julia era consciente de que todavía no le había mencionado a Sid su idea de reclutarlo, pero prefería no fastidiar el momento. Temía que fuera a sentirse incómodo y respondiera que no, si ella se dejaba llevar por las prisas. El plan era resolver el caso, a ser posible de una manera espectacular, antes de compartir con él lo que había pensado y plantearle que se pidiera medio año de excedencia para probar a ver cómo se sentía.

—Menudo drama —comentó Sid, y sirvió más vino en las copas.

—Todos parecían genuinamente sorprendidos con el testamento de Werther —dijo Julia, y se llevó a la boca un crujiente trozo de lucioperca.

—¿Quién lo estaba más? —preguntó Sid mirándola con interés.

—Yo diría que Siri —respondió Julia, y se quitó los zapatos de tacón por debajo de la mesa.

Sid entornó los ojos como hacía siempre que se quedaba pensando.

—A mí me ha parecido que Monika y P. G. estaban más sorprendidos —afirmó.

—P. G. ha perdido completamente el oremus.

—¿Y has notado la reacción de los demás?

—Sí: André, por ejemplo, se ha enfadado con Monika —contestó Julia—. Pero antes de eso, mientras escuchaba a la abogada, ha dicho algo así como: «Hay que joderse...» y luego ha soltado un bufido como si supiera lo que iba a pasar, pero a la vez no contara con que ocurriría.

—¿Y Björn?

—Él sólo se ha tapado la cara con las manos —respondió ella mientras mojaba unas patatas fritas en la salsa *remoulade*.

—¿Ah, sí?

—Sí —repuso Julia.

Sid tomó un poco de vino e hizo un repaso mental de todas y cada una de las caras que había visto mientras la abogada leía el testamento. A Siri se le habían puesto los ojos como platos de puro asombro; P. G. se había puesto pálido y luego, cuando había montado en cólera, el labio inferior se le había llenado de saliva; Monika había apretado tanto las mandíbulas que la tensión se le notaba hasta en las sienes.

—Ya sabíamos que Björn había recibido el diez por ciento antes de la muerte de Werther —dijo Sid—, pero la auténtica bomba ha sido que Siri herede el veinticinco por ciento restante y...

—No puedo evitar sonreír al pensar que ahora ella tiene las riendas de la empresa —lo interrumpió Julia.

Sid tomó más vino, dejó la copa en la mesa y se limpió los labios con el pulgar.

—El testamento se redactó hace siete años. Creo que podemos dar por sentado que Werther estaba en sus cabales y que ésa era su voluntad —razonó en voz alta—. No tenía esposa ni hijos y la única persona por la que parecía haberse preocupado en su vida era Siri. Es lógico que ella sea su heredera.

—Pues sí.

—¿Qué piensas del famoso epígrafe?

—«Una vez leí una carta que me robó el alma» —citó Julia.

—¿Qué significa?

—Buena pregunta —repuso ella, más bien hablando para sí.

Alzó la copa para beber, pero se detuvo a medio camino. Una idea le había venido a la cabeza. Se quedó quieta y callada, mirando al vacío durante un momento que se alargó.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Sid finalmente.

—Estoy resolviendo el rompecabezas —respondió ella en tono neutro.

—¿Empieza a ser hora de reunirlos a todos en la biblioteca?

—Mañana, como muy tarde, pero antes tengo una cosa más que hacer.

Sid la miró sonriendo.

—¿Con quién tiene que ver?

Julia se percató de que seguía sosteniendo en alto la copa de vino. La lámpara de techo se reflejaba en la trémula superficie roja.

—Estaba pensando que, a lo largo de los años, Björn ha soportado las injusticias de Werther, su desprecio… incluso la agresión que lo ha dejado inválido. Pero que André, y no él, consiguiera que lo compensara de algún modo puede haber sido la gota que colmó el vaso.

—De nuevo Björn…

—Por muchas vueltas que le dé al asunto, siempre vuelvo a él.

—Aunque su silla de ruedas simplemente no cabe en el pasillo de servicio donde estaba el teléfono de P. G…

—La fotografía es el comodín de la partida: la circunstancia que pone en marcha nuestra investigación. Existen otras explicaciones posibles, pero ahora mismo la más probable es una variante de la propia teoría de P. G. Tal y como él mismo nos ha dicho, esa noche iba borracho y medicado, y dos testigos lo vieron fuera de la casa poco antes de las doce. A lo mejor estaba dando tumbos por la finca, echando un vistazo empujado por algún sentido inconsciente del deber. El caso es que caminaba en la penumbra y notó que la luz de la destilería estaba encendida. Fue tambaleándose hasta allí… vio la escena del crimen y sacó una foto. A lo mejor su intención era llamar a la policía y enseñársela, pero iba tan borracho que, mientras regresaba, se olvidó… y al día siguiente tenía una laguna.

—Pero por la mañana el teléfono estaba en el armario de servicio —

replicó Sid.

—Eso no lo sabemos con certeza. A lo mejor sólo es algo que P. G. nos dijo para protegerse. Él no sabía que, en el momento en que tomó la foto, ya habían pasado más de ocho horas desde que Werther había muerto.

—Entonces, ¿qué piensas? ¿Crees que la clave es que Björn se sintió humillado por el acuerdo? —quiso saber Sid mientras se llevaba a la boca otra patata frita.

—No ha disimulado en ningún momento su odio por Werther. Aunque quizá, si fuese el culpable, intentaría disimularlo.

—Como mínimo, si le temiera al castigo —dijo Sid.

—No tiene miedo y, pese a ser tan borde, parece tener un gran sentido de la justicia. Opina que nadie debería poder librarse de sus culpas gracias al dinero. Werther le había hecho mucho daño, pero André negoció y Werther pagó… no por arrepentimiento, ni porque fuera justo o razonable, sino porque quería evitar el escándalo. Sin embargo, es muy posible que Björn hubiera preferido el escándalo: a él las acciones de la empresa no le importan, él quería sacarlo todo a la luz: todos esos años de abusos.

—Pero André lo convenció de que aceptara un acuerdo —dijo Sid—. Lo cual se puede entender, porque se trata de mucho dinero.

—Sí, pero ¿y si Björn se arrepintió y decidió reunirse con Werther a solas, ya fuera para ponerle las cosas claras o directamente para castigarlo?

—Él era el único que sabía que Werther iba a acudir a la junta de accionistas —dijo Sid asintiendo con la cabeza.

—No sabemos exactamente qué estaba planeando, pero Werther, quien casi con toda seguridad consideraba que ya había sido lo bastante generoso… cogió un taxi desde la estación hasta la destilería, donde Björn guardaba no sólo algunos proyectos de restauración, sino sus herramientas, martillos y mazas incluidos.

—Y el informe de autopsia habla de traumatismo por arma contundente: un solo golpe, hecho con un objeto que no deja partículas, lo cual podría encajar con una maza.

—No cabe duda de que Björn tiene brazos y manos fuertes. Pudo haber esperado a Werther, acusarlo y matarlo con o sin premeditación.

—Probablemente él es a quien viste por la ventana antes de que la destilería comenzara a arder —dijo Sid—. Podría encajar, pero me cuesta mucho imaginarme a un hombre en silla de ruedas arrojando un cadáver al lago Kvarnsjön, por muy fuerte que sean sus brazos y sus manos.

—Pues yo tengo una teoría sobre eso.

—A ver —pidió él.

—Te la diré muy pronto —respondió ella sonriendo.

—Sabes que no siempre tienes razón, ¿verdad, Julia?

32

La copa de media tarde estaba prevista en un cuarto de hora, así que Julia salió de la habitación de Sid y fue a la suya a cambiarse. La alfombra hecha a mano amortiguaba los golpes de su bastón en el suelo. Se detuvo delante de su puerta, la abrió con la llave y sintió un escalofrío al adentrarse en la oscuridad. Mientras palpaba la pared en busca del interruptor, se sintió abrumada por el frío y el compacto silencio en el que se sumían los cadáveres.

Se oyó un chasquido y la estancia se llenó de luz, que formó soles deshilachados en las ventanas oscuras.

El bolso yacía en el suelo, delante de sus pies.

No se había percatado de que se le había caído.

Apoyada en el bastón, se agachó y volvió a meter el pintalabios, las llaves, los tampones y el tarjetero.

Apoyó el bastón contra la cama y continuó hasta el cuarto de baño con la intención de maquillarse en cuanto dejaran de temblarle las manos.

«Björn era el único que sabía que Werther tenía planeado asistir a la junta de accionistas», pensó, y abrió el neceser. Pero aunque los demás hubiesen estado al corriente de que tenía intención de acudir, a nadie le habría sorprendido que, pese a ello, al final no se hubiese presentado. Werther era un ermitaño, y nadie lo habría echado de menos hasta la junta siguiente. Quizá Siri, el día de su cumpleaños, pero no lo suficiente como para preocuparse.

«Björn no sabía que habían fotografiado el cuerpo antes de arrojarlo

al agua.»

Se inclinó hacia el espejo y ocultó lo mejor que pudo la larga cicatriz con ayuda de un corrector. Luego se empolvó la cara y se puso un poco de colorete en las mejillas. Se maquilló los ojos y finalmente se puso pintalabios. Sólo entonces vio el rostro de su madre en el suyo.

—¿Crees que el asesino contaba con que habría una investigación? —le preguntó al espejo.

Si el cuerpo de Werther no hubiese salido a la superficie, si no hubiese habido una foto en el móvil de P. G., no habría habido ningún caso. Como mucho, pasados unos cuantos años, una denuncia por la desaparición de Werther Mott.

Julia se puso unas gotas de perfume en las muñecas y el cuello, se recogió el pelo. Fue al armario y sacó el vestido largo de seda verde con espalda descubierta.

Después de cambiarse, Julia y Sid bajaron las escaleras y, tras cruzar el comedor y el salón con el piano de cola, continuaron hasta la sala de caballeros. Un disco de jazz de los años treinta sonaba en el viejo gramófono.

Monika y P. G. bailaban despacio, meciéndose. Él llevaba un esmoquin arrugado y un pañuelo Ascot de seda de color burdeos; ella, un vestido de cóctel gris azulado, guantes largos y collar doble de perlas.

André estaba detrás de la barra agitando una coctelera. Llevaba un traje de raya diplomática, barba de un día y el pelo peinado hacia atrás. Siri estaba sentada en una de las sillas altas. Se había puesto un vestido de lentejuelas con flecos largos y una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello. Björn llevaba pajarita y una camisa blanca que casi se le abría en la zona de la barriga.

Cuando la pieza terminó, P. G. soltó a Monika, caminó tambaleándose hasta el gramófono y le dio la vuelta al disco. Se oyó una especie de crujido por los altavoces cuando colocó la aguja.

Al crepitar analógico le siguió una solitaria corneta con sordina y

unas escobillas deslizándose sobre la caja de una batería.

Monika vio a Sid y a Julia, les dio la bienvenida con una sonrisa de borracha y les pidió que se acomodaran en la barra mientras ella les preparaba unas copas.

—La nueva conformación de propietarios hace que ya no tengamos ninguna posibilidad de impedir la venta —dijo mientras arrojaba unos cubitos de hielo en la coctelera—. Perderemos *Mannheim*: nos veremos obligados a abandonar nuestro hogar…

—Ya nos las arreglaremos —dijo P. G. con suavidad.

Se inclinó sobre la barra, cogió una cucharada de cacahuetes del bol de plata y empezó a comérselos de uno en uno.

—Un mundo está a punto de sucumbir y estamos celebrando sus últimos momentos —continuó Monika, y desenroscó el tapón de una botella de ginebra.

—Por extraño que parezca, no me brotan las lágrimas —comentó André.

—Yo me siento muy triste por todo lo que está pasando —dijo Siri en voz baja.

—Te lo puedes permitir —farfulló Monika.

—*Fuck you* —repuso Siri.

—Bien dicho —respondió Monika, y le tendió la copa a Julia.

—Siri, ¿por qué crees que Werther nunca te dijo que tú serías su única heredera? —preguntó Julia, y dejó su copa en la barra.

Siri la miró con sus ojos oscuros y brillantes.

—No lo sé. Sinceramente, no entiendo nada.

—P. G., ¿tú qué crees? —quiso saber Julia.

—Que debería darme prisa en beber antes de que nos quiten el alcohol —contestó él, y se llenó la copa de whisky.

—Un día más de arduo trabajo para nuestros intrépidos detectives —ironizó André mirando a Julia con una sonrisa—. Cenas, fiestas… una copa en la sala de caballeros.

—Estamos muy agradecidos por la generosidad de todos vosotros —señaló ella en tono neutro.

—Pero cobráis, igualmente.

—No seas descarado —le dijo Monika, y su boca adoptó una expresión severa.

—Éste es mi trabajo: escuchar y descifrar —respondió Julia.

—¿Y va bien la cosa? —preguntó André.

—Sí.

—¿Es ahora cuando nos reúnes a todos y señalas al asesino?

—Puede ser —indicó ella.

André se sirvió otra copa ignorando los gestos de Björn, que también quería más de bebida. Siri se comió la oliva de su martini y dejó caer el palillo dentro de la copa.

—Björn, a ti Werther te dio un diez por ciento de las acciones… a modo de indemnización, ¿es así? —dijo Sid.

—Sí —respondió él, y se estiró todo lo que pudo hasta alcanzar la jarra de whisky que estaba en la barra.

—Me imagino que resulta reconfortante haber resuelto vuestras diferencias.

—¿De qué coño hablas? —preguntó Björn, y se llenó la copa.

André le quitó la jarra de las manos sin decir palabra.

P. G. se rascó un ojo y se corrió el khol. Luego comenzó a agitar una coctelera de latón abollada.

—Es una compensación muy grande por…

—Werther no compró mi silencio, si eso es lo que piensas. Nunca dejaré de afirmar que era un hijo de la gran puta —dijo Björn, y vació la copa.

—Por eso celebramos nuestras cenas familiares: para gritarnos y acusarnos unos a otros —le explicó Monika a Sid.

—Vista desde fuera, la familia Mott sigue siendo igual de perfecta que siempre —continuó Björn sin dejar de mirar a Sid—. Porque, si no puedes mantener las apariencias, te pegas un tiro en la frente, te ahorcas, te ahogas o metes la cabeza en el horno de gas…

P. G. intentó servirle más bebida a Siri, pero ella tapó su copa. Él le dio la espalda, bebió directamente de la coctelera y se secó la boca con el reverso de la mano.

—Cariño, frena un poco —susurró Monika poniéndole una mano en

la espalda.

A André se lo vio un poco rígido mientras servía un ron añejo en una copa de grappa. Björn se había derramado whisky en la pechera de la camisa. Siri se levantó de repente y abandonó la sala cabizbaja.

—Que la verdad salga a la luz —balbuceó P. G.

—Eso —respondió Julia.

—Joder, estoy a punto de confesar el asesinato de Werther sólo para deshacerme de vosotros dos —aseguró André sonriendo y alzando una copa en dirección a Julia.

Monika apoyó los codos en la barra y cerró los ojos un momento. P. G. se terminó lo que quedaba en la coctelera y se agachó para sacar más hielo de la pequeña nevera bajo la barra. Al enderezar la espalda, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Los cubitos de hielo se dispersaron por el parquet de roble.

Sid se apresuró a ayudar a Monika a poner a P. G. en pie.

—¿Te aguantas? Le preguntó mientras lo sujetaba por los hombros.

—Está perfectamente —aseguró Monika.

Sid lo soltó con cuidado.

—¿Qué carajo ha pasado? —preguntó P. G., y soltó un bufido.

—Sube a acostarte —le sugirió Monika en voz baja.

—Estoy bien.

—Haz lo que te digo.

P. G. se pasó una mano por el pelo, cogió la copa de Monika de la barra, la vació de un trago y se volvió hacia Sid y Julia.

—Mi querida esposa teme que vaya a hacer el ridículo. Estoy bien, pero como soy un buen chico subiré a acostarme.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Monika.

—No me jodas. Mejor atiende a los invitados.

P. G. tenía las faldas de la camisa por fuera de los pantalones, pero el pañuelo Ascot seguía elegantemente en su lugar cuando rodeó la barra tambaleándose.

—¿Ya se marcha? —murmuró Björn, y lo siguió con ojos entornados.

P. G. se detuvo en el umbral y se apoyó en el marco. Parecía que tuviera intención de darse la vuelta, pero volvió a echar a andar.

Monika rellenó la copa de whisky de Sid y brindó con él. André se mojó los labios con su ron y trató de captar la mirada de Julia.

—¿Qué pasa?

—¿Tenéis el arma homicida, las huellas dactilares, el ADN? Nada de eso, ¿verdad?

Una música de piano llegó del gran salón. Siri se había sentado a tocar.

—Me siento un poco como en otra época —dijo Monika sonriendo.

André cogió su copa y se marchó en dirección a la música. Monika dijo algo inaudible y se llevó a Sid hacia el salón. Julia quitó el tapón de cristal de la jarra de whisky, se echó un par de centilitros en una copa y dejó la jarra en una balda. Björn estaba sentado en su silla de ruedas con los ojos cerrados; era imposible decir si dormía o estaba escuchando la música.

Siri empezó a tocar la marcha fúnebre de Chopin.

Julia probó el whisky, se alejó de la música sin hacer ruido y se adentró en la penumbra de la Habitación Roja. La alfombra persa de color rojo, con su patrón caleidoscópico, casi tridimensional, ya volvía a estar en su sitio. De las estanterías brotaba un aroma casi tangible a madera y a libros viejos. Ella se detuvo y echó la vista atrás para ver la sala de caballeros, donde Björn seguía encogido en su silla, pero de pronto abrió los ojos y giró la silla de ruedas hacia el salón.

Julia dio un paso al lado para que él no pudiera verla.

Björn volvió a girar la silla, empujó las dos ruedas motrices hacia delante, rodó hasta la barra y dejó su copa en el borde.

Echó un vistazo rápido a su alrededor, soltó un jadeo de dolor, pero logró levantarse. Luego dio un paso inestable, bajó la jarra de whisky de la balda y volvió a dejarse caer pesadamente en la silla de ruedas.

Julia salió de su escondite y regresó a la sala de caballeros. Björn se la quedó mirando un segundo, llenó su copa, se reclinó contra el respaldo y bebió.

—Un clásico, ¿no? —dijo.

—¿Quieres contarme algo? —preguntó ella deteniéndose delante de él.

—André pensó que debería exagerar un poco mis heridas —respondió él impasible.

—Creo que tú mataste a Werther.

—¿Eso crees?

—Creo que eres un jodido extorsionador y un asesino despiadado.

Julia alzó su copa a modo de brindis, dio un trago y la dejó en la barra.

—¿Y puedes demostrarlo? —preguntó él con voz ronca.

—Voy a llamar a la policía.

—Será mejor que me prepare —dijo él; se rellenó la copa y siguió bebiendo.

—Estoy dispuesta a ser discreta si colaboras —ofreció ella.

—¿Es ahora cuando niego el crimen… o debería llamar a un abogado?

—Björn, normalmente supone un alivio contar la verdad —continuó Julia.

Él lanzó un suspiro y se soltó un poco la pajarita.

—Esto es más complicado de lo que puedas imaginar.

—Te escucho con mucho gusto.

—No… llama a la policía.

—Espero que chilles y pidas ayuda a gritos mientras te arrastran por los salones —deseó ella, y sacó el móvil.

33

Mientras Julia llamaba a la policía, el piano de cola dejó de sonar en el gran salón. Björn había llenado su copa por tercera vez, la dejaba descansar sobre su barriga y seguía sentado en la silla de ruedas con los ojos cerrados. Se oyeron unos discretos aplausos y unos pasos que se acercaban por el parquet; era Sid.

—Ah, estás aquí —le dijo al llegar.

—Tenemos que hablar —repuso ella.

Oyeron a André soltar una risotada y, acto seguido, apareció en el umbral.

—¡Tenemos se-e-ed! —canturreó mientras se acercaba a la barra.

Monika asomó por detrás de él, pero paró en seco, como si sintiera un dolor repentino, y se puso una mano sobre el collar de perlas mientras cerraba los ojos. Siri estaba a su lado. Los flecos negros del vestido oscilaban alrededor de sus muslos y rodillas.

—¿Queréis un café? —preguntó en voz baja.

Monika se volvió hacia ella y le puso una mano en la mejilla como si intentara consolarla. Dio la impresión de que era un gesto de afecto auténtico.

Siri sonrió apenas, dio la vuelta y se encaminó hacia la cocina. Al instante siguiente, sonó el móvil de Monika y ella lo sacó de su bolso y miró la pantalla.

—Dios mío —soltó.

Julia cogió el bastón y se acercó.

—¿Qué ocurre?

—Nada. Se trata de P. G. Pensaba que estaba durmiendo.

—¿Qué te ha enviado?

—No es nada.

—¿Me lo puedes enseñar?

Con un suspiro, Monika le enseñó la foto que P. G. le acababa de enviar. Delante de un inodoro lleno de vómito, en el suelo mojado del cuarto de baño, estaban el pañuelo de seda de P. G., una botella medio llena de ginebra, un blíster de paracetamol con codeína, una vieja llave y un montón de papel higiénico.

—Parece que quiere que suba a echarle un vistazo —dijo ella.

—Reenvíame la foto —le pidió Julia.

Se oyó un tintineo cuando le llegó la imagen. Luego Monika se encaminó a toda prisa en dirección a la escalera. Sid dejó su copa y se acercó a Julia con una expresión de desconcierto en el rostro.

—He llamado a la policía —le dijo ella—. Ya va siendo hora de que se lleven a Björn para interrogarlo.

Sid enarcó las cejas.

—¿Has conseguido encajar la última pieza del rompecabezas?

—Parece que le duele, pero es capaz de levantarse y caminar si es realmente necesario —respondió ella.

—Así de simple —asintió Sid.

—P. G. acaba de mandarle esta foto a Monika.

Le pasó el teléfono.

—Ha estado bebiendo bastante —murmuró Sid, y amplió la imagen.

—¿Qué ves?

—Desesperación, quizá culpa… un grito de auxilio.

Regresaron a la barra. André había apartado la jarra de whisky y había bajado una pegajosa botella de Chartreuse que procedió a vaciar en la coctelera. Björn dejó su copa vacía en el borde de la barra y la empujó con las puntas de los dedos.

—¿Qué foto es? —preguntó.

—El estado actual de P. G. —respondió Julia, y sostuvo el móvil con la foto delante de su cara.

Björn se llevó el puño a la boca y soltó un eructo.

—Diría que es mi propio cuarto de baño dentro de un par de horas... salvo por la llave de hierro —dijo mientras le señalaba su vaso a André, que le sirvió licor mezclado con hielo picado.

—¿De qué llave estás hablando? —preguntó Julia.

—De la llave de hierro —repitió él.

Julia amplió al máximo la foto y observó la llave antigua que quedaba medio oculta por un blíster de pastillas. Debía de medir sobre unos veinte centímetros de largo y tenía un hilo rojo enrollado alrededor de la cabeza.

—¿Qué abre esa llave? —preguntó con el corazón palpitando.

—Pregúntaselo a André, a mí no se me permite utilizarla —repuso Björn, y dejó la copa sobre un posavasos.

—Es de la destilería —respondió André.

—Mi hermano se cuida de no prestármela porque le da miedo que yo entre allí con la silla de ruedas y empiece a volcar vitrinas y tirar los candelabros al suelo cuando voy pedo.

—Me da miedo que te hagas daño —dijo André.

—¿La destilería solía estar cerrada con llave? —preguntó Julia.

—Sí, siempre —respondió Björn.

—¿Y quién tiene llave?

—Sólo P. G. y yo —contestó André.

—¿Dónde tienes tú la tuya? —quiso saber.

—En mi casa... en un viejo armarito de llaves de Lars Norén por el que hice una puja bastante elevada en Bukowski. Lo digo sólo para que lo sepas, por si te entran ganas de destrozar alguna otra cosa.

—¿Y alguien podría haberla cogido sin que tú lo supieras? —preguntó Julia.

—Podría ser, pero mi casa también suelo cerrarla con llave.

—¿Y Björn tiene esa llave?

—No.

—¿Quién tiene?

—Nadie, excepto Amelie, que me echa una mano con la colada y la limpieza.

—¿La destilería estaba abierta el día de la junta de accionistas?

—Nunca la dejaban abierta —respondió Björn con una sonrisita contenida.

Julia se dio la vuelta, cruzó la sala hasta el ventanal, se apoyó en el bastón y miró fuera. Se había apresurado y había cometido un tremendo error.

—¿Qué ocurre, Julia? —dijo Sid.

—Que he vuelto a apresurarme estúpidamente —repuso ella sin conseguir que su voz sonara del todo tranquila.

—¿Qué quieres decir?

Julia se apartó de su lado sin decirle nada y comenzó a cruzar los salones lo más rápido que pudo.

Björn era uno de los que no tenían acceso al escenario del crimen. Otros edificios secundarios podían estar sin cerrar, pero, dado que la destilería hacía las veces de almacén de antigüedades caras, procuraban que estuviera siempre bajo llave.

Sid la detuvo en el recibidor, al pie de la gran escalera que subía al piso de arriba. Ella se volvió con lágrimas en los ojos.

—No ha sido Björn —dijo, y apretó las mandíbulas.

—No puedes actuar así.

—Lo sé.

—No lo entiendo. Tienes que... tienes que hablar conmigo, no sólo actuar de forma impulsiva. No entiendo por qué querías que te acompañara, si luego...

—Vuelve a casa —lo interrumpió ella—. Yo cogeré el tren cuando termine.

—¿Eso es lo que quieres?

—Sí —asintió ella.

—Joder, sabía que era un error acompañarte —repuso él en tono duro.

—Perdón —contestó ella, y volvió a mirarlo a los ojos.

—Tú y yo no funcionamos juntos, nunca lo hemos hecho...

—No digas eso —pidió Julia, y notó que la barbilla había empezado a temblarle.

—Joder, Julia.

—Pensaba que tenía razón… lo siento.

Se dio la vuelta, se acercó a la puerta y salió al aire frío de la escalinata de piedra para esperar al coche patrulla de la policía.

Se vería obligada a decir que todo había sido un malentendido y pedir disculpas un montón de veces.

Cuando aparecieron las luces en la alameda, se le erizó el vello de los brazos. Centelleaban a ambos lados del coche patrulla como los ramos de un barco vikingo.

Bajó hasta el primer escalón y se quedó allí de pie, apoyada en el bastón.

El coche patrulla giró en la rotonda haciendo crujir la gravilla y se detuvo delante de ella.

34

Julia tenía lágrimas en los ojos mientras el taxi se alejaba de la mansión cruzando el bosque oscuro a toda velocidad. Aún llevaba el vestido de noche verde brillante con la espalda descubierta y los hombros desnudos.

Los dos agentes de policía, una mujer alta con coleta rubia y un hombre mayor con los hombros inclinados, habían escuchado sus excusas, le habían pedido que esperara y después habían entrado en la casa para hablar con Monika y los demás.

Al salir, le habían pegado una buena bronca y ella, en vez de intentar defenderse, se había limitado a quedarse allí de pie, cabizbaja, pidiendo disculpas una y otra vez. Luego, en cuanto el coche patrulla hubo reemprendido la marcha por la alameda, había pedido el taxi.

Ahora ya no podía volver junto a los demás.

Sid debía de avergonzarse de ella.

¿Por qué siempre tenía que equivocarse?

A veces, resultaba insoportable.

Cerró los ojos.

En la radio cantaba una mujer que, con una voz melancólica, decía que lo único que deseaba era ir a la playa y colocarse.

Eran las doce y media cuando el taxi se detuvo delante del Royal Club, en el centro de Sundsvall.

Julia pagó la carrera, cogió su bastón y se bajó.

El aire fresco de la noche puso a prueba su vestido. Sintió frío.

Delante del club, un antiguo cine, fumaba una mujer alta con un

vestido extravagante que tiró la colilla en una botella de whisky que había junto a la pared.

Julia pasó por su lado, saludó al segurata y entró en el vestíbulo.

De una sala contigua le llegaba el sonido amortiguado de la música.

Delante de los lavabos había una mujer con rostro macilento. El rímel le corría por las mejillas y su bolero rosa de piel estaba tirado en el suelo. Respiraba a trompicones y parecía a punto de sufrir un ataque de ansiedad, pero una amiga trataba de tranquilizarla apretándola contra su pecho.

En la pared de enfrente había banderas trans, del orgullo, *queer* y otras que Julia no reconocía.

Las personas se apretujaban delante de un espejo enorme con marco dorado de estilo barroco. La mayoría iba vestida de fiesta, con ropa brillante y estilosa.

Se retocaban el maquillaje, se hacían cumplidos y se reían.

Ella atravesó una nube que olía a laca para el pelo, continuó hasta las puertas oscilantes, empujó una con el bastón y accedió a la pista de baile.

La música salía a todo volumen por los altavoces. Los bajos le retumbaban por todo el cuerpo.

Las luces del techo parpadeaban rítmicamente.

Delante del escenario había unas veinte personas, más o menos las mismas que en la barra, viendo bailar a un *drag king* de tez pálida, barba oscurísima y sombrero de copa.

Ella se quedó allí, de pie, doliéndose de su fracaso. Había traicionado a Sidney y ahora él estaba enfadado con ella y se arrepentía de haberla acompañado.

Sólo la consolaba que la suerte le hubiese impedido plantearle que cambiara de trabajo.

Lanzó un suspiro y procuró escapar de la ansiedad repitiéndose que le atribuía demasiado a Sid.

No era cierto que sólo pudiera soportar que él la tocara, como si se tratara de una especie de magia: Sid no era más que un hombre normal y corriente del que, casualmente, ella se había enamorado y al que

había traicionado porque estaba mal de la cabeza.

Tenía que pasar página y conocer a otra persona en la que pudiera proyectar sus patéticas necesidades.

Empezó a cruzar la pista de baile serpenteando para no rozar a nadie.

En la cabina elevada había un DJ corpulento con el pelo rapado y tatuajes en los brazos que bailaba al ritmo de la música.

Ella siguió andando y pisó un vaso de plástico que estaba tirado en el suelo.

Un poco más adelante vio a una mujer de negro que intentaba hacer contacto visual, pero, cuando trató de acercarse, ella se hizo a un lado y la mantuvo alejada con ayuda del bastón.

El *drag king* que estaba en el escenario llevaba una camiseta plateada, botas grandes y negras y la levita de un frac. Parecía estar llegando al final de su número y empezó a agitar las caderas con fuerza.

Unas jóvenes lo grababan con los móviles mientras daban alaridos. En un momento dado, sacaron unas bragas de algún sitio y se las tiraron.

A Julia se le había liado una guirnalda dorada al tacón derecho y, cuando intentó quitársela con el bastón, sus muslos asomaron por la abertura del vestido.

La música cesó, el público aplaudió y silbó, el bailarín se olió una axila con satisfacción, hizo una reverencia y le cedió el sitio a un nuevo bailarín con barriga prominente, pecho peludo y hombros tatuados.

Ella llegó por fin a la barra, pidió una cerveza India Pale Ale, le dio un trago y después se dirigió al bailarín que acababa de bajar del escenario.

—Sólo he podido ver el final de tu actuación, Frida… pero ha sido extraordinario.

—Gracias. —Ella se rió, y luego dejó el sombrero de copa en la barra.

—No coges el teléfono.

—Sí, pero muy de vez en cuando.

—Necesito preguntarte una cosa más —le explicó Julia.

—Vale, pero no tengo mucho tiempo. He de cambiarme antes de bailar otra vez.

—Tiene que ver con André.

—Pues nos conocimos aquí... me estuvo tirando los tejos sin descanso hasta que se dio cuenta, pero después nos hicimos amigos.

—Me dijiste que el domingo a las tres estaba en tu casa.

—Nos tomamos un café.

—¿Estás segura de la hora?

—Sí.

—Entonces, ¿cerró la tienda para ir a tomar un café contigo?

—Tenía que estar en *Mannheim* a las cinco y necesitaba pasar a coger una cosa de mi caja fuerte —explicó Frida, y saludó al camarero.

—¿Qué cosa?

—No lo sé. Un sobre, creo. Tiene algunas cosas en mi casa.

—¿No te dijo nada?

—Sólo que estaba tenso porque vería a sus familiares.

Otro *drag king* vestido con ropa de marinero cogió a Frida del brazo y le dijo algo al oído.

—Mi amigo quiere conocerte —dijo Frida—. Es de Timrå, se llama Querelle...

—Hola —dijo Julia alzando su cerveza.

—Eres la mujer más guapa que he visto —dijo Querelle levantándose el gorro.

—Va un poco tocado —aclaró Frida sonriendo.

—Me gustan mucho el bastón y esa cicatriz tan sexy —continuó él, y dio un paso al frente—. Me encantaría lamerla de arriba abajo y...

Querelle se quedó callado de golpe cuando Julia dio un paso atrás. Dejó caer la mano que le había tendido para saludarlo.

—Lo siento —le dijo ella.

—Lo nuestro no es contagioso, ¿eh? —soltó Frida con sarcasmo.

—Ya lo sé, pero es que estoy mal de aquí —explicó ella señalándose la cabeza.

—No pasa nada —dijo Querelle.

—No es lo que os pensáis —insistió ella—. Déjame que te invite a una copa.

—No hace falta —la cortó él.

—Espera, dame una oportunidad —dijo Julia—. ¿Qué tomas?

—Estoy bien, gracias.

—Vamos, una copa. Por favor.

—Vale, vale. Lo mismo que tú —aceptó él con una sonrisa escéptica.

—¿Frida?

—Gracias, pero no me da tiempo: tengo que cambiarme —repuso, y se marchó a toda prisa.

Julia pidió dos cervezas y se sentaron a la barra. Brindaron y bebieron directamente de la botella. A sus espaldas se oyeron aplausos y por las paredes comenzaron a deslizarse los puntitos de luz de una bola de discoteca.

—A ver… resulta que vivo con un síndrome de estrés postraumático bastante importante —explicó Julia, y cogió aire—. Que… entre otras cosas, hace que cualquier contacto físico me resulte especialmente difícil… No lo puedo explicar, pero no es nada más, te lo aseguro.

—¿Qué te sucedió? —preguntó Querelle.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué fue lo que te traumatizó?

—A los trece años perdí a mi familia en un accidente de avión —respondió ella y tragó saliva.

—Dios.

—Murieron mi madre, mi padre… y mis dos hermanas pequeñas. No puedo decir sus nombres porque entonces…

—Toma —dijo Querelle, y le pasó una servilleta de papel.

—Gracias —dijo Julia, e intentó sonreír.

Se secó las lágrimas pensando en que nunca le había contado aquello a nadie, ni siquiera a su terapeuta ni a Sid. Desde luego, habían acabado enterándose, pero ella nunca se lo había explicado abiertamente. Le parecía extrañísimo haberse decidido a contárselo a un desconocido en un bar.

—Murieron trescientas setenta y dos personas —continuó—. Yo fui la única superviviente, no sé por qué. Llevo muchos años buscando respuestas, que lo sepas, pero no consigo entenderlo. Creo que no es posible, que toca vivir con la culpa… y reviviendo la sensación de estar

tirada entre restos de cuerpos que poco a poco van perdiendo el calor y…

Se quedó callada y miró un momento a los bellos ojos de Querelle antes de volverse hacia el escenario. Un nuevo *drag king* vestido con ropa negra de cuero y remaches estaba tocando un ukelele adornado con calaveras de colores.

—Yo tampoco creo que haya respuestas —le dijo Querelle.

—No —susurró Julia, y volvió a mirarlo.

—Yo no soy religioso —continuó él—, pero cuando una situación se me hace difícil suelo pensar que, antes de ser elegidos para nacer, todos recibimos la visita de un dios o de un ángel que nos dice: «Tengo una propuesta, por si te interesa: yo te doy la chispa de la vida y tú existes en la tierra por un rato durante el cual experimentarás un montón de tristeza, un montón de dolor, angustia y soledad… y al final te morirás, hagas lo que hagas.»

—…

—Pero lo curioso es que todos respondemos: «Por mí, perfecto: acepto las condiciones», porque la vida es grande y fantástica.

Julia asintió en silencio y pensó que le gustaría que Querelle la abrazara, pero no se vio capaz de pedírselo.

El bailarín que estaba en el escenario se arrancó los pantalones de piel de un tirón y fingió no darse cuenta de que su gran pene de goma le colgaba por fuera de los calzoncillos.

35

La capilla en la que se iba a celebrar el funeral de Werther parecía una gotita roja en la linde del bosque, apenas unos metros río abajo del viejo molino.

P. G. había conseguido lo que quería: el patólogo les había entregado el cadáver de Werther esa misma mañana después de hacerle la autopsia.

La noche anterior en el bar, Julia se había acabado su cerveza, le había agradecido a Querelle que la hubiera escuchado con tanta atención y había cogido un taxi de vuelta a *Mannheim* con una extraña sensación de tranquilidad que, sin embargo, se había esfumado cuando despertó al día siguiente. Volvía a sentirse avergonzada por su terrible acusación contra Björn y por el encuentro con los agentes de policía, aunque no por la conversación con Querelle.

Tras saltarse el desayuno, se había quedado toda la mañana en su habitación sin responder llamadas ni leer mensajes. Tampoco le había abierto la puerta a Sid cuando éste había llamado, pero ahora él la había alcanzado en el sendero y caminaba a su lado en silencio mientras las mariposas aleteaban ingrávidas sobre las ortigas y los guisantes silvestres en flor.

—Pensaba que te ibas a casa —le dijo ella al cabo de un rato.

—Sí, pero he cambiado de idea cuando me he dado cuenta de que tu intención era escabullirte sin pagarme —repuso él en broma.

—Mierda... pensaba que ibas a caer —señaló Julia sonriendo.

Una cálida sensación de alivio empezaba a aflorar poco a poco en su

interior.

Cogió una brizna de hierba alta con la mano y le arrancó la espiga sin dejar de caminar.

—Ayer desapareciste —dijo Sid.

—Necesitaba alejarme un rato —respondió ella, y dejó que las semillas se esparcieran con la brisa.

—Vale —susurró él.

—No sé, estaba triste y avergonzada... por todo. Estoy harta de mí misma: odio apresurarme así, pero es que no puedo evitarlo; es como si hirviera por dentro.

—No pasa nada —aseguró él.

—Sí que pasa: te abochorné. Lo siento.

—Pronto encontrarás la llave.

—¿Tú crees?

En el sendero había un tablón que servía de puente para superar un pequeño vado lleno de lodo. La madera se pandeó y crujió cuando ellos dos pasaron por encima

—Me faltó decir una cosa sobre el vídeo del rey —dijo Sid—. ¿Te acuerdas de que, al principio, se veía un momento a Linnea, la esposa de Sylvester?

—Sí, era guapísima.

—¿Te fijaste en el anillo de diamante que llevaba en la mano izquierda? Parece el mismo que lleva Siri. En fin, pensaba que deberías saberlo.

—¿Estás seguro de que era el mismo?

—No, pero era un diamante bastante grande —dijo Sid—, cortado como solía hacerse en Europa antes de que las técnicas más modernas se hicieran omnipresentes. Desde luego, los diamantes cortados de ese modo brillan de un modo distinto... no sé... tienen otro fulgor. Esa técnica dejó de usarse alrededor de los años treinta del siglo pasado, y el montaje tiene un aire *art decó*...

—Vale, Sid —lo interrumpió ella—. Ya lo he pillado: crees que se trata del mismo anillo.

—¿Te estoy aburriendo otra vez?

—No —repuso ella sonriendo.

—Sí que te estaba aburriendo.

Un arroyo avanzaba borboteando por el centro del cauce seco que corría en paralelo al sendero.

—¿Cómo sabes tanto de anillos? —quiso saber Julia.

—Una vez le pedí la mano a una persona —respondió Sid, y la cogió de la mano.

Cuando se casaron, se habían ido a vivir al último piso de un edificio de finales del siglo XIX en la calle Roslagsgatan.

Desde las ventanas arqueadas del salón podían ver, a lo lejos, las copas de los árboles del Hagaparken, y enfrente del dormitorio había una habitación de techo inclinado pintada de amarillo con una ventana que asomaba por encima del tejado.

Julia no logró disfrutar del momento de caminar cogidos de la mano como lo hacían cuando eran pareja. Su sensación de fracaso era insoportable. La garganta le ardía de tanto contener el llanto. De todas formas, cuando se acercaron a los demás, intentó relajarse y mostrarse impasible.

Sin querer, golpeó unas cuantas piedrecitas que se precipitaron al agua. Una libélula titilaba en la cuneta.

Sid le soltó la mano y apartó una rama repleta de hojas que colgaba sobre el sendero.

Al acercarse a la capilla oyeron discutir a Monika y Siri.

—¿No tenías una falda más corta? —le preguntó Monika mordaz.

—Sí, pero entonces se notaría que no llevo bragas.

Se callaron al ver a Sid y Julia. Siri intentó sonreír, pero no lo logró. Llevaba una falda negra plisada y una chaqueta corta.

Monika parecía furiosa. Se había sonrojado. Vestía un abrigo de terciopelo negro y llevaba el pelo repeinado hacia atrás.

—Ha llamado la policía —dijo mirando a Julia a los ojos—. Quieren interrogar a P. G.

—¿Lo consideran sospechoso? —preguntó ella.

—Creo que no.

Julia se acercó a P. G., que estaba apoyado contra la pared exterior

de la capilla. Tenía el rostro cetrino. Se había puesto traje oscuro, corbata blanca y un abrigo largo negro.

—Ayer volviste a mandar una foto —le dijo Julia.

Él la miró con los ojos enrojecidos.

—Me lo ha dicho Monika… Lamentablemente, no recuerdo gran cosa…

—¿Qué recuerdas?

—¿De ayer? —Se frotó la cara—. Dios —murmuró—. Recuerdo que la abogada nos explicó que Siri lo heredará todo.

—Pero la reunión con la abogada terminó a las cuatro, ¿qué pasó luego?

—No lo tengo claro. ¿Cenamos juntos?

—No, pero nos encontramos más tarde para tomar una copa. Pusiste jazz en el gramófono y bailaste con Monika.

Él la miró indefenso.

—No recuerdo nada de eso…

Las nubes grises se abrieron por un momento y el sol iluminó el bosque y el agua.

Sid y Julia esperaron a que toda la familia estuviera ya en la iglesia para entrar. El ataúd estaba colocado delante del austero altar bajo la luz de las velas. En la corona de rosas blancas se leía QUERIDO, AÑORADO.

André se había sentado en primera fila, al lado del pasillo donde Björn se había situado con su silla de ruedas.

Los murmullos y los pasos resonaban entre las paredes mientras todo el mundo ocupaba sus sitios.

Al cabo de un rato, la pastora salió de la sacristía. Sus gafas brillaban y tenía el pelo cano recogido en un moño en la nuca.

El corazón de Julia comenzó a acelerarse.

Una nueva tragedia como la que le había arrebatado a su familia quedaba guardada en un cofre, junto con la horrible traición que había cometido contra Sidney.

En ambos casos, la verdad resultaba insoportable.

Para poder aguantar la ceremonia, se dedicó a mirar fijamente la fotografía imaginaria del entierro de su propia familia, tomada en

contrapicado desde el techo abovedado del coro de la catedral.

En el borde superior de la imagen se veían los pies de Cristo, y mucho más abajo cuatro ataúdes blancos recortados contra el suelo de piedra.

En la primera fila de bancos estaba una niña solitaria escuchando música en sus auriculares, cuyo cable también era blanco.

Julia no regresó a la realidad de la capilla hasta que la pastora les pidió que se pusieran de pie.

Nadie se animó a cantar el himno *Tan sólo un día*. Cuando la ceremonia terminó, P. G. se acercó al ataúd y le dio unas palmaditas a la tapa.

—Adiós, hermano —dijo.

Cuando salieron de la capilla se había levantado un viento que azotaba las copas de los árboles. El ruido hacía pensar en un mar embravecido. Monika le dio las gracias a la pastora por la bonita ceremonia mientras se ataba un pañuelo negro a la cabeza.

—Hemos preparado una pequeña reunión en *Mannheim* —añadió—. ¿Le gustaría acompañarnos?

—Gracias, pero tengo que volver a Sundsvall... Apenas tengo tiempo de apagar las velas y recoger mis cosas —respondió la pastora. Luego, le apretó las manos a Monika y volvió a entrar en la iglesia.

Un André completamente despeinado por el viento empujó la silla de Björn, que iba con la barbilla clavada en el pecho y los ojos hinchados, hasta al coche de alquiler.

Luego intentó subirlo al asiento trasero, pero uno de los pies se le quedó enganchado en la parte baja de la puerta. Cuando la silla estaba a punto de volcar, Monika se apresuró a ayudar.

—Esperad un momento. Ya —dijo mientras le desenganchaba el pie.

—Tengo frío, voy tirando —dijo Siri por su parte, y echó a andar.

Julia y Sid intercambiaron miradas, y este último comprendió al instante lo que ella quería.

—¿Vamos juntos? —le preguntó.

Siri hizo un alto y se volvió con cara de sorpresa, pero después sonrió y asintió.

Cuando Björn estuvo por fin acomodado en el asiento, André plegó la silla de ruedas y la metió en el maletero.

—Yo me voy con ellos —le dijo Monika a P. G., y se sentó en el asiento del acompañante.

—Muy bien —respondió P. G.

André arrancó y el coche pasó por encima de una rama y la partió con un fuerte chasquido.

Después, dieron la vuelta y se alejaron por el camino de gravilla.

Julia se quedó a solas con P. G., tal como había planeado.

—¿Dónde guardas tu llave de hierro? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—Siempre la llevo conmigo —respondió él mientras se palpaba el bolsillo del abrigo.

—Háblame de ella.

P. G. sacó la llave y la sostuvo delante de ella cogiéndola del cordón rojo para que pudiera agarrarla sin tener ningún contacto con él.

—Estas llaves de hierro se convirtieron en un símbolo de la tradición, la herencia y la responsabilidad de los Mott —explicó.

—Muy bonita —dijo ella mientras la sopesaba en la mano.

Luego la observó bajo los rayos del sol que se filtraban entre las hojas de las copas agitadas por el viento.

La cabeza de la llave estaba cubierta de óxido, pero la pluma y el cifrado brillaban aún, seguramente por las muchas vueltas que esa llave habría dado en la cerradura.

—Mannheim, mi bisabuelo paterno, le dio una llave a cada uno de sus dos hijos —siguió explicando P. G.—. En aquella época eran las llaves maestras que abrían todas las cerraduras, pero ahora que la destilería ha desaparecido han perdido su función.

—Eso ya lo veremos —murmuró Julia.

36

Julia le devolvió la llave a P. G. y ambos emprendieron la marcha de vuelta a *Mannheim*. Mientras caminaban, las agujas de pino y las piñas secas iban crujiendo bajo sus pies.

—¿Es cierto que André tiene la otra llave? —preguntó Julia.

—En realidad, debería tenerla Björn: él es el mayor, pero no es así por razones obvias —explicó P. G.—. Yo también me quedé con la de Werther cuando él se fue.

—¿Y tú sabes qué guarda André en la caja fuerte de su novia?

—Ni idea.

—¿Llevaba algo consigo en la junta de accionistas? Un sobre, algún documento...

—No, nada.

Siguieron caminando en silencio. Siri y Sid, que iban más adelante, avanzaban mucho más deprisa. De hecho, ya no alcanzaban a verlos.

—¿Por qué se marchó Werther de *Mannheim*? ¿Por qué se convirtió en un ermitaño? —preguntó Julia.

—Creo que él sufrió más que yo durante nuestra infancia. Yo era demasiado pequeño para entender todo lo que pasaba.

—¿Estás diciendo que tú no sufriste daño alguno?

—No, no, todo deja marca.

Julia vio que P. G. apretaba los dientes y comprendió que las marcas a las que se refería estaban grabadas en lo más hondo de su alma.

—Por lo que he podido entender, vuestra madre se quitó la vida —dijo.

—Sí —susurró él mirando al suelo.

—Perdona. Tenía que preguntártelo —explicó ella—. Lamento que haya sido en un momento tan inoportuno, pero casi hemos terminado con la investigación y cuento con volver a casa esta noche.

—Vaya… —comentó él, y se detuvo—. ¿Puedo saber ya si soy culpable? ¿Maté a mi propio hermano?

—Aún es pronto para responder a eso.

—Obviamente, quiero un informe completo. Discreto, eso sí, para que pueda explicárselo a Monika a mi manera. La conozco: podría preocuparse mucho.

—He prometido guardar el secreto profesional. Si hoy consigo obtener respuestas a mis preguntas, haré un repaso final en la biblioteca, pero tú decidirás quién podrá estar presente.

Echaron a andar otra vez.

—¿Tú quién crees que debería estar? —preguntó él después de un rato.

—Para mí, lo mejor sería que todo el mundo estuviera presente. Al fin y al cabo, acabarán enterándose de la verdad de todos modos… cuando arranque el proceso judicial.

—Pues así lo haremos, aunque ya me ha dado taquicardia.

Una garza surcó el aire, recogió un poco las alas y voló trazando un semicírculo perfecto.

—¿Por qué se suicidó tu madre? —preguntó ella sin rodeos.

P. G. se aclaró la garganta y se rozó la boca con los dedos. Julia comprendió que estaba a punto de explicarle algo importante, por lo que guardó silencio y esperó.

—Nuestra madre tuvo un desliz que amenazaba con convertirse en un escándalo —dijo P. G. al cabo de un rato—. Fue un error de una sola vez, pero los reproches y las sospechas se hicieron constantes a partir de entonces… de modo que se encargó de poner punto final al chismorreo.

—¿Sabes con quién tenía esa relación?

—No era una relación como tal: la pillaron en la cama con Augustus.

—¿El padre de Björn, André y Siri?

P. G. asintió con la cabeza.

—¿Y cómo se descubrió aquello? ¿Lo sabes? —preguntó Julia.

Se detuvo, se apoyó en el bastón y se quedó mirando a P. G.

—Sí, lo sé. Mi padre me lo explicó varios años después de la muerte de mi madre. Él había asistido a una cena con otros propietarios. Era la primera vez en dos meses que salía de *Mannheim* y, al volver, vio el coche de su primo fuera. Eso lo hizo sospechar. Entró, cogió la escopeta que tenía en la Habitación Roja y le pegó un tiro a la araña de cristal de la sala de caballeros. Luego, subió las escaleras hecho una furia y se topó con los dos en el pasillo. La puerta del dormitorio estaba abierta y mi madre, medio desnuda, con el pelo revuelto. Augustus llevaba los zapatos en la mano y la americana colgando del brazo. Mi padre me aseguró que los habría matado a los dos de no haber sido porque Werther se interpuso...

P. G. se quedó callado y volvieron a echar a andar.

Julia divisó a Sid y Siri junto a la presa.

En breve, ella y P. G. los habrían alcanzado.

—Así que tu madre se quitó la vida para acabar con el chismorreo... —comentó.

—Todos podemos cometer errores. Dímelo a mí. Aunque...

Se interrumpió, como si se hubiera arrepentido de lo que iba a decir.

—¿Aunque...? —preguntó Julia.

—Aunque el desliz de mi madre habría mancillado nuestro nombre y habría perjudicado profundamente al negocio. Mi padre era el director y el principal accionista de la compañía: no podía tener una esposa y un primo que...

—Eso suena muy chapado a la antigua.

—Puede ser. El caso es que yo pienso que ella hizo lo correcto. Yo haría lo mismo si estuviese en juego el honor de mi familia.

—¿Recuerdas la época inmediatamente previa al suicidio? —preguntó Julia con interés.

—En realidad, no. Sólo que mi padre se comportaba de manera extraña y que nos enviaron varios meses a casa de unos familiares en Umeå. En fin, yo sólo era un crío. Recuerdo el llanto de mi madre

cuando volvimos. Fue dos días antes de que se quitara la vida. Crucé el pasillo del primer piso y me asusté porque su voz era muy aguda y estaba llena de desesperación. Nunca antes había oído una voz así.

Llegaron a la presa. La policía había retirado la cinta de seguridad, pero el suelo alrededor de donde había yacido el cuerpo de Werther estaba embarrado y lleno de marcas dejadas por los vehículos. Algunas bolsas de plástico del personal forense flotaban en el agua.

Sid se dio la vuelta y miró a P. G. y a Julia.

—¿De qué habláis? —le preguntó ella.

—De que Werther ya no está... y que resulta difícil de creer —respondió Siri. Lanzó un suspiro y reemprendió la marcha en dirección a la mansión.

—Cuando lleguemos a casa, celebraremos un pequeño memorial —dijo P. G., y la siguió.

Julia observó a los dos primos, que caminaban por el sendero separados diez metros el uno de la otra. La propietaria más joven seguida del propietario mayor.

—El que mató a Werther tendría que haber previsto que el cuerpo acabaría apareciendo en la presa —dijo Sid—. Habría sido mejor arrastrarlo al bosque y enterrarlo, o por lo menos atarle unas pesas antes de arrojarlo al agua.

37

El memorial en el gran salón se abrió con un discurso sobre las virtudes de Werther.

—... que no eran muchas —explicó P. G. tras haber hecho tintinear la copa con una cucharilla y ponerse en pie—. Sin embargo, recuerdo que en una ocasión me construyó una cueva en la nieve. Quedó preciosa, con una ventanita de hielo fino. Metimos mantas y, una vez dentro, tomamos chocolate caliente y leímos *Tintín*. Ya sé que no suena muy propio de Werther, pero lo cierto es que, antes de que nuestra madre muriera, había momentos en los que era amable.

Después del discurso sirvieron champán, ostras dispuestas sobre una generosa cama de hielo, solomillo de ternera a la provenzal, ensalada de patata, tarta de chocolate, quesos y uvas, y, de algún modo, el ambiente se volvió repentinamente festivo.

P. G. se soltó la corbata y se paseó rellenando las copas con una botella magnum. Björn parecía relajado.

André, que en un momento dado volvió del baño con un polvo blanco en la barba incipiente por debajo de la nariz, se reía a carcajada limpia. Se había quitado la americana y arremangado la camisa, pero al menos iba bien peinado.

Monika sacó otra botella de champán de la cubitera y dejó que el agua fría terminara de rezumar antes de quitarle la cápsula y destaparla. Cuando el tapón salió disparado con un petardazo, Siri soltó un grito y Björn aplaudió.

Amelie entró con una bandeja y comenzó a retirar los platos sucios,

pero Monika la cogió de un brazo y le ofreció una copa de champán.

Björn dejó la suya y empezó a rodar lentamente en dirección a la puerta.

Sid sacó su teléfono, lo miró, buscó los ojos de Julia y asintió con la cabeza.

Ella dejó sus cubiertos, cogió su bastón plateado y siguió a Björn.

Se quedó esperando en el recibidor, a varios metros de distancia, mientras él estaba en el baño. Al cabo de un rato oyó la cadena, un grifo que se abría y se cerraba, y a continuación lo vio reaparecer en su silla de ruedas.

—Te aviso que la taza está un poco salpicada —explicó él.

—Necesito hablar contigo.

—¿Has vuelto a llamar a la poli?

—Me he equivocado y te pido perdón. De veras lo lamento.

Björn soltó un suspiro.

—No pasa nada. ¿Qué quieres que te diga? Has descubierto mi farol.

Julia sabía que era el momento de preguntarle por la traición y las acciones de Werther, pero pensó que prefería sorprenderlo dando otro giro en la conversación:

—Cecilia, tu madre, sufría graves depresiones, ¿verdad? ¿Tú recuerdas cuándo empezaron?

Una expresión de genuina sorpresa asomó en el rostro de Björn.

—Sí, más o menos…

—Siri cree que vuestra madre padeció un brote psicótico cuando ella nació.

—Pues yo no lo creo —dijo él despacio.

—¿Tú qué crees?

Era evidente que la conversación lo afectaba: su sonrisa cínica se había esfumado y todo su ser parecía querer irse de allí.

—¿Acaso importa?

—¿Las depresiones se debían a que tu padre tenía un lío con la mujer de su primo?

—Supongo que sí…

—¿Tú estabas al corriente?

—Aquella infidelidad destrozó a la familia. Empezaron las jodidas broncas, mi padre se dio a la bebida… Él siempre aseguró que no había hecho nada malo.

—¿Y tú qué pensabas al respecto?

—Una vez le dije a Werther que su madre era una puta. Sabía que me iba a llevar una hostia y así fue. Pero no me dio una paliza ni mucho menos: prefirió gritarme que era mentira, que su padre no estaba y su hermano y su madre se habían dormido, y que él, que tenía miedo a la oscuridad, había llamado a mi padre y se había puesto a jugar a las cartas con él cuando oyeron el disparo. Al parecer, su padre había llegado borracho como una cuba y le había disparado a una lámpara…

—Entonces, tú crees que tu padre y Linnea no se liaron jamás.

—Y ¿qué importancia tiene eso a estas alturas? —respondió Björn.

Julia lo vio alejarse hacia el salón y sintió como si sus pies se apartaran poco a poco del suelo.

Se vio apretando el gatillo de la escopeta y viendo caer una lluvia de cristales, y aun de prismas enteros de cristal de bohemia, cayendo al suelo en cascada. Atravesó tambaleante la sala de caballeros, cruzó la sala del piano de cola y llegó al comedor.

Cogió una bocanada de aire y volvió a notar todo el peso de su cuerpo y el dolor en la pierna. Contó una vez más los pasos y regresó al gran salón.

La guitarra de Django Reinhardt brotaba de los altavoces. Björn había hecho trizas una servilleta y le lanzaba los trocitos encima a Amelie como si fuesen confeti.

P. G. estaba al lado de Monika en la barra. Ella encendió un cigarro, dio una calada y tosió un poco. Él le puso una mano en el culo y le susurró algo con una sonrisa.

André levantó una botella a contraluz mientras hablaba con Siri. Su camisa almidonada tenía una elipse de sudor en la espalda.

Siri se retocó el pintalabios utilizando el tubito como espejo.

Julia se detuvo junto a Sid y le dio las gracias cuando él le devolvió la copa de champán.

—Me he ganado una cena —susurró ella.

—Sí, claro —respondió él.

Ella se llevó la copa a los labios, bebió pensativa y después cogió la cucharilla del postre e hizo tintinear su copa para llamar la atención de todos.

—Queridos y queridas —dijo—. Ha sido muy enriquecedor e interesante pasar estos días en *Mannheim*. Sid y yo hemos terminado nuestra investigación, así que me gustaría hacer un resumen de lo que hemos podido observar. Propongo que pasemos a la Habitación Roja para que podáis escuchar tranquilamente mi análisis.

38

Apagaron la música, pero el ambiente seguía siendo alegre mientras cogían botellas, platos y copas y se trasladaban a la biblioteca. Julia se dio cuenta de que no habían comprendido la gravedad del momento y todo aquello les parecía un poco absurdo.

Sid y Amelie colocaron unas sillas en fila que fueron ocupándose entre risitas y murmullos.

—¿Yo también me siento? —preguntó Amelie desconcertada cuando Sid le hizo un gesto para que se uniera a los demás.

—¡Pues claro que sí! —gritó P. G., y le llenó la copa.

Siri se puso el plato en el regazo y le sonrió a Julia.

Monika también sonreía mientras iba de aquí para allá. Finalmente, se alisó la falda con las manos y ocupó su lugar.

Empezaba a caer la tarde y el bosque parecía un mosaico verde oscuro.

Los retratos de los primogénitos observaba al reducido grupo, por fin callado y serio. Julia se puso delante y empezó a hablar.

—Desde el momento en que llegamos, hemos estado intentando armar un rompecabezas —dijo—. Era más enrevesado de lo que pensábamos al principio, pero ahora me parece que ya hemos encajado todas las piezas. —Deslizó la mirada por los presentes deteniéndose unos segundos en cada rostro antes de seguir—. El domingo alrededor de las tres del mediodía alguien le quitó la vida a Werther Mott en la destilería, junto a la presa del lago Kvarnsjön. Todo indica que murió de un golpe en la cabeza con un objeto contundente de mango corto,

probablemente un mazo o algo parecido.

P. G. se movió intranquilo en la silla. André se inclinó hacia Björn y le susurró algo al oído.

—Y la persona que lo mató está en esta habitación —continuó Julia sin alterarse.

—Esta situación es de lo más surrealista —intervino Monika con voz nerviosa.

Se produjo un murmullo y Julia esperó a volver a tener la atención de todos antes de proseguir.

—Ahora hemos llegado al punto en que os tengo que preguntar si queréis una versión cordial y desbravada de la verdad… o si la queréis toda, en su versión más cruda.

—¿Qué sentido tendría escuchar una versión edulcorada? —preguntó Björn alzando la voz.

—¿Preferís saber toda la verdad? —volvió a preguntar ella.

—Sí, claro —murmuró P. G. inquieto.

Un silencio compacto se posó sobre la sala. Ya nadie sonreía: todos parecían temer lo que Julia estaba a punto de revelar.

Siri miraba a Julia con los ojos bien abiertos. Monika toqueteaba su anillo de compromiso. Amelie estaba quieta como una estatua.

—¿Estáis todos de acuerdo? —quiso saber Julia.

—Sí —respondió André en tono de aburrimiento.

—Vale —dijo ella—, pues empecemos por Björn, que no tiene coartada y lleva odiando a Werther desde que era niño.

—Todo el mundo odiaba a Werther —le replicó Björn con voz ronca.

—Es cierto, pero a ti te hizo daño también de adulto… y tu odio no desapareció ni siquiera cuando él te cedió el diez por ciento de sus acciones, aunque para librarse de un escándalo seguido de un proceso judicial…

—Fue André quien negoció con Werther, no yo —dijo Björn mirando de reojo a su hermano.

—Un diez por ciento no es poco, pero aun así me ha parecido que te sentiste humillado porque pagó por tu silencio…

—Me la suda —respondió él.

—En todo caso, eras el único que sabía que Werther iba a venir a la junta de accionistas —continuó Julia, mirando a Björn—, y además, acertaste al decir que a Werther lo habían matado de un golpe.

Un nuevo murmullo recorrió a los presentes.

—Llegado un punto —siguió Julia volviendo a dirigirse al grupo—, me di cuenta de que Björn podría haberse citado con Werther para una reunión. A lo mejor iba borracho y quería devolvérsela de una vez por todas… Sabemos que Werther cogió un taxi directo desde la estación hasta la destilería, donde lo mataron casi en el acto; y que lo golpearon con un objeto que bien podría haber sido un mazo.

—Y que Björn tenía un mazo a mano en la destilería —agregó Sid.

Amelie dejó su vaso y P. G. se llevó una mano a la boca.

Julia tomó un poco de agua. El sol de la tarde había desaparecido detrás de las nubes y las sombras parecían pliegues de tela.

—De todas formas, algunas piezas no encajaban… hasta que descubrí que Björn puede caminar por sí solo, aunque le cueste y le duela. Sin duda, podría haberse levantado de la silla de ruedas para entrar en el pasillo de servicio y coger y después devolver el móvil —explicó Julia.

—Por Dios —exclamó P. G.

—Pero ¡¿qué estás diciendo?! —preguntó Monika en un susurro.

—Esperad, esperad —los tranquilizó Julia—. Yo pensaba que había dado con el asesino; incluso llamé a la policía, pero había pasado por alto una pieza… la llave de hierro. La destilería estaba cerrada con llave y Björn no tenía acceso a ella. Lo lamento, Björn.

—Vaya zorra —murmuró André mirándola fijamente.

—No te adelantes, me parece que esto no es más que la punta de la mierda flotante —dijo Björn.

—También me equivoqué en que las lesiones medulares y la consecuente silla de ruedas fueran el motivo por el que Björn recibió el diez por ciento de las acciones de Werther, pero volveré a ello enseguida —continuó Julia.

—¿De qué está hablando? —dijo André mirando a su alrededor con una sonrisa.

—Quería empezar dando cuenta de mis errores: Björn tenía móvil y

oportunidad, y carecía de coartada, pero él no mató a Werther. Prosigamos con quien nos contrató a Sid y a mí: Per Günter Mott. ¿Es él el asesino?

P. G. la miró con los ojos muy abiertos.

—No cabe duda de que hay pistas que apuntan a él —continuó Julia—: es el dueño del móvil donde apareció la foto; afirma que se lo dejó en el armario de servicio, pero nadie puede confirmarlo; lo vieron volviendo a pie por el camino que baja desde la destilería apenas unos minutos después de que se tomara la foto. No tiene coartada para la hora del crimen; tiene el mal hábito de beber hasta casi perder el sentido; padece lagunas de memoria y toma fotos de situaciones comprometedoras. Tenía una relación complicada con su hermano, que a menudo lo humillaba delante de todos. Y no nos olvidemos de que nadie, excepto la abogada de Werther, conocía su testamento, así que P. G. tenía razones para pensar que, muerto su hermano, él lo heredaría todo, lo cual por sí mismo es un móvil muy poderoso.

—Estoy de acuerdo —comentó P. G. casi en un susurro.

—Fue a mi agencia de detectives en Estocolmo «para descubrir la verdad», diciendo que sencillamente no recordaba nada de la noche en que se tomó la foto porque había mezclado ansiolíticos con alcohol en grandes cantidades. Es verdad que algo así podría suceder, pero nada explica que no pudiera recordar un asesinato que habría cometido no esa noche, sino a las tres de la tarde.

—Es cierto —dijo Monika en voz baja.

—El caso es que su deseo de descubrir si era culpable antes de entregarse a la policía me pareció sincero.

—A estas alturas, sigo sin saber si lo hice —dijo P. G., y sus ojos se empañaron.

—Ya he contado que solamente Björn aceptó que conocía la intención de Werther de venir a *Mannheim*, pero lo cierto es que P. G. había recibido un correo donde su hermano mayor le comunicaba sus planes de asistir a la junta de accionistas y de votar a favor de la venta de *Mannheim* y de la empresa... lo cual habría supuesto una catástrofe para P. G.

—¿Un correo? No tenía ni idea… —dijo P. G. frunciendo el ceño.

—Porque ese correo fue a dar a tu carpeta de *spam*… Pero tú tenías la llave de hierro y perfectamente podrías haberte citado con Werther en la destilería y luego haberlo matado. Sin embargo, no lo hiciste.

P. G. se quedó mirando fijamente a Julia y a Sid y luego lanzó un suspiro.

—¿Estáis seguros?

—Tú no mataste a tu hermano.

El alivio hizo que P. G. se sonrojara.

—Gracias a Dios.

39

Julia paseó la mirada por todos los presentes y se detuvo en Amelie, que estaba sentada con los hombros caídos. Como de costumbre, llevaba un sobrio vestido negro y un delantal blanco. Iba sin maquillar; su rostro se veía pálido y tenía roja la punta de la nariz.

—Amelie… el día de la junta de accionistas, tú tuviste la oportunidad de sustraer la llave de hierro de André… —comenzó a decir Julia con renovada energía.

—Puede ser, pero no lo hice —se apresuró a responder ella.

—Amelie tiene coartada para el momento en que se tomó la fotografía, pero no para la hora del asesinato.

—¿No? —preguntó P. G. con cara de desconcierto.

—Como todos sabéis —continuó Julia—, las pocas veces que Werther venía de visita, Amelie se cogía unos días libres. No he querido interrogarla a fondo sobre lo que le ocurrió en la cocina con él hace unos años, pero lo que me dijo me basta para entender que se trató de una agresión sexual, si no de un intento de violación en toda regla. El caso es que ella se defendió e hirió a Werther de gravedad con un cuchillo de cocina en el estómago.

—Nadie de la familia le ha preguntado nunca qué pasó —intervino Monika—. Pero todos sabíamos que la cosa iba por ahí.

—¿No os parece escandaloso que no le hayáis preguntado nada a ella, como empleadores, como personas? —preguntó Julia—. Amelie ha estado en vuestras vidas desde hace treinta años. La habéis visto prácticamente cada día…

—Lo siento, Amelie —se disculpó Monika.

—Cabría pensar que, de una manera u otra, quizá a través de Björn, Amelie se enteró con tan poco margen de que Werther iba a venir a la junta que le resultó imposible encontrar una sustituta, y que, en cambio, lo citó en la destilería para dejar las cosas claras... o para terminar lo que en su día empezó en la cocina, simple y llanamente.

El ambiente estaba tan tenso que todo el mundo dio un respingo cuando a Siri se le cayó el tenedor al suelo.

—Perdón —susurró, y se agachó a recogerlo.

—Pero no fue Amelie quien acabó con Werther.

Amelie alzó la cabeza y le sonrió.

—Durante años, ella se ha limitado a hacer su trabajo y a navegar en un entorno nada fácil. Nunca ha cometido un delito... a diferencia de André.

—¿Ahora soy yo el culpable? —preguntó él con una sonrisa irónica.

—Pese a la lealtad de su novia Frida, nada prueba que realmente fuera a verla a su casa y se comiera un sándwich antes de las doce del domingo. En cambio...

—Me ha fallado la memoria, eso no es un crimen... —intentó interrumpirla André.

—... sabemos a ciencia cierta que él guarda... —continuó Julia.

—... mientras que cargarte un coche a palos sí que es un delito —siguió André.

—... que guarda una de las llaves de hierro en su casa y, con toda probabilidad, que sabía que Werther iba a venir, porque el día antes éste había quedado con Björn...

—¡Ríndete de una vez! —dijo André agitando la mano en el aire. Unas perlas de sudor habían empezado a asomar en su rostro.

—Se suponía —prosiguió Monika como si nada— que el diez por ciento de las acciones que le cedió era una compensación por las lesiones que lo dejaron en silla de ruedas, pero he descubierto que las lesiones mismas son una farsa, un simple caso de fraude de seguros. Si Werther se planteó siquiera entregarle esas acciones fue porque André lo estaba extorsionando. Entonces me pregunté si André y Werther no

podrían haber acordado reunirse antes de la reunión para negociar y algo salió mal…

Julia se acercó a André, alzó el bastón y apoyó la punta en su pecho.

—¿Quieres que confiese algo? —preguntó él apartándolo.

—Ya llegaremos a ello —respondió Julia—, pero antes de continuar me gustaría aclarar algunas cuestiones del pasado. Por lo que tengo entendido, la cosa es así: las dos ramas de la familia Mott provienen del mismo bisabuelo paterno, Mannheim, que fue quien creó todo este imperio. El abuelo de P. G., Leopold, que era el primogénito de Mannheim, lo heredó todo, y llegado el momento lo traspasó a su único hijo, Sylvester, que a su vez legó todo el patrimonio a Werther.

—Eso ya lo sabíamos —soltó André.

—El otro hijo de Mannheim: Gajus, abuelo de Björn, André y Siri, no heredó nada, excepto la casa junto al río, que en su momento le legó a su propio hijo, Augustus. Éste no poseía nada más que esa casa hasta que Sylvester, el padre de Werther y de P. G., le cedió el treinta por ciento de la empresa. Hasta aquí la historia conocida, pero hay una historia silenciada…

—A ver, saca esos trapos sucios delante de todos —pidió André con sorna.

Julia dio un golpe en la mesa con el bastón metálico y se hizo el silencio.

—La historia silenciada cuenta que Augustus, vuestro padre, mantuvo una relación sexual con tu madre, P. G., lo que terminó sabiéndose y amenazaba con convertirse en un escándalo. Desde que lo supe, me empezó a dar vueltas en la cabeza que aquella cesión fue en realidad una extorsión…

—De tal palo, tal astilla —murmuró Monika.

—Pero ¿de verdad Sylvester le regalaría el treinta por ciento a su primo Augustus para evitar un escándalo? —se preguntó Julia.

—El buen nombre lo es todo para una familia —respondió P. G.

—Si tú lo dices…

—Mi madre se suicidó para acallar las habladurías y el chismorreo —insistió él.

—Creo que Sylvester, tu padre, que había pillado a su esposa y a su primo *in fraganti*, estaba convencido de que la hija que tu madre parió unos meses después no era suya.

—Pero ¡¿qué dices?! —saltó P. G.—. ¡¿Qué hija?!

—Al contrario que en la otra rama de la familia, en la rama de tu padre sólo había habido varones —explicó Julia.

—A eso me refiero —replicó P. G.

—Siri siempre lleva el anillo que Werther le entregó en nombre de la familia, cuando se celebró su confirmación, diciéndole que éste había sido de su madre... lo cual era totalmente cierto —explicó Julia.

—No entiendo... —murmuró P. G.

—En una vieja película, el anillo aparece en el dedo de tu madre, P. G. Ella llevaba ese anillo cuando el rey visitó *Mannheim*.

—Pero has dicho que...

—Espera, P. G. A ti y a Werther os enviaron a Umeå durante varios meses, el tiempo en que tu madre estuvo embarazada, y no os dejaron regresar hasta después de que Siri hubo nacido... El llanto agudo que oíste en el pasillo no era de tu madre, sino de un bebé: de Siri, antes de que tu padre le diera a su primo un treinta por ciento de la empresa a cambio de que adoptara a la niña. Tu madre se suicidó apenas una semana más tarde... porque no podía soportar el haber perdido a su hija.

—Dios mío...

—Y esa adopción, además, destrozó el matrimonio de Augustus, porque, obviamente, su esposa también creía que la niña era de él, por lo que nunca pudo aceptarla.

Siri se había puesto pálida. Le temblaba el mentón. El diamante en su dedo refulgía a la luz de la araña del techo.

—Ahora lo entiendo —susurró.

—Y todo se vuelve aún más trágico cuando se comprende que no hubo ninguna relación sexual entre Linnea, la madre de P. G., y vuestro padre. Sólo hay que contar el tiempo que Sylvester debió de haber tardado en llegar a la segunda planta después de disparar contra la lámpara. Desde la sala de caballeros hasta el pie de la escalera hay por

lo menos sesenta pasos, y Sylvester estaba borracho. Linnea y Augustus habrían tenido tiempo de sobra para reaccionar, y de todas las vías de escape posible, la más absurda era salir al pasillo.

—Especulaciones —soltó André.

Julia se dirigió a él:

—Las cuales se ven confirmadas por la insistencia de Werther en que llamó a tu padre porque tanto P. G. como Linnea estaban durmiendo y él le tenía miedo a la oscuridad. Él y Augustus estaban jugando a cartas cuando oyeron el disparo en la planta baja.

—Eso vale para aquella noche en particular, pero ¿podrían haberse liado antes, otra noche distinta? —preguntó Monika.

—Es teóricamente posible, pero sabemos que Sylvester no solía salir. De hecho, según él mismo le contó a P. G., aquélla era la primera noche que estaba fuera de *Mannheim* en dos meses, y creer que su esposa y su primo se liaban estando él en la mansión es...

—Lo entiendo, pero... —quiso insistir Monika.

—Siri es hermana de sangre de P. G. y Werther —zanjó Julia.

—Me cuesta mucho creerlo —dijo P. G., y se sirvió más whisky en la copa.

—Todo esto es de locos —comentó Monika.

—Para estar completamente seguros, mandamos muestras de pelo de Siri y de P. G. al Instituto Nacional de Ciencias Forenses.

—¡¿Qué cojones dices?!

—Creo que Sid ya tiene los resultados, pero yo quería compartir mis reflexiones con vosotros antes de conocerlos —dijo Julia, y añadió volviéndose hacia Sid—: ¿Qué dice el laboratorio?

—¿Quieres que lo mire ahora mismo?

—Sí, por favor.

Sid sacó su móvil, abrió su correo, leyó algo con el ceño fruncido y después miró a los presentes.

—Confirman que la coincidencia entre ambas muestras es del cien por cien. P. G., no hay duda de que Siri es tu hermana de sangre.

40

P. G. vació la copa de un trago. Siri miraba sin dar crédito a Julia y a Sid. Monika negaba con la cabeza con cara de escepticismo.

—Lo cual nos hace volver a André —dijo Julia, y añadió dirigiéndose a él—: No parece que la noticia te haya sorprendido en absoluto.

—¿Qué quieres que te diga?

—Porque, si pudiste extorsionar a Werther, no fue por la lesión medular de tu hermano Björn... —continuó Julia.

—Yo no he...

—... sino porque encontraste la carta de suicidio de Linnea.

—¡¿Qué carta?! —gritó P. G.—. ¡Mi madre no dejó ninguna carta!

—Sí que la dejó, y si lo sé es, en parte, porque en nuestro primer encuentro André me dijo que Linnea nunca quiso ceñirse al único papel que se les reconoce a las mujeres en esta familia: el de madres. Lo dijo como si fuese algo obvio, pero ¿cómo iba a saber algo así? No he oído nada parecido en boca de ninguno de los demás, y André solamente tenía tres años cuando Linnea se quitó la vida.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —susurró André.

—El segundo eslabón de la cadena es la frase que Werther usó como epígrafe en su testamento: «Una vez leí una carta que me robó el alma.»

—¿Fue él quien encontró esa carta? —preguntó P. G.

—Sí, pero de alguna manera acabó en manos de André... porque el domingo a las tres fue a buscarla a la caja fuerte de Frida para poder entregársela a Werther después de que votara a favor de vender *Mannheim* y la empresa.

—Eso es una tontería —afirmó André.

—Lo que libera a André de las sospechas de haber cometido el asesinato es lo que lo señala como culpable de extorsión —aseguró Julia—. Gracias a la carta de suicidio de Linnea, André se había enterado de que Siri era hermana de sangre de Werther y P. G., y, por tanto, se merecía la misma proporción de la empresa que ellos dos. Pero en lugar de decírselo a Siri para que pudiera reclamar su parte, prefirió asociar esa verdad oculta con otra igualmente oculta, y presionar para obtener él mismo unas acciones… aunque escondiéndose detrás de su hermano por si algo salía mal.

—No tengo por qué estar aquí aguantando tonterías —dijo André, y se levantó de la silla.

—¡Tú te quedas! —bramó P. G., y golpeó el mueble bar con el vaso.

—Creo que es conveniente que te quedes —dijo Julia sin alzar la voz.

—Como tú digas —respondió el otro, y volvió a sentarse.

—¿Qué pone en esa carta? —preguntó P. G.

—¿De verdad quieres saberlo ahora mismo? —quiso saber André.

—Yo creo que sí —dijo Julia.

André suspiró, cogió su bolsa del suelo, sacó una funda de plástico que contenía un sobre, lo extrajo y desplegó la carta.

—Léela en voz alta —pidió Julia.

—¿Estáis seguros?

—Sí —repuso P. G.

Tenía cara de angustia y los labios casi blancos.

—Vale —dijo André, y se puso las gafas de leer—. «Sylvester, he aceptado que no se cuente conmigo para nada, que mi vida y mi felicidad no tengan ningún valor, que se me considere tan sólo un receptáculo que permite la procreación de hijos y, sobre todo, de herederos. He cumplido con mi deber, pero, una vez resignada a ser quien tú querías que fuera, me has arrebatado a mi hija. ¿Qué más puedes quitarme? Nada más: no lo permitiré. No tengo fuerzas para ver cómo Werther va renunciando cada vez más a su alma para asumirse como el heredero único y, así, ponerse del lado de la ceguera, de la crueldad y de la destrucción. Pronto él será como tú, Sylvester. Y a ti te

odio más que a nada en el mundo. Renuncio a seguir viviendo. Linnea.»

André se quitó las gafas y plegó la carta con gesto ausente.

—Ahora entendéis de dónde procedían las sombras que me habéis encargado interpretar —dijo Julia al cabo de un rato—. Tenemos el trasfondo, pero ¿qué fue lo que realmente ocurrió con Werther? Monika, me gustaría que volviéramos los ojos hacia ti porque tú sí que leíste el correo que Werther le envió a P. G. Fuiste tú quien lo movió a la carpeta de *spam* teniendo cuidado de marcarlo antes como «no leído», y fuiste tú también quien se citó con Werther en la destilería...

—Sólo quería hablar con él —susurró Monika.

—¡Pero si Monika tiene coartada, joder! —intervino P. G.

—Ya volveremos a eso. Primero, creo que puedo confirmar que el plan de Monika no era matar a Werther, sino hablar con él. —Se volvió hacia P. G.—. Sabía que tú jamás tendrías esa conversación, por eso te ocultó el correo. Monika lo ha sacrificado todo por vivir en *Mannheim* y...

—No hace falta que seas condescendiente —reprochó P. G.

—No es mi intención. Ya explicaré también a qué me refiero con lo de «sacrificio», pero déjame continuar. Monika se cita con Werther antes de la junta de accionistas para tratar de convencerlo de que no posibilite la venta. Coge del bolsillo de P. G. la llave de hierro... como prueba el hecho de que tuviera manchas de óxido en los dedos cuando regresó del paseo en barco...

—Los escálamos estaban oxidados —dijo ella mirando al suelo.

—Pero sé que fuiste tú quien estaba esperando a Werther en la destilería —continuó Julia—. Igual que sé que las cosas no salieron según lo planeado y Werther acabó muerto en el suelo.

Monika estaba sentada con los labios apretados y una profunda arruga entre las cejas.

—¿Estáis diciendo que fue un accidente? —preguntó P. G.

—Según vuestras capitulaciones matrimoniales, en caso de divorcio o de viudez, Monika no obtiene nada —explicó Julia, y después se volvió de nuevo hacia los demás—. Pero cuando la abogada estuvo aquí a raíz de vuestros intentos de que la propiedad no se dividiera por la falta de

herederos, P. G. afirmó que Monika heredaría su parte. Por tanto, debe de haber un testamento, guardado en un lugar seguro, que explique justamente eso.

—Está en nuestra caja fuerte —respondió P. G.

—Y si el testamento está firmado por testigos.

—Lo está.

—Prevalece por encima de las capitulaciones matrimoniales —aseguró Julia—. Lo cual implica que, en caso de divorcio, Monika se quedaría en la calle, pero si tú mueres, P. G., ella lo heredaría todo.

—Pero yo no he sido víctima de ningún asesinato —dijo él.

—Es una buena observación, aunque no del todo cierta, por absurdo que pueda sonar —señaló Julia, y notó que se le erizaba el vello de los brazos.

—¿Qué quieres decir? —dijo P. G. con una sonrisa incómoda.

—Ya en nuestro primero encuentro en Estocolmo comprendí que tenías intención de quitarte la vida si eras culpable del asesinato… y dijiste que tu esposa quedó muy afectada cuando le mostraste la foto.

—Y así fue.

—Aseguraste que ella sabía que tú no serías capaz de matar a otra persona, pero que estabas dispuesto a asumir tu castigo si yo llegaba a la conclusión de que eras culpable.

—Y era verdad.

—He averiguado que eres bipolar y que padeces graves depresiones y pensamientos suicidas.

—Pero estoy medicado.

—Y en una conversación posterior afirmaste que, al igual que tu madre, estarías dispuesto a quitarte la vida con tal de proteger el nombre de tu familia.

—Por supuesto.

Julia se volvió hacia el grupo.

—Por si no lo sabéis, P. G. queda de forma más o menos regular con una prostituta en Sundsvall.

—¡Basta! —exclamó P. G.

—Monika lo sabe porque él le manda fotografías de Rosita Navarro,

que es como se llama esa mujer; de cuando se drogan juntos, de cuando se acuestan. Pero lo cierto es que esas prácticas son bastante excepcionales porque, en general, P. G. va a ver a Rosita para que ella lo consuele cuando él se ve acorralado por los pensamientos suicidas.

—Tenemos un acuerdo de secreto profesional —le recordó P. G.

—En nuestro país, comprar servicios sexuales y consumir cocaína y metanfetaminas está prohibido. Habéis pedido la despiadada verdad —le recordó Julia.

—Vale —dijo él, y lanzó un suspiro.

41

Era como si el Destino en persona estuviera presente en la Habitación Roja, paseando la mirada por las personas allí reunidas: gente cuyas vidas estaban tan enmarañadas unas con otras que era imposible separarlas. Siri seguía inmóvil en la silla con los ojos abiertos como platos y cara de estupor, Monika parecía tremendamente atormentada, André estaba rojo y sudaba, Björn sonreía ensimismado y P. G. parecía haberse vuelto traslúcido por efecto de la edad.

—Pero estos delitos, los de consumo de estupefacientes y compra de servicios sexuales, quedan al margen de lo que estoy intentando explicar —continuó Julia tras un breve silencio—. La información importante es que Monika sabía lo frágil que eras, que te quitarías la vida si se confirmaba que habías matado a tu propio hermano. Quizá no de inmediato, pero sí durante el proceso, mientras esperabas sentencia en un calabozo o simplemente cuando te sobreviniera la siguiente depresión.

—Hay que joderse —susurró Björn, pero P. G. se mantuvo más o menos sereno mientras asimilaba las palabras de Julia.

—Debes de odiarme profundamente —le dijo a Monika.

—Pese a todo lo que has hecho, a las fotos y la humillación… me he quedado a tu lado. ¿Qué iba a hacer si no? —repuso ella en voz baja—. Me has herido en lo más hondo. Eres peor que Werther.

—Eso se podría discutir —opinó Julia.

—Es verdad —observó Siri.

P. G. se pasó la mano por los ojos y se dejó caer con pesadez en la

silla que había al lado del mueble bar.

—Si Werther moría —continuó Julia—, P. G. sería el heredero: eso pensaba Monika. Y si P. G. moría, ella lo heredaría todo. Tal como ha dicho el propio P. G., Monika tenía la mejor coartada de todas... pero se ha resquebrajado. —Se dirigió a Monika—. Actuaste con alevosía y premeditación, incluso con deliberada crueldad... pero no fuiste tú quien mató a Werther. Te citaste con él en la destilería, pero siempre le habías tenido miedo...

—Era muy violento —susurró Monika.

—... de modo que le pediste ayuda a Siri...

—Es verdad: no quería estar sola con él.

—... sin saber dos cosas importantes acerca de ella. Si André pudo extorsionar a Werther fue porque sabía dos verdades que Werther no podía permitir en ningún caso que salieran a la luz: que Werther y Siri eran en realidad hermanos... y que desde hace años mantenían una relación de carácter sexual.

Björn se tambaleó en la silla de ruedas como si algo lo hubiese golpeado en la cara.

—La idea afloró en algún punto de mi inconsciente mientras Sid y yo veníamos en taxi desde Sundsvall. Cuando pasamos por los restos calcinados de la destilería, el taxista comentó que tarde o temprano todos los imperios acaban enfermado y terminan por sucumbir, y que los primeros síntomas eran gente como Calígula y Cleopatra. A lo mejor habría podido citar otros nombres, pero lo cierto es que Calígula mantenía relaciones sexuales con su hermana y Cleopatra con sus hermanos.

Monika y P. G. se volvieron hacia Siri, que estaba sentada con la espalda totalmente recta y se había puesto tan pálida como una muerta.

—Todos habéis sido testigos de que Werther trataba de un modo especial a Siri —continuó Julia—: era la única con quien tenía un detalle en su cumpleaños, etcétera. El caso es que algo hizo *clic* en mi cabeza cuando Monika encontró un anticonceptivo de emergencia en su bolso y la llamó «furcia». Pero, después de todo, ¿quién querría tener un hijo con su propio hermano?

—Esto se pone cada vez mejor —dijo André, y vació su copa de whisky.

—Sumado al hecho de que Siri identificó el cuerpo de la fotografía a partir de la cicatriz que Werther tenía en la barriga. Una cicatriz que se hizo de mayor, como ya hemos comentado antes. Y dado que nadie más había reconocido esa cicatriz, me pregunté cuándo podría haber visto Siri a Werther sin camisa. Esperad, por favor. Sin duda, se pueden encontrar otras explicaciones a todo esto, pero estoy completamente segura de que la muerte tuvo lugar a causa de la relación que mantenían.

—No lo entiendo —dijo P. G. mirando a Siri.

—He encontrado la clave de lo que pasó cuando Werther fue asesinado —declaró Julia—. Ayer, después de que Siri tocara esa pieza de Chopin en el gran salón, Monika le puso la mano en la mejilla en un gesto tranquilizador. Fue durante apenas un instante, en el umbral de la puerta, pero me bastó para comprender... —Se dirigió a Monika y a Siri—: Puede que no seáis mejores amigas, seguro que habéis tenido pequeños conflictos a lo largo de los años, pero no sois enemigas... Los insultos y los bofetones no eran sino puro teatro, montado para que pudieras daros una coartada creíble la una a la otra.

—Uno no le da coartada a un enemigo a menos que esté diciendo la verdad —dijo Monika.

—Qué lista —comentó Julia. Espero a que todos se quedaran en silencio y luego añadió impasible—: Siri, fuiste tú quien mató a Werther.

—No, fue... —intentó decir ella.

Todos miraron su rostro pálido y asustado, y la boca que hacía intentos infructuosos de pronunciar palabra.

—¿Quieres contarnos lo que ocurrió...?

—¿Qué? —balbuceó Siri.

—¿... o prefieres que lo cuente yo?

—Fue un accidente...

—¿Estás segura?

De pronto, las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas, labios y

mentón de Siri.

—No digas nada más. Déjame llamar a un abogado —dijo André, y sacó su teléfono.

—Gracias, pero... ahora ya me da igual: quiero que sepáis lo que pasó —dijo Siri, y cogió aire—. El día antes de la junta de accionistas, Monika me pidió que fuera con ella a la destilería porque quería hablar con Werther, pero le tenía miedo...

Tragó saliva y posó la mirada sobre el vaso que aún tenía en las manos. Luego lo dejó a un lado y se secó las lágrimas.

—Me escondí detrás de un chifonier, al lado del banco de trabajo... y oí que la conversación se salía de quicio casi en el acto. Ahora entiendo que Werther debía de pensar que Monika estaba implicada en la extorsión de André, porque se puso como loco y empezó a gritarle que era una puta, un parásito. «Tú ya has cobrado y no pienso darte ni un céntimo más. No entiendes nada. Ya sé que es mi hermana menor, pero la quiero; puede que eso me convierta en un enfermo, pero...»

Siri se interrumpió y volvió a dejar caer la mirada.

—No dijo más, pero eso bastó, ¿verdad? —preguntó Julia.

La boca de Siri se abrió y se cerró unas pocas veces sin emitir sonido. Las lágrimas seguían empapándole la cara.

—Yo no sabía que éramos hermanos —dijo al fin con voz aguda—. Pero él lo había sabido todo el tiempo...

—Sí —dijo Julia en voz baja.

—En aquel instante lo entendí absolutamente todo: mi propio hermano mayor me había manipulado para abusar de mí. Yo no era más que una niña cuando comenzó todo... no podía defenderme de ninguna manera y estaba sola... mi madre me odiaba. —Se le quebró la voz y lloró con fuerza un momento antes de recomponerse. Pidió perdón entre susurros, se enjugó las lágrimas, tragó saliva varias veces y después continuó hablando—: Sufrí cuatro abortos espontáneos antes de que él me exigiera que tomara la pastilla del día después tras cada encuentro, tras cada violación...

Volvió a callarse y se tapó la boca con una mano. Monika se levantó, cruzó la sala y la abrazó dándole palmaditas en la espalda.

Por fin se tranquilizó, se sonó la nariz y los miró a todos con ojos oscuros y brillantes. El pelo rubio le caía por los delgados hombros. Tenía las mejillas enrojecidas de dolor y de rabia.

—Cuando oí a Werther decir que yo era su hermana, fue como si algo me estallara en la cabeza —continuó—. Simplemente cogí la maza que estaba en la caja, me acerqué a él y lo golpeé lo más fuerte que pude.

Le temblaban las manos.

—¿Y luego? —preguntó Julia en voz baja.

—Entré en pánico y me puse a gritar —explicó Siri—. No podía mirarlo: pensaba que se levantaría y nos mataría a las dos. Así que fue Monika quien le ató las manos y le puso un saco en la cabeza. Era todo como una pesadilla…

—Pero te tranquilizaste.

—Monika dijo que lo arreglaría… salimos de la destilería, cogimos el café y los bollos, cerramos la puerta y nos fuimos al lago Kvarnsjön con la barca.

—Y Monika te propuso un pacto, ¿verdad? —preguntó Julia.

—Me contó lo de P. G. Lo humillada que se sentía y lo injustas que eran sus capitulaciones matrimoniales. Dijo que estaba dispuesta a protegerme si yo la ayudaba a echarle la culpa a él… —Se volvió hacia P. G., que estaba al lado del mueble bar—. Lo siento —dijo—. No sabía que ella pensaba que te suicidarías.

Él la miró con ojos vidriosos. Tenía el rostro helado y ajado; las arrugas parecían rayas negras y profundas.

—Decidisteis que tú, Siri —dijo Julia—, cogerías el móvil de P. G. poco antes de medianoche, le tomarías una foto al cuerpo, devolverías el teléfono y después fingirías un conflicto. Monika se encargó de que P. G. se emborrachara y se tomara las pastillas, y lo engatusó para que fuera a la destilería mientras ella echaba vino en la alfombra de la Habitación Roja y le pedía a Amelie que la ayudara a limpiarla para tener una coartada infalible y un testigo de que P. G. estaba fuera de la casa en plena noche… Teníais la esperanza de que P. G. entrara y se manchara de sangre, pero en caso contrario contabais con la foto en su teléfono, que iba acorde a su hábito de fotografiar sus tropelías.

—Sí —respondió Siri en voz baja.

—P. G. no llegó a entrar en la destilería aquella noche, ni llamó a la policía. Pero al día siguiente, después de haber visto la foto, cogió el coche y se fue directo a Estocolmo para contratarnos, cosa que puso nerviosa a Monika, quien decidió arrastrar el cuerpo hasta el agua y dejar que se hundiera, consciente de que las corrientes se lo llevarían hasta la presa, donde alguien lo encontraría al cabo de unos días.

—La mayoría de los asesinos hacen lo imposible por ocultar el cuerpo y borrar sus propias huellas, pero el plan de Monika dependía de que hubiera una investigación policial —explicó Julia—. Era indispensable que el cuerpo de Werther apareciera, pero también había que destruir cualquier prueba que pudiera implicarlas a ella y a Siri, lo que suponía destruir por completo la destilería. Al principio pensamos que nuestra llegada había puesto presión sobre el asesino y lo había forzado a provocar el incendio, pero no fue así: simplemente aprovechó la primera oportunidad que tuvo.

—Es verdad —aceptó Monika sin alzar la vista.

—Todos odiaban a Werther... incluso él mismo —dijo Julia, y se apoyó con pesadez en el bastón—. «Una vez leí una carta que me robó el alma», os escribió... y puede que fuera cierto. Werther sólo tenía quince años cuando su madre se ahorcó y escribió que él acabaría siendo como su padre, a quien ella odiaba, y que, al igual que él, se dedicaría a oprimir y a hacer sufrir a los que lo rodeaban.

»Desde niño sabía que recibiría la herencia de su padre, pero desde ese momento supo cuál sería su papel en la familia. Se convirtió en un tirano que molestaba a los demás críos y empezó a abusar de su hermana menor.

—Y aquello nos convirtió a todos en lo que somos —intervino P. G.

—Werther cedió el diez por ciento de las acciones de la empresa y estaba dispuesto a vender *Mannheim* y la empresa a cambio de recuperar esa carta —explicó Julia—. Al principio, parecía que era por codicia, pero su intención era que su hermana no averiguara la verdad, y al dejarle un veinticinco por ciento restante en su testamento, ella terminaría con una participación mayor que la que le habría

correspondido como heredera legítima.

—Pero no será así por culpa del primer párrafo del capítulo quinto de la Ley de Sucesiones —explicó Sid—. Obviamente, la decisión es del tribunal, pero el homicidio suele ser un motivo de peso para revocar el derecho de sucesión.

—En su testamento, Werther se lo dejaba todo a Siri, quizá como una especie de penitencia, pero el destino quiso que precisamente ella lo asesinara —reflexionó Julia—. La moraleja podría ser que no es posible comprar la redención con dinero.

El silencio invadió cada rincón de *Mannheim* como una lenta onda expansiva.

Cuando sucede algo así, suele decirse que un ángel ha pasado, pero en esta ocasión era la lógica sin fisuras de Julia la que los había dejado a todos sin qué decir.

—Joder, esto ha sido impresionante de cojones —dijo al fin Björn, y comenzó a aplaudir.

—¿Quiénes sois vosotros dos realmente? —intervino André sin aliento.

—Somos la Agencia de Detectives Stark —respondió Julia, y golpeó el suelo tres veces con el bastón.

—A partir de aquí, se ocuparán la policía y la fiscalía —dijo Sid.

—Si os soy sincero —soltó de pronto P. G.—, sé que os había pedido la verdad, pero ahora ya no estoy seguro de que mereciera la pena.

—Si no hubiésemos llegado al fondo de este asunto, quizá te habrías suicidado por culpa de una mentira, como tu madre —respondió Julia.

Por primera vez en mucho rato, Siri alzó la vista. Su mirada se había vuelto inesperadamente dura.

—Me alegro de haber matado a Werther —dijo impertérrita—. Lo volvería a hacer de nuevo, una y otra y otra vez.

Epílogo

El 24 de agosto, Julia y Sid estaban sentados a una mesita en el restaurante Ekstedt, cerca del parque Humlegården, en Estocolmo. El local estaba lleno y las llamas danzantes de una gran chimenea iluminaban los rostros de los clientes.

Julia había planeado ofrecerle a Sid un contrato de pruebas en la agencia de detectives, pero cada vez que se abría un hueco en la conversación se ponía tan nerviosa que el pulso le retumbaba en los oídos.

Acababan de terminarse el entrante de mejillones ahumados, fletán y salicornia. En cuanto el camarero hubo retirado los platos, hicieron un brindis y continuaron hablando sobre el caso de la familia Mott.

La fiscalía había cogido las riendas y había solicitado prisión preventiva tanto para Monika como para Siri. P. G. había admitido ante la policía haber pagado por servicios sexuales y André y Björn estaban siendo investigados por extorsión y fraude de seguros.

Se quedaron callados mientras una camarera dejaba una olla de hierro colado humeante en la mesa y les preparaba un taco de corazón de alce y arándanos rojos con mantequilla derretida.

Mientras comían, Julia se puso seria y habló del error que había cometido al señalar a Björn como el asesino.

—Los agentes de policía me trataron como si fuera una niña que había llamado al 112 para hacer una broma —comentó lanzando un suspiro.

—No seas dura contigo misma, Julia —dijo Sid antes de limpiarse un

poco de mantequilla de los labios.

—A veces soy una auténtica idiota...

—Has estado genial: al final has resuelto el caso.

Julia lo miró a los ojos y se obligó a no tocarle la mano, que descansaba al lado del plato.

—Con tu ayuda.

—En serio, estuviste brillante. ¡Toda esa escena en la biblioteca!

—En el último momento conseguiste hacerme pensar de forma lógica. Tienes esa capacidad: consigues que no me acelere en cuanto descubro un par de piezas del rompecabezas que encajan. Ésa es justo la ayuda que necesito.

—Me alegra haber sido de utilidad.

Julia bajó la cabeza y procuró recomponerse. El corazón le latía a toda velocidad y las manos le temblaran tanto que apenas se veía capaz de llevarse la copa de vino a la boca.

—Siempre eres de gran ayuda —dijo ella, y tragó saliva—. Pero también, ya sabes...

—No estés triste —pidió él en voz baja.

Julia pestañeó para no llorar y se obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Crees que podríamos... cenar juntos de vez en cuando? No estoy pensando en nada más, pero...

—Me encantaría —dijo él, y puso su mano áspera sobre la de ella.

El contacto se esparció por su cuerpo e hizo que su corazón se acelerara aún más y que se le calentaran las mejillas.

—Sólo si quieres, de verdad.

—Sí quiero —la interrumpió él con suavidad.

—¿Y si volviera a necesitar ayuda a nivel profesional? —preguntó.

—Ya veremos...

Su teléfono tintineó en el bolso y ella se disculpó en susurros, lo sacó, leyó el mensaje y no pudo evitar sonreír.

—¿Conoces a la actriz Bianca Salo? —preguntó.

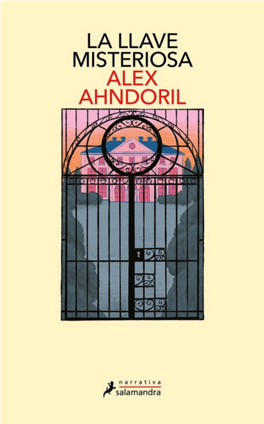
—Pues claro: la vi interpretar a Puck hace no mucho —respondió él —. ¿Qué pasa con ella?

—Que quiere contratar a la Agencia de detectives Stark...

—¿Y te ha dicho por qué?

—Dice que su prometido muerto la ha estado acosando.

Un fenómeno internacional vendido en más de 30 países.
Secretos de familia. Una lujosa finca en medio del bosque sueco. Y un asesinato en el que todos podrían estar implicados. Una mezcla perfecta entre Agatha Christie y el *thriller* nórdico



Convertida en una estrella tras haber resuelto varios casos muy mediáticos, la detective privada Julia Stark se siente casi feliz, hasta que un día de agosto recibe en su agencia de Estocolmo la inesperada visita de Per Günter Mott, un magnate del negocio maderero sueco.

Visiblemente afectado, éste le cuenta que, tras una cena familiar, ha aparecido en su móvil la foto de un hombre atado, encapuchado y probablemente muerto. Mott no reconoce a la víctima, y ni siquiera recuerda haber tomado esa imagen, pero no es la primera vez que sufre una laguna de memoria: su vida es todo menos impecable.

Para no perder tiempo, Julia decide acudir a Sidney Mendelson, un experto policía y su ex marido, a quien tal vez podría volver a acercarse. Juntos, se desplazan a la lujosa villa de los Mott, donde descubren que, bajo un barniz de opulencia, fluyen tensiones, envidias y rivalidades.

Sólo hay una cosa segura: solucionar este enigma implica adentrarse en un abismo de secretos familiares que únicamente la inteligencia y la infalible intuición de Julia podrían desentrañar.

La crítica ha dicho:
«Una protagonista inteligente y sensible, una historia absorbente escrita con nervio y humor, una lectura compulsiva.»
Sydsvenskan

«Un estilo brillante.»
Dagens Nyheter

«Una pareja de detectives perfecta.»
Göteborgs-Posten

«Esperamos con impaciencia cómo los Ahndoril desarrollan su nueva serie.»
Kristianstadsbladet

«Si te gustan los misterios clásicos en los que un asesinato involucra a toda una familia, tan influyente en el ámbito profesional como desunida en el personal, deberías leer esta novela.»
MilanoNera

«Sentimos en cada uno de los personajes la existencia de algo esencial y ajeno. Así como son evidentes las atmósferas y los escenarios donde transcurre la historia.»
ThrillerNord

Alex Ahndoril es el seudónimo de Alexandra Coelho Ahndoril y Alexander Ahndoril, un matrimonio sueco conocido anteriormente como Lars Kepler, cuyos nueve libros sobre el inspector Joona Linna han vendido más de diecisiete millones de ejemplares en cuarenta idiomas. Con *La llave misteriosa*, la pareja Ahndoril inicia una nueva serie que, protagonizada por la detective Julia Stark, triunfa en Suecia, se halla en vías de traducción en más de treinta países y será llevada a la pantalla por Netflix.

Título original: *Jag kommer att hitta nyckeln*

Primera edición: junio de 2025

© 2023, Alex Ahndoril
Publicado por acuerdo con Salomonsson Agency
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Pontus Sánchez Giménez, por la traducción

Ilustración de la cubierta: © Marc GS

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10340-25-1

Compuesto en: Comptex & Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La llave misteriosa
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
Sobre este libro
Sobre Alex Ahndoril
Créditos